



ALCAIN

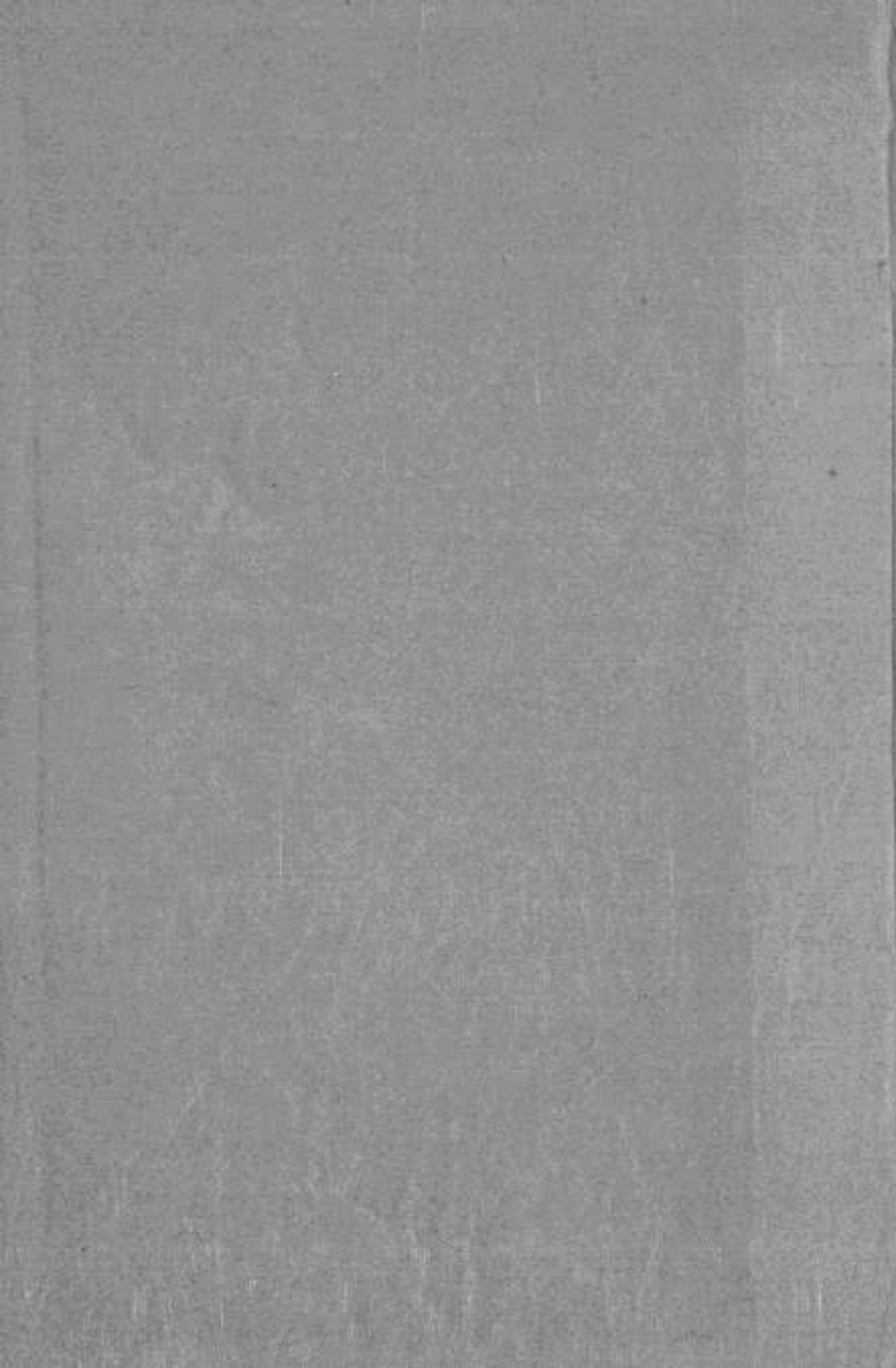


COLECCION

DE ARTICULOS



ATV
430



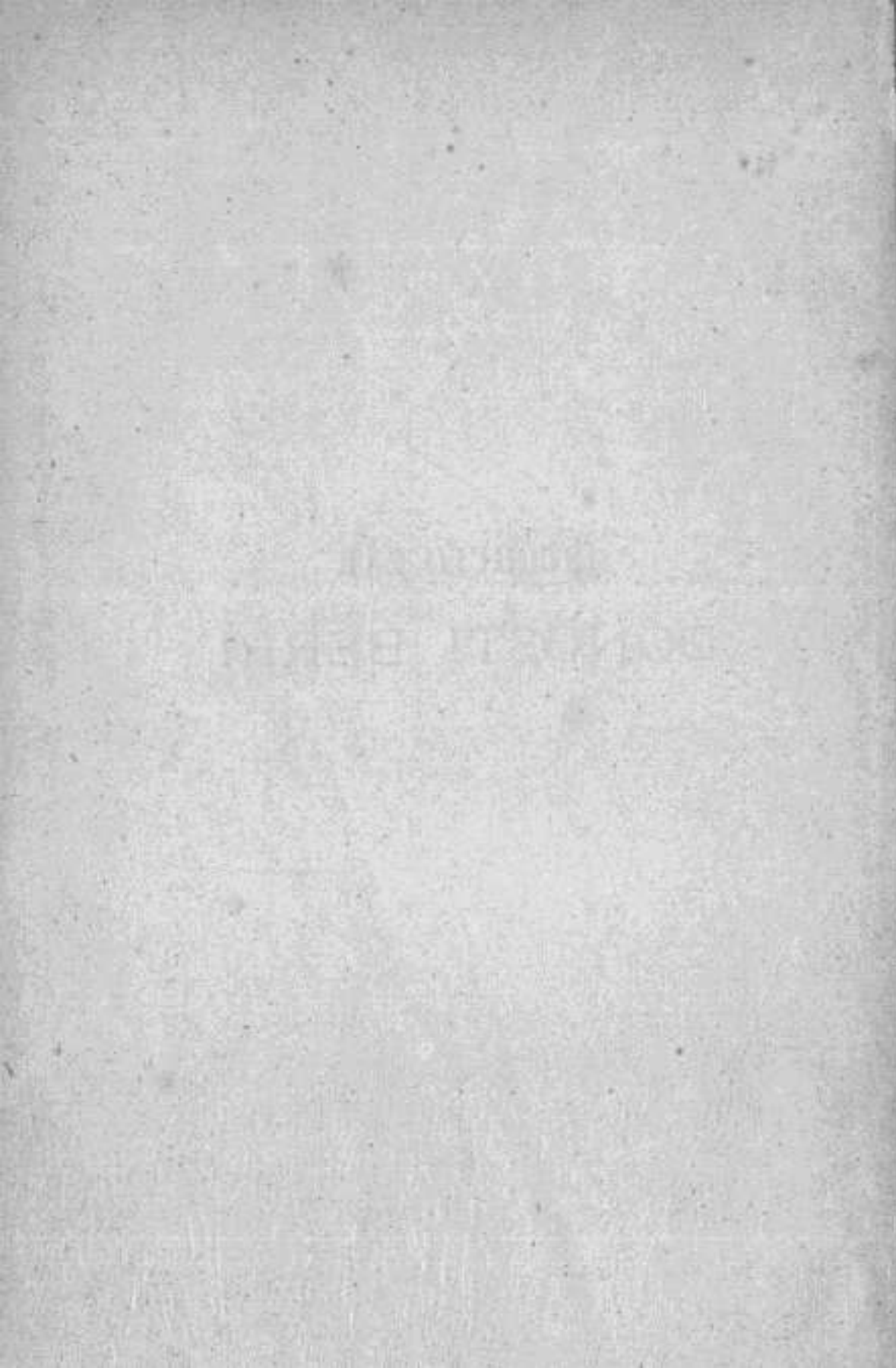
A.T.V
430

ENCICLOPEDIA
DONGOSTI BERBI

A.T.V.

430

IRUCHULO ZAR
DONOSTI BERRI



R - 403

A. V.
430



IRUCHULO ZAR DONOSTI BERRI

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

SOBRE EL ANTIGUO Y MODERNO SAN SEBASTIÁN, SUS COSTUMBRAS
Y OTRAS CURIOSIDADES

POR

SIRO ALCAIN



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arrenal, núm. 11.

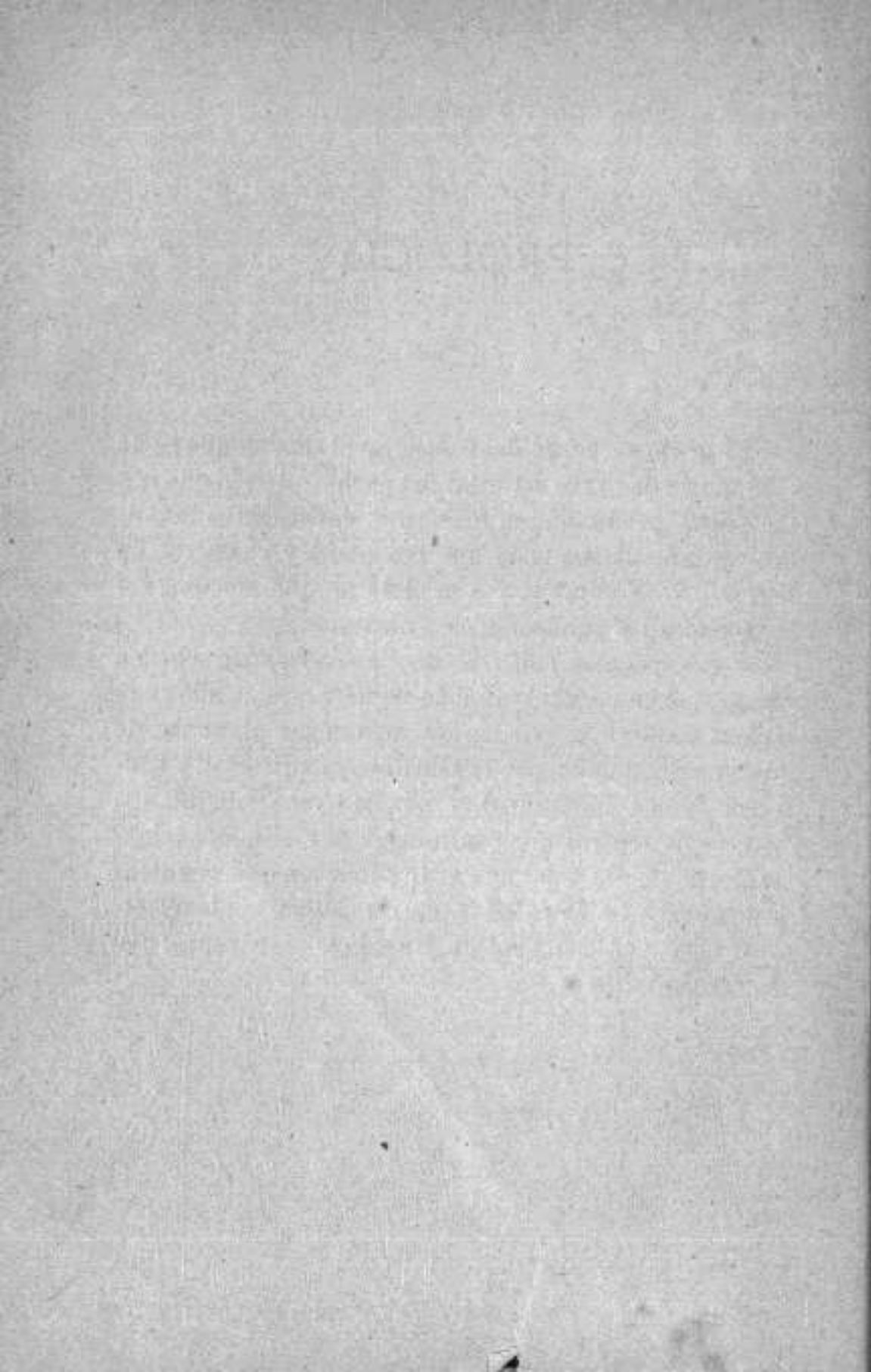
1896

—
ES PROPIEDAD DEL AUTOR
—

PRÓLOGO

El grato recuerdo del pasado, y el cambio que se ha operado en la parte material del pueblo querido que nos vió nacer, me indujeron á escribir varios artículos relatando sencillamente lo que recordaba y cuanto se ha hecho de más notable, y con el fin de que consten coleccionados los publico en este librito.

Pocos pueblos como el de San Sebastián pueden contar que en reducido tiempo se hayan realizado tantísimas mejoras, y por las circunstancias propicias de que se halla dotado, por la sencillez, laboriosidad y honradez de sus habitantes, y por su buena administración, es de esperar que continuando los mismos adelantos llegue un día á ser una gran población que, reuniendo cuantos elementos haya de comodidad y bienestar, contribuya á la felicidad de propios y de extraños, que sinceramente les deseo.



DERRIBO DE LAS MURALLAS

Como el principio y consecuencia del engrandecimiento de la ciudad de San Sebastián ha sido el derribo de las murallas, justo es que comencemos describiendo algo que concierne á las mismas.

El principio de construcción, según el nuevo sistema de fortalecer las plazas, fué el año de 1516, continuando hasta 1542, según refiere el *Diccionario* de la Real Academia de la Historia. San Sebastián, considerada como plaza de armas, ha tenido mucho lugar en la geografía militar de España. La plaza era de las que llamaban irregulares, cuyo lienzo oriental tenía de 11 á 12 pies de largo y el occidental de siete pies; rematando ambos en los cubos de Torrano y del Ingenta, entre los que se extendía la muralla meridional, que sobre ser muy alta era de 32 pies de espesor con un cubo en medio aun más alto, llamado Imperial, por ser obra de Carlos V, á cuyo lado estaba la puerta de tierra que se renovó en 1564. Para estas obras contribuyó el Ayuntamiento con 150.000 ducados, ó sean en moneda corriente pesetas 413.602,75, cantidad exorbitante en aquellos tiempos y que hoy no vendrían mal para obras de mayor utilidad. Posteriormente, en el reinado de Felipe III, 1598, á Felipe V, 1700, fueron construyéndose los baluartes del Gobernador y de San Felipe, en los ángulos de la plaza y las fortificaciones exteriores del Hornabeque con dos medios

baluartes, rebellin, contraescarpia y camino cubierto, que defendían la parte meridional de la plaza. La distancia de ésta de Norte á Sur es de 373 metros, y de Este á Oeste de 344, con una superficie total de 361.200 metros, habitando en tan limitado espacio en 1863, de 8 á 9.000 personas.

Así como el pollito rompe y hace esfuerzos para salir del cascarón, los donostiarras luchaban con empeño para conseguir su suspirado ideal, el derribo de las murallas. Felizmente llegó el tan deseado momento. Con fecha 29 de Abril de 1863 se extendió la Real orden decretando el abandono de San Sebastián como plaza de guerra y la consiguiente demolición de las murallas, autorizando al Ayuntamiento para que desde luego, y á su costa, pudiera abrir las puertas ó boquetes sin esperar á los acuerdos que se dictarían más tarde respecto á la totalidad del derribo. Celebrábase en el Teatro Principal una notable función con numerosa y distinguida concurrencia, y en uno de los entreactos el Sr. Alcalde, desde el palco presidencial, llamó la atención del público anunciando que en aquel momento recibía por telégrafo la Real orden que acabo de referir, y la leyó. La concurrencia se puso de pie victoreando con entusiasmo tan laudable noticia y por cuantos trabajaron por el deseado fin, siendo uno de los principales el Sr. D. Fermin Lasala.

Desde aquellos momentos de verdadera alegría y entusiasmo, todas eran satisfacciones, porque se vislumbraba un nuevo horizonte de desarrollo y progreso para San Sebastián, cual si fuera un minero emborrascado, que dando un barreno más le resulta loca bonanza. Los hechos han venido á justificar, y aun á superar aquellas predicciones, presentándose un risueño porvenir para las futuras generaciones.

Pocos días después de la buena noticia tuvieron los habitantes de San Sebastián otro día de satisfacción, al ver

que regresaba por última vez á sus cuarteles la compañía de guardia en el principal sin dejar relevo después de retirar de sus puestos de avanzadas y murallas todos los centinelas.

El día 5 de Mayo de 1863, al mediodía, se verificó el solemne acto de la inauguración de las obras de derribo. Todos los habitantes, á excepción de algunos discordantes, que nunca han de faltar, marchábamos allá á pesar de la lluvia torrencial que caía, precedidos de la banda y coros que entonaban una preciosa marcha, compuesta expresamente por el maestro Sr. Santesteban. Subió la comitiva oficial con sus acompañantes á la plataforma de la cortina izquierda de las murallas, y el Sr. Gobernador civil, D. Benito Canella Meana, pronunció un notable discurso que fué muy aplaudido: tomó la palanca de plata destinada al efecto, y después de encajarla en el ángulo saliente de una de las troneras, cedió su puesto al Sr. Alcalde D. Eustasio Amilivia, á quien cupo el honor de desprender la primera piedra. A continuación principiaron los trabajos de demolición con tal entusiasmo, que muchos de la comitiva se unieron á ayudar voluntariamente al grupo de operarios dispuesto por el municipio para el objeto. Varios amigos bajaron al foso donde cayó la primera piedra, que, hecha pedazos, se repartió entre muchos, tocándome en suerte una microscópica parte, que la conservo con veneración en un pequeño fanal de cristal, con su correspondiente auténtica.

Con fecha 27 de Abril de 1864 se publicó otro Real decreto mandando derribar las murallas y fortificaciones de San Sebastián, y en su vista el Ayuntamiento, en sesión de 11 de Mayo siguiente, acordó la pronta ejecución de las obras, que comenzaron en seguida. Desde este momento nuestro querido Iruchulo perdió su carácter especial como de sola y bien unida familia, cuyos gustos y costumbres éranse los mismos, constituyendo una sociedad homogénea;

pero en cambio, además de las mejoras materiales, adquirió la suspirada libertad, pudiendo salir de día y de noche á todas horas al campo.

Ahora, para que consten como recuerdos retrospectivos, haremos la descripción de los puntos principales, comenzando por la

Puerta de Tierra.

Sentado en la parte fuera del Café de Comercio, hoy Oriental, en la llamada Plaza Vieja, veíase enfrente la muralla formando una gran bóveda, en cuyo interior se hallaba la Puerta de Tierra. Constituía ésta en primer término una puerta empalizada, y en el fondo otra grande de madera con su portillo todo forrado de clavos con chapetones de hierro; en el hueco de puerta á puerta, hallábase á la izquierda el cuerpo de guardia y la escalera que daba acceso á la muralla y al cuarto del oficial de guardia; sobre la puerta principal existía una balconadura de madera y un crucifijo de naturales dimensiones, de bastante mérito artístico, según afirmaban los que se creían inteligentes. Dicha efigie se encuentra hoy en el templo de Santa Maria, en el lugar que llaman de Santa Marta. Siendo en aquel entonces los habitantes de San Sebastián eminentemente católicos, rara era la señora y aldeana que, al pasar por la Puerta de Tierra, no se persignase y rezase un Padre nuestro, formando un contraste con las agudezas y dichos de los soldados de guardia.

A la izquierda de dicha puerta principal veíase la casa-cuartel de Guardias; la miserable fachada del café y teatro; la fuente, y á su esquina la casa-fábrica de alpargatas de la familia conocida por *Shangrenecuac*.

A la derecha, la primera casa pertenecía á los señores

Tito, que cuidaban del alumbrado y aseo del crucifijo y de una Dolorosa que á sus pies se hallaba. Seguía una hilera de casas de arquitectura barracal; en una de éstas vivía una señora que, por razones de su profesión, frecuentaba la Alcaldía y el Juzgado; en una de sus exhibiciones, preguntóla el juez la edad, y ella manifestó tener cuarenta y cinco años. Advirtióla el juez que en otra declaración que hizo hacía seis años constaba la misma edad, á lo que contestó sin inmutarse:

—Sí, señor juez; es verdad, porque yo no soy de esas que hoy dicen una cosa y mañana otra.

« El Cubo », teatro y café.

Érase lo que se llamaba el Cubo un torreón ó fortaleza de forma puntiaguda ó saliente, de las que se construían antiguamente para la defensa de las murallas, y hoy se conocen con el nombre de baluartes. Su interior lo formaba una gran bóveda; en ella hallábase el único teatro de San Sebastián, y el café sin nombre de Vicente Orti, más bien conocido por el de la Facunda; ambos centros de reunión no proporcionaban grandes comodidades, pero eran aceptables en aquellos tiempos. Entrábase al teatro por el café referido; bajando cinco gradas, dábase ingreso á la sala del teatro; constituían aquella doce palcos principales, más uno mayor en el centro, del Ayuntamiento; encima de éstos el llamado gallinero, y debajo las barandillas; las lunetas, que hoy se titulan butacas, eran de madera sin forro. Iluminaba el teatro una lucerna con quinqués de aceite, y velas de sebo los pasillos; máximamente podría contener 300 personas. El escenario, adecuado al teatro, era reducido; tenía bonitas decoraciones, sobre todo ingenioso-económicas; al toque de un silbato hacíanse la metamorfosis del salón en bosque y

viceversa, bajando ó subiendo la mitad de las decoraciones por medio de un bramante.

Las compañías que actuaban eran las llamadas de la legua; un solo actor conocimos que se hizo popular, y era el de carácter jocoso, llamado Banobio.

La Sra. Facunda tenía el servicio del café bastante regular, pero muy acreditada por la especialidad de sus helados, sobre todo en mantecados, que en ciertos días de gran solemnidad no podía dar abasto á los pedidos de las casas que deseaban saborear la delicadeza de aquellas especiales confecciones, con el agregado de los ricos bizcochos acanelados de la confitería de la *andre* Nicolosa, conocida por la Rubia.

La fuente.

Nada tenía de particular su arquitectura; en su remate había como una gruta formada de piedras rústicas y arbutos, y en el centro un león de piedra azul; encerráronle á éste en los sótanos del Ayuntamiento al derribar la fuente, cuyas aguas se aprovechan hoy en el barrio de San Martín. Más tarde sacáronle al león de su encierro, llevándole extramuros y colocándole en la fuente de la Salud, de donde lo trasladaron á la plaza de Lasala. Hacemos constar estas mutaciones por las que pueda tener en el porvenir. Cuando el sitio de la funesta primera guerra civil en 1836, los carlistas cortaron la cañería de aguas, privando á la ciudad de su única fuente. Los vecinos, para surtirse de tan necesario líquido, tuvieron que recurrir al castillo de la Mota. Con este motivo formábase numerosa romería de Maritornes, que alegremente subían la montaña y se divertían á su placer. Alarmáronse los señores de las casas por las proporciones que aquellas fiestas iban tomando, y acordaron

colocar caños y canales en los tejados, donde no los hubiese. Como en la costa cantábrica generalmente llueve, ó llovía mucho en todo el año, tuvieron agua abundante, dando fin á las alegres romerías, con la circunstancia favorable, según opinión de inteligentes gastrónomos, de ser el agua llovediza la más limpia y pura y la mejor para el condimento de los cocidos.

Las avanzadas.—El Hornabeque.

Pasada la puerta de Tierra y el puente levadizo, hállase el cruce para las dos avanzadas: por la derecha salíase á la carretera de Madrid y por la izquierda á la de Francia; de una á otra avanzada había grandes fosos y una fuerte empalizada que servía para resguardar las fortificaciones exteriores, y éstas, á su vez, para proteger y cubrir las murallas principales, trabajado todo esto con gran esmero y táctica militar. Dentro de este recinto, que ocupaba una gran extensión, hallábase el Hornabeque, compuesto de dos medios baluartes y un hermoso paseo, poblado de grandes y variados árboles, algunos como el tilo y la acacia, que producían aromáticas flores y perfumaban el ambiente de aquel delicioso paseo, sobre todo los días festivos, en los que amenizaba una banda de música militar.

Gran sentimiento causó en general la noticia de la desaparición del Hornabeque, y no faltaron quienes pretendían era menester recurrir solicitando la modificación del plano quedando intacto aquel paseo, cual si no pudieran hacerse otros mejores, como se han hecho y se harán.

El Juego de pelota.

Servíanle de paredes por los tres costados las antiguas murallas; en su extensión, que era bastante, había cinco andanadas de bancos de piedra, y para los grandes partidos colocábanse barreras. Tenía á un lado un regular paseo de seculares olmos de corpulentas proporciones, cuyas soberbias ramas remontábanse hasta las nubes. Algunos de estos árboles resultaron dentro de la alineación del actual Boulevard, y con sentimiento hubo que derribarlos todos. A un lado de aquel paseo había una batería sin cañones y un puente levadizo que daba paso sobre los fosos. En seguida entrábase en el nuevo paseo de acacias, de una extensión de unos ochenta metros, que conducía al cuerpo de guardia de la avanzada; llamábase al paseo Boulevard Goizueta, por haber dispuesto la plantación de aquellos árboles D. Isaac Goizueta, siendo primer teniente alcalde y comisionado de jardines y ornato público. Al derribar las murallas, estos árboles acacias fueron trasladados á la Plaza Vieja, y plantados en la línea de frente del antiguo café de Comercio, hoy Oriental, donde se conservan.

En este juego de pelota jugábanse notables partidos, siendo en general sacerdotes los principales jugadores. Imperaba de tal manera en éstos esa diversión, que el señor obispo de la Diócesis prohibió que ningún eclesiástico jugase en público. Venía gran concurrencia de los pueblos de la provincia, y atravesábase mucho dinero, circulando con profusión las peluconas, que ya no se las ve por ninguna parte. La impaciencia en los pueblos por saber el resultado del partido era grande; era natural el deseo de informarse si sus comisionados traían más peluconas... ó dejaban las que llevaban. No había entonces telégrafo; construían-

se unas torres para telégrafos ópticos, cuando ya en las capitales de Europa funcionaban los eléctricos. Concluidos aquéllos, muchos de los días no podían ejercer sus funciones, particularmente en nuestro país, en que por regla general está la atmósfera turbada, y quedaban los partes cortados á la mitad. Esta falta de comunicación rápida sugirió á un joven de San Sebastián la idea de subsanarla. Celebrábase en Andoain un gran partido de pelota entre el famoso cura del pueblo y otras notabilidades de la profesión; marchóse allá conduciendo en una cesta seis palomas mensajeras..., aunque no de raza; soltábalas durante la función, comunicando el curso del partido hasta su final. La primera mensajera llegó al palomar de San Sebastián en 220 segundos, volando 15 segundos por kilómetro. En los siguientes partidos, no faltaron imitadores de la ocurrencia.

Los restos de las murallas antiguas van desapareciendo por la parte de la Zurriola con los nuevos edificios y el boquete abierto detrás de la iglesia de San Vicente, derecho á la calle de Treinta y Uno de Agosto; y los últimos que quedan no tardarán en desaparecer, hecha ya la plaza que se va á construir frente al mercado, en el punto conocido por la «Brecha», por la que entraron en 1813 los ingleses y portugueses, sus aliados.

LA FERIA DE SANTO TOMÁS

Antaño.

¡Qué día tan venturoso!

Para los chicos, soñando en los aguinaldos de sus padres y parientes y en su inversión. Para los papás, propietarios rurales, pensando en el cobro de las rentas que habían de traerles los inquilinos más formales, con el aditamento de los capones.

Para los caseros, saboreando la mejor comida del año en casa de los amos, aunque con el pesar de llevarles las bien guardadas y oxidadas monedas y la pareja de capones, que procuraban fuesen los más flacos, reservando los más gordos para la venta.

Para las doncellas y maritornes, calculando los fondos que reunirían con las propinas de los amos y en la conducción de capones de regalo; capones que andaban de Herodes á Pilatos, contándose el caso de un par que cambió siete domicilios (1).

Para los dueños de establecimientos de quincalla y otros artefactos, fieles depositarios de propinas y aguinaldos, pensando en hacer su agosto, deseando que todo el año fuera Santo Tomás (2).

La Plaza de la Constitución era el centro de la feria, y, de vispera, cada industrial tomaba su puesto.

En la exposición de objetos se exhibían los de ferretería, telas, loza y chucherías para niños y mayores.

Abundaban las aves, particularmente capones, cuyo precio de un buen par era de seis á siete pesetas.

Generalmente había mucha animación, y entre los objetos en venta se realizaban también unos *chilivitus* (3) adornados de cintas de colores y *cohsocarabillos* (4), de los que se proveían jóvenes nobles y plebeyos, y formando diferentes grupos circulaban por la plaza, atronando los oídos de los pacíficos espectadores con su música, y no de Rossini.

Parábanse en ocasiones frente á unas cocinas ambulante-económicas en las que chisporroteaba alguna sartén que freía succulentas longanizas, que las despachaban sin tenedor ni cuchillo. Veíanse también otra colección de cocinas ambulantes, parecidas á los modernos caloríferos sistema Chóubersky, de cuyos hornos salían fuertes detonaciones como fuego graneado de fusilería. Era el reclamo de las castañas anunciando iban llegando á su perfecto estado para la consumación.

Entre los industriales en este género fué renombrada la castañera *Gorra*, que proveía también á los aficionados de *lampernas* (5), *carraqueles* (6), lapas y otros apetitosos mariscos.

Daban brillo y animación á la feria el Sr. Dublé, notable profesor de baile, particularmente en el minué y rigodón; el Sr. de Gabriel, memorable memorialista, cuyos concienzudos escritos se conservan en archivos de la localidad; el Sr. de Blahs, célebre maquinista del órgano de Santa María; D. Mignol Magra, gastrónomo muy aficionado á lonjas de pernil de puerco con tomate; el Sr. Eugenio (7), partícipe del Ayuntamiento, único delegado de la Corporación municipal para la conservación del orden en la plaza, y miembro de la sociedad vinícola titulada Mari-Jesús; la señora Teresa *Boba*, ambulante vendedora de la acreditada fábrica de pasteles de la *Rubia*, que anunciaba la venta de sus mercancías para las *panposhas* y *panposhos*; las seño-

ritas de Chardin-berri, conocidas por sus aficiones á este pescado; las Sras. Josefa Arroca y Macuzo, acreditadas corredoras de prendería; los Sres. Ciriciri, Coco, Pepilla y otras notabilidades del aristocrático barrio de la Jarana, principales bailarines al son del clásico tamboril.

Dadas las doce del mediodía, la mayoría de los aldeanos desfilaba á casa de sus amos á celebrar el deseado banquete que la hacendosa *Echecoandre* (8) tenía preparado; componiéndose en general el *menú* de sopa, puchero, guisado y besugo asado, queso y castañas; vino y sidra á discreción y café, no Moka, con aguardiente. Deseando los inquilinos tributar los debidos homenajes á sus amos, venían al *gaudeamus* con toda la familia; resultando que el que tenía cuatro ó cinco caseríos, había de preparar el banquete para veinte ó veinticinco asistentes. Reunidos al efecto, cedían la presidencia al más antiguo ó al que suponían más letrado; tomaba éste posesión de su sitio; descubriase colocando su boina sobre la rodilla derecha y rezando el Padre Nuestro, dada su bendición. Nuestros caseros, por regla general, se colocan á cierta distancia de la mesa; inclinan el cuerpo y alargan el brazo para tomar el tenedor ó cuchara y servirse de los alimentos; cuando éstos son líquidos, establecen el riego en el camino que conduce del plato á la boca.

La conversación versa sobre las pérdidas de cosechas, principalmente la de la manzana, que se presentaba admirable en flor, destruyendo sus esperanzas las heladas, granizos y demás calamidades que todos los años abundan.

Laméntanse amargamente de las enfermedades y muertes que han tenido en el ganado, siendo para ellos secundarias iguales desgracias habidas en la familia. Las mujeres hablan de chismes de vecindad; de casamientos que se proyectan entre los hijos y *morroyos* (9) de varios caseríos y de lo que calculan llevará en dote cada chica.

La familia infantil, con su sonrosada y placentera fisono-

mia, va engullendo silenciosamente cuanto puede, contemplando con asombro, y contra su costumbre, tanta gollería.

Al final animanse los concurrentes con el bien repleto bandullo, y todos hablan á un tiempo. El *Echeco-nausi* (10), queriendo tomar parte en la alegría de sus arrendatarios, preséntase á la reunión, siendo recibido con aclamaciones.

Entre tanto *quison* (11) no faltaba alguno con insulas de *versolari* (12) y endilgaba al *nausi* y á todos los de la casa sus improvisaciones poéticas. Terminado el *gaudeamus*, desfilaba la concurrencia, ofreciendo en su entusiasmo los concienzudos colonos el pago puntual el siguiente Santo Tomás, de las rentas corrientes y atrasadas que estaban á deber, ofrecimientos que se repetían anualmente. Las caseras iban recogiendo sus correspondientes cestas, en las que encontraban la sorpresa sospechada de una librita de chocolate, aunque no de primera, ó de una languita de bacalao, no de Escocia, que la señora de la casa tuvo cuidado de ir colocando en cada cesta, y aquí doy término al Santo Tomás de antaño, para decir algo del de

Ogaño.

Ausente de San Sebastián hace años ese día, no puedo referir lo que ahora sucede; pero sospecho que no habrá el negocio ni la animación de antaño. ¿Por qué? Porque todo el año es hoy Santo Tomás. Porque los jóvenes del día, más reflexivos y juiciosos que los de antaño, no comprarán *chilivitus*, ni armarán algazaras, ni se pringarán con el *coipé* (13) de las ricas longanizas; porque emigraron de la plaza buscando otras Américas varios antiguos y acreditados industriales (14); porque ya no está el mercado en la plaza contribuyendo á dar gran animación, y, por último, porque, según noticias, ya no se ven en la feria los atados de ma-

quillas (15), *yacullus* (16), ni los cómodos y hermosos *capusayas* (17) que se vendían antes.

Bella plaza de la Constitución, te veo triste; tú, siempre tan alegre y divertida, formando en tu centro un jardín de verdura, frutas y flores, amenizando las frecuentes escaramuzas de las varoniles verduleras (18); tú, que has tenido casinos (19) y bailes y has presenciado tantas corridas de toros (20) y de bueyes; tantas misas rezadas (21) y pronunciamientos (22); tantas bonitas comparsas, mezclando en una de éstas lo profano con lo religioso (23); tú, que has albergado á tantos príncipes, reyes y emperadores (24): justo es que estés agobiada por la amargura de tu soledad. Pero no, no desmayes; aun hay quienes se interesan por tu bienestar y prosperidad: han borrado las huellas de tu llanto con manto blanco y encaje de ocrenón (25); no hace mucho has presenciado una de tus predilectas comparsas y el tradicional *aurresku* (26), y puedes estar satisfecha de haber albergado á la soberana de la nación, modelo de Reinas y de madres de familia, y confiando en los locos caprichos del destino, tal vez lleguen otros días tan venturosos como los pasados, confiando también en que aun tienes hijos que no te abandonan, los cuales, guiados por sentimiento de gratitud, conservando los recuerdos de la infancia y la memoria de sus padres, siguen firmes en sus moradas, los Iribas, Barojas, Oteizas y otros muchos.

Consecuentes y leales hijos de la plaza de la Constitución: os saludo con respeto y os felicito Santo Tomás con sus pascuas, y para terminar, pido también mi aguinaldo.

¿Qué será?

Que todos unidos trabajemos por la prosperidad de la renombrada plaza de nuestro querido Iruchulo.

En las notas que van á continuación de las llamadas de este artículo de Santo Tomás, ponemos también la traducción de las palabras vascongadas, porque según la decadencia en que marcha nuestra querida lengua, podría suceder que dentro de algunos años no se comprendan sus significados.

NOTAS

(1) Histórico: regalaron un par de capones á una familia; ésta dispuso mandárselos á otra y así sucesivamente quedaron cumplidas siete familias, con la particularidad que terminaron sus excursiones volviendo al punto de partida, recibiéndolos el primer generoso remitente merma-
dos en carnes, descoyuntados y hambrientos.

(2) La mayoría de propinas y aguinaldos invertíanse en juguetes para niños y chucherías para mayores.

(3) *Chálleitu*: silbo.

(4) *Cahacarrabillo*: cascabel.

(5) *Lampernas*: percebes.

(6) *Carraquetes*: caracoles de mar.

(7) Decano de alguaciles del municipio; tan versado en sus asuntos y familiarizado con los señores concejales, que al citarles á sesión de-
ciales: «Esta noche nos reunimos la corporación.»

(8) *Echeco-andre*: Señora de la casa.

(9) *Murray*: Criado.

(10) *Echeco-nansi*: Señor ó amo de la casa.

(11) *Gutzon*: Hombre.

(12) *Versolari*: Improvisador vascongado.

(13) *Cotpié*: Agradable líquido grasiento que se desprende de los cho-
rizes fritos.

(14) Existían en la Plaza de la Constitución hermosas tiendas de
quincalla y mercería que se trasladaron á los mejores puntos del
ensanche.

(15) *Maquilla*: Palo ó bastón que usaban mucho los aldeanos antigua-
mente. Había algunos muy adornados con cuero, tachuelas amarillas y
borlas en la parte que se destinaba á puño, que era la más delgada del
palo, dejando la más gruesa para contera.

(16) *Aculluba*: Palo largo con punta de hierro en el extremo más dol-
gado, y sirve para conducir el ganado: llámase en castellano garrocha.

(17) *Capusaya*: Era la prenda más querida del aldeano en otros tiem-
pos: con ella amonazaba al frío y á los temporales; érase de confección
gruesa é impermeable, que se ataba á la cintura por medio de cordones,
con sobremangas y capuchón. Esta prenda, tan útil y abrigada, ha sido
sustituída por otra molesta é inútil en ocasiones: el paraguas. ¿No pa-
rece ridículo ver á un aldeano, ó carretero, con el paraguas abierto, de
tela azul ó encarnada en una mano, y en la otra el *acullu* guiando su
yunta de bueyes?

(18) La plaza de la Constitución era el único punto de mercado que entonces había; formábase con bancos portátiles que se recogían al mediodía. Derrribadas las murallas, proyectóse la realización de un gran mercado: la idea tuvo oposición de parte de algunos señores concejales y de notables economistas que dudaban del gran incremento que tomaría la población, y opinaban que ampliando el que existía con mayor número de bancos, podría hacer frente á eventualidades del porvenir, economizando el capital necesario para el nuevo mercado. Sin embargo, edificóse éste en los antiguos terrenos llamados de la «Brecha», y algunos años después se vió la necesidad de construir otro mercado, que es conocido por el de San Martín, resultando que el Municipio se encuentra dueño de dos hermosos edificios, y respecto á la parte financiera, vamos á demostrar sus resultados:

El último año económico en que se subastaron los arbitrios del mercado de la Plaza de la Constitución fué el año de 1870 á 71, produciendo pesetas.....	8.750
El primer año económico de 1871 á 72, en que se subastaron los arbitrios del nuevo mercado de la Brecha, produjeron.....	17.025
El segundo año de 1872 á 73 produjeron.....	25.050
En 1891 á 92, se han subastado en.....	59.400
<hr/>	
Resulta, pues, que el beneficio obtenido comparativamente con el producido de la Plaza de la Constitución en el año económico de 1870 á 71 al de 1891 á 92 es de pesetas.....	<u>50.650</u>

Hay que advertir que en la última subasta de 1891 al 92 están comprendidos los dos mercados, el de la Brecha y el de San Martín.

El costo del primero con terrenos adquiridos en compra fué de pesetas 273.961,60 y el del segundo en terrenos propios, de pesetas 123.449,50, resultando un total de pesetas 397.411,10. Capitalizada esta cantidad al 5 por 100 importan los intereses anuales pesetas 19.870,55, y siendo el último producido de la subasta pesetas 59.400, resulta un beneficio de 39.529, que podía aplicarse á amortización, hablando en el supuesto que el Ayuntamiento hubiese tenido que hacer los mercados por acciones. Desde el primer año de su ejercicio el mercado de la Brecha produjo lo suficiente para pagar intereses al 5 por 100 sobre su coste, quedando además un remanente de pesetas 3.326,92; y siendo muy probable que estos productos vayan en progresivo aumento, puede decirse que es uno de los mejores negocios que ha realizado el Municipio, á pesar de los temores de aquellos señores economistas.

(19) Todo el piso principal al Oeste de la plaza frente á la Casa Consistorial lo ocupaba el Casino ó reunión de amigos que se disolvió.

(20) Celebrábanse las corridas de toros en esta plaza, cerrándola en cuadrilongo con barras de hierro, y formando andanadas de palcos y asientos de madera.

(21) La primera guerra civil llenó pronto de heridos y enfermos el hospital militar; hubo que habilitar para el mismo fin las iglesias de Santa María, San Vicente y Santa Teresa; en la acción de Lugariz, el 5 de Mayo de 1838, en la que tomó parte la legión inglesa, hubo bajas en número de más de 2.000 entre muertos y heridos. No siendo suficientes los puntos indicados para tantos heridos como iban llegando, se dispuso

la casa llamada de «Zangroniso», en la calle del Puyualo, esquina á la Nueva y plaza de Lasala; en el acto principi6 el derribo de tabiques para hacer salas, echando los escombros á la calle Nueva, que qued6 incomunicada por mucho tiempo.

Estas circunstancias obligaron al Ayuntamiento á habilitar el balcón del centro de la Casa Consistorial para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

(22) En la época de pronunciamientos, se han celebrado los más en esta plaza.

(23) Refiérese á una comparsa de jardineros que hubo el Carnaval de 1896: concluida la comparsa, abri6se un escotillon en medio del tablado, alzándose sobre una urna la efigie del malogrado marinero Mari. Enton6 la música y siguieron los coros con cantos alusivos á este acto, en discordancia con el anterior.

Los admiradores de Mari hicieronle solemnes honras fúnebres en la iglesia matriz de Santa María. Concluidas éstas, marcharon en cuerpo al muelle al lugar donde le levantaron un especie de mausoleo con el busto del mismo y lápida conmemorativa. Hub6 discursos sobre la vida y hechos del desgraciado marinero. Toc6 la música y se disolvi6 la comitiva.

(24) Suprimiremos la extensa relación de soberanos y príncipes que visitaron á San Sebastian desde 1202, en cuyo año estuvo el Rey Alfonso VIII de Castilla, hasta Fernando VII, que inaugur6 las obras de la Casa Consistorial en la plaza Nueva, hoy de la Constitución, en 1828; en 1845 estuvo la Reina Isabel con su madre Maria Cristina y hermana Maria Luisa, hoy viuda de Montpensier; en 1849, Carlos Alberto, Rey de Cerdeña, que abdic6 en Tolosa á favor de su hijo Victor Manuel; en 1856, 58, 63 y 65 el Emperador Napole6n y la Emperatriz Eugenia; en 1865 la Reina Isabel, que recibió la visita de los referidos Emperadores; 1867: los Reyes de Portugal D. Luis y Doña Pía, de tránsito de París á Lisboa. Hallándose de diputados forales el teniente general D. Francisco Lerchundi y D. Angel Gil de Alcaín, quisieron obsequiar dignamente á tan ilustres huéspedes, y concedida por el municipio la Casa Capitular, la adornaron convenientemente para una gran comida. Dos horas faltarian para la llegada de SS. MM. cuando se recibió aviso que S. M. la Reina comia siempre sola con sus damas. En el acto se improvis6 un precioso comedor en la secretaria. Sirvi6se el café en el gran salón, donde se reunieron SS. MM., Senadores, Diputados y demás notabilidades invitadas, hasta la hora de partida de los Reyes, marchándose muy satisfechos de los obsequios y distinciones que recibieron, llamándoseles la atencion la regia escalera, adornada, como todo, con exquisito arte y gusto. 1868: la Reina Doña Isabel II, que, destronada por la revolucion, march6 á París. 1871: D. Amadeo de Saboya, proclamado Rey de España. 1876: el Rey de Anover y el Rey D. Alfonso XII, proclamado Rey de España. 1883: el mismo Rey D. Alfonso con su esposa, actual Reina Regente al marchar á Alemania, y la Reina Doña Isabel II. 1889: la Reina de Inglaterra Doña Maria Victoria, recibéndola la Reina Regente, que vino de Madrid expresamente. 1891: los Príncipes Wlademiro y Alejo de Rusia, hermanos del Czar de Rusia y el sobrino de éste, el gran duque de Leuchtenberg. 1892 y 93: la Reina Natalia de Servia. 1895: el Rey Alejandro de Servia; la Reina Natalia; la princesa Federico de Hannover; los hijos del Conde de Caserta; el gran duque Jorge; la Archiduquesa Isabel de Austria; el Rey don Carlos de Portugal.

(25) Hallábanse las fachadas de la plaza de la Constitución en malísimo estado, y en 1887 blanqueáronse con cal, y las cornisas y marcos con pintura color ocre.

(26) *Aurreko*; Antiquísimo é inmemorial baile peculiar de la raza Euskara, en el que se distinguen los más notables bailarines por su destreza y agilidad. Báilase con el tradicional tamboril, que precede á los muchachos que van en fila agarrados de las manos, bailando los de primera y última mano. Hecho esto, sepáranse cuatro de aquéllos en busca de la pareja para el de primera mano: preséntase la muchacha, y el bailarín la recibe con muy reverentes cortesías y principia á bailar manifestando sus habilidades; una vez concluidas, la muchacha da al bailarín la punta de su pañuelito blanco y se coloca en la fila; los comisionados van en busca de otra muchacha para el bailarín de segunda mano, y así sucesivamente se repite la función hasta que se completan todas las parejas, formando una larga fila. Entonces el tamboril cambia de sonata y sigue el baile con alguna variación, terminándose con el fandango. En la Plaza de la Constitución se han celebrado bastantes de estos bailes, algunos por los más distinguidos señores del pueblo y de la provincia, y por las más notables señoras por su posición y hermosura, dándole un tinte aristocrático y llamando la atención por sus elegantes y preciosos trajes y por sus ricas joyas.

EL CAFÉ VIEJO

El antiguo y único teatro que existía en el interior del Cubo Imperial y del que me ocupé en el artículo de *Las Murallas*, se inauguró el 6 de Abril de 1828. No se encuentra noticia de la fecha de la apertura del Café Viejo, que debe ser muy antigua y daba entrada al teatro.

Mi amigo D. Miguel Otolaza, entusiasta partidario de todo cuanto se refiere al antiguo Iruchulo, le dedicó un romance que copiamos á continuación:

Al Café Viejo.

En tí, Café Viejo, encuentro
un no sé qué de bondad,
de alegría, de franquera,
de dicha y de bienestar;
así que, si yendo á verte
me preguntan: ¿dónde vas?
contesto al punto (y no miento):
—Al paraíso terrenal.

UNO DE TANTOS.

Aunque mil años viviera
yo no podría olvidar
que has sido el rincón más grato
de todo San Sebastián;
y nadie que haya llegado
en tu recinto á gozar
tantas noches placenteras,

tantos días de solaz
como tú á tus parroquianos
proporcionabas, será
tan ingrato que se olvide
del Café Viejo jamás.
Ya no existes: ya mis ojos
á verte no volverán,
¡y daría yo por verte
cuanto yo pudiera dar!
Es verdad que en ti no había
mesas de mármol, ni gas,
ni banquetas, ni divanes,
ni camareros con frac,
ni esas lunas venecianas
de tamaño colosal
en que pudiera mirarse
entero el mismo Goliat.
(El objeto más precioso
que se veía en ti *brillar*,
era, si mal no me acuerdo,
una araña de cristal,
cuyas velas se encendían
en tal cual festividad.)
Pero sin tantos adornos
con que han dado en presentar
los cafés nuevos ahora
un viso de... *novedad*,
tú, Café Viejo, reunías
más atractivos quizá
que todos los cafés juntos
en ningún tiempo tendrán.
En ti sólo se encontraba
la particularidad
de que si fresco en verano
acostumbrabas estar,
en el invierno brindabas
con un calorcillo tal,
que no es mucho que acudiese

la gente á ti con afán.
Tus exquisitos sorbetes
ponderaban á cual más
todos los que los probaban
por su buena calidad.
Tus licores eran finos;
tu leche helada, sin par:
y ¡oh Café! hasta tus barquillos
eran de un gusto especial.
Por lo adecuado al objeto,
sin segundo en la ciudad
era aquel cuarto en que tantos
jugaban en santa paz,
seguros de que ninguno
les iría á molestar,
ya á la sota medio duro
ó la pesetilla al as.
Si es tu teatro, jurara
que en lo bonito no habrá
otro que ni por asomo
se le pueda comparar.
¿Y qué diré del agrado,
de aquella amabilidad
de tus dueñas, que en el pueblo
era casi proverbial?
¡Tus dueñas! ¡Oh! con justicia
se las debiera llamar
enfermeras de alma y cuerpo
que consuelo y vida dan.

.....
—Buenas noches, Don Fulano.

—Muy felices.

—¿Cómo va?

—De salud, señora, bien,
pero de pesetas mal.

—La salud es lo primero:
poco importa lo demás.

—Sin embargo, yo quisiera...

—¿Dinero? ya lo tendrá.

—¿Yo dinero?

—Con el tiempo...

—En todo tiempo y lugar
seré lo que siempre he sido
y lo que soy...

—¿Qué?

—Un Adán.

—Pero...

—No hay pero que valga.

Usted no me negará
que el que nace para ochavo
no puede á cuarto llegar.

—No hago caso de refranes.

—Pues es cierto este refrán.

¡Oh! lo sé por experiencia:
es mi suerte tan tenaz,
tan enemiga... por dicha
espero pronto acabar
con esta vida, y entonces...

—¡Válgame la Trinidad!

¡Qué pensamientos más negros!

—Tengo un humor infernal:

he jugado y he perdido.

—Otro día ganará.

—Yo no puedo ganar nunca.

—El remedio es no jugar.

—Lo sé de sobra.

—No hay otro

mejor ni más eficaz.

—Luego... á millares me asedian

otras penas que darán

conmigo al traste...

—¿Amorcillos;
como si lo viera, eh?

—¡Ah!

—¿Suspira usted? ¡Pues me gusta!

Solo le falta llorar.

—Me ha despedido la novia.

—¿Y ese es tan terrible mal
para que así se lamente?
Más animo, ¡voto val
que lo que sobra en el mundo
son mujeres

—Es verdad,
pues sin mí Elisa las otras
para mí de sobra están:
se lo juro por mi nombre.
—(¡Chico más original!
¿y qué le digo yo ahora?)
¿Es tan rara esa beldad
que, faltando ella, ninguna
otra le puede agradar?
¡Vaya un capricho!

—Su cara
no pasa de ser... tal cual;
pero su talle es esbelto
y airoso como el que más.
Sus ojos son dos luceros,
y su mirada es capaz
de volver tarumba á un hombre
no siendo de mazapán.
¿Y su voz? ¿y sus modales?
¿y su trato? ¿y su bondad?
Es sin disputa la niña
más bella y angelical...
—¿Esa joven vive acaso
en la calle de Embeltrán?
—Sí, señora.

—¿No es muy gruesa
y bajita su mamá?
—En cambio el padre es muy flaco
y largo como un varal.
—Los conozco.

—¿Sí?

—Sabía

que usted suele frecuentar
esa casa... Pues amigo,
sin ser yo muy perspicaz
en estas cosas, afirmo
que está lejos de ser tan
bella como usted la pinta
Elisa. En primer lugar,
es muy cargada de espaldas;
su boca es descomunal;
su nariz es semejante
á la del orangutan;
sus orejas...

—Por piedad,
no prosiga usted: sospecho
que me voy á desmayar.
—(Lástima!... me proponía
curarle... otra vez será).
—Me siento débil...

—No hay cosa
para la debilidad
como unas magras: poniendo
al estómago un puntal...
—Sí, pero estoy irritado...
—Pues un vasito de agraz.
—Tengo un mareo...

—¿Mareo?
Entonces es regular
que sea asiento: una taza
de te se lo quitará.
Si prefiere usted la tifa
ó manzanilla... la harán
en un santiamén.

—El caso
es que no sé qué tomar.
—Pues es preciso hacer algo
para que se alivie.

—Ya
empiezo á sentir alivio.

—Hombre, ¡qué casualidad!

—No es broma...

—Me felicito.

—Estoy ya bueno. Si Blas traerme ahora quisiera una cosa estomacal...

—Diga usted lo que apetece.

—Media copa de coñac.

—Volando.

—Doña Fulana, creo que me sentará mejor un dulce y bizcochos ó chocolate con pan: pero, no... me da un vahido...

—¿Se quiere usted acostar?

En la cama de *Vicente* puede con comodidad echar un sueño.

—Me allano.

—Vamos, pues.

Vamos allá.

—Con dos horas que usted duerma se quita ese malestar.

.....
Lo dicho, Café; reunías más atractivos quizá que todos los cafés juntos en ningún tiempo tendrán. Por eso encuentro del mundo la cosa más natural que los jóvenes y viejos y los de mediana edad, te dieran la preferencia sobre todos los demás. Ya no existes, y es mi pena no volverte á visitar, porque en tu centro olvidaba á toda la humanidad

con sus cuitas, sus miserias,
su gemir y su llorar.
A tu unión con las murallas
debiste tu fin fatal
(que hay uniones que parecen
formadas por Satanás);
pero te juro que nunca
cesaré de recordar
que has sido el rincón más grato
de todo San Sebastián.

LA PLAYA Y LAS CASSETAS

En un libro que se titula *Manual de San Sebastián*, escrito en 1857 sin nombre de autor, hablando de la playa de la misma, dice lo siguiente:

«El arte mejor combinado no hubiera podido hacer una cosa tan bien dispuesta para baños de mar como la que la naturaleza presenta en la Concha de San Sebastián. Su fondo limpio y terso, de arena finísima y pura, aparece dorado al través de una agua clara, constantemente renovada por el continuo flujo y reflujo, y el piso de la orilla, uniforme y seguro, tiene una pendiente suave que permite entrar en el baño hasta la altura que se quiera sin peligro alguno. Así es que muchas personas de las más tímidas suelen bañarse en esta playa sin auxilio de ningún género, aunque no por eso deja de haber constantemente hombres y mujeres que nadan bien, prontos para ayudar al que quiera, vigilando sin cesar á fin de precaver toda desgracia. Pero si estas ventajas de seguridad y comodidad son superiores á las de todas las demás playas, todavía son mayores bajo el aspecto higiénico, porque en la de San Sebastián, además de ser el agua limpia y de una diafanidad completa, es pura, sin mezcla alguna con la dulce, por no desembocar ningún río ni haber arroyos ó vertientes que se dirijan á la Concha, como sucede en casi todas las demás playas, donde siempre está algo adalterada ó debilitada el agua del mar.

»Las olas son también en San Sebastián más suaves que en otras playas, enteramente abiertas, en que juegan las resacas con toda su fuerza por no hallarse debilitadas como aquí, perdiendo algo de su violencia al entrar en la Concha; lo que hace que en San Sebastián pueda bañarse muchos días que es imposible en Deva, Zarauz, San Juan de Luz, Biarritz y otras playas. Además, esta suavidad de las olas tampoco produce los hoyos y desigualdades del piso que en otros puntos en que las olas tienen demasiada violencia.»

Varios escritores extraños á nuestro país se han ocupado de los adelantos y mejoras de nuestro *Donosti*, y de los encantos de su playa, única en España que reúna las excelentes condiciones de comodidad, y ahora, para que conste la diferencia y progresos que hemos hecho desde la época á que me remonto de 1843, en nuestras costumbres, referiré las que entonces se usaban.

Los médicos no recetaban ó recomendaban tanto como hoy los baños de mar, tan esenciales para la salud y sobre todo para determinados males. Como de higiene y placer, las señoras se privaban de él porque no se conocían las comodidades que ahora.

Bañábanse algunos pocos hombres y era más general el baño en los muchachos.

Para el efecto iban, ó, mejor dicho, íbamos á la playa provistos (no todos) de toalla ó servilleta y un par de palitos: cuando la marea estaba baja tomábamos posiciones al pie del murallón que sostiene el montículo y jardines de Alderdi-eder, y en las grietas que tenía el paredón metíamos los palitos, que hacían veces de colgadores.

Desnudos ya, y conforme vinimos á este pícaro mundo, grandes y pequeños, nos zambullíamos en el mar, sin más ayuda que la señal de la cruz para librarnos de accidentes, merdeduras de malignos bichos ó de que... un atrevido pulpo se enroscase en alguna de nuestras piernas.

Cuando la marea estaba alta prolongábase la excursión para bañarse hasta cerca del actual Palacio real, á las peñas que fueron del dominio del Robinsón donostiarra, y algunos señores se bañaban en el túnel que hicieron los ingleses que estuvieron en la primera guerra civil para comunicarse con la playa de Ondarreta en el antiguo, y existe, ó existía dicho túnel, en el muelle ó atracadero de la falda Real, por donde se pasa y sube por medio de unas escaleras al palacio de Miramar, propiedad de S. M. la Reina Regente.

Otras veces, cuando la marea estaba baja, fijábamos nuestras posiciones en medio de la playa, á la orilla del mar, dejando en hilera las ropas sobre la arena. En aquella edad feliz en la que no se conoce el peligro ni se piensa más que en divertirse, la alegría era grande, viéndonos reunidos en el mar formando singular algazara. Allá se apostaba quién nadaba mejor y quién iba más lejos nadando, con otros juegos propios de nadadores y de la edad. Tan distraídos nos encontrábamos, que algunas veces no notábamos que la marea iba haciendo sus estragos, bañando también nuestras ropas, que andaban fluctuando con la resaca. Advertido el desastre, todos nos abalanzábamos á recoger nuestras prendas, y gracias cuando se completaban, pues resultaban casos de quedarse algunos con una sola bota y otros sin ninguna. Hecha la recogida, principiaba el secamiento; parecía aquello un tendido de lavanderas ó lavanderos desnudos que retorcian la ropa con gran empeño para esprimirla del agua, de miedo á la reprimenda que nos esperaba. Sin tiempo para secarse, porque llegaba la hora de recogerse á casa, con mil trabajos la metíamos sobre nuestros cuerpos, mojados también, porque la mayoría no tenía toalla ni servilleta. Aquella doble humedad, según algunos doctores de medicina, resulta beneficiosa para la salud por ser salitrosa, circunstancia que no tomaban en cuenta nuestros mayores, que al vernos en el estado en que llegábamos á casa, nos propinaban buenos so-

plamocos para que otro día, antes del baño, estudiáramos algo de náutica con las horas de alta, baja y pleamar.

En aquel tiempo á que me he referido no se conocían casetas de baños en la playa. En unión de mi amigo Gabriel María Lafitte, ideamos hacer una y se procedió á su construcción; componiase de una plataforma cuadrilonga con pequeñas ruedas; armazón de listones y cerrada de lienzo blanco; no tenia ventanas; entraba la luz cenital, suprimiéndose la cubierta por innecesaria. Tampoco habia puerta; bastaba la abertura de la tela para que hiciera veces de entrada; fué la primera semi-caseta.

La idea tuvo imitadores la misma temporada de baños, y desde entonces todos los años han ido en aumento más ó menos bonitas y caprichosas, hasta el número de 295, de que se componia el año anterior la nueva población movable veraniega, y llamo población, porque en muchas de esas casetas se guisa, se come y se duerme, y nada más á propósito en los días calurosos de estio que hallarse al contacto de agradables y frescas brisas de mar.

El referido *Manual de San Sebastián* añade: «Otra de las ventajas de la playa de San Sebastián es que se puede bañar á todas horas en cualquier estado de las mareas, acercando siempre á la orilla del agua las casetas movibles montadas sobre ruedas.» Dicho ésto en 1857, prueba que todavía se consideraban como novedad las casetas movibles, y los bañeros que acompañaban al mar á los bañistas, siendo hoy generales estas precauciones en los puntos de baños de mar.

La instalación de casetas se ha extendido hasta frente al campo de maniobras en la playa llamada de Ondarreta, y según el incremento que la industria va adquiriendo, prueba que debe ser bastante lucrativa.

El producto que el municipio ha sacado de las casetas como impuesto de 1893, es de pesetas 2.287,30 por la tem-

porada de 1.º de Julio á 15 de Octubre, y deducidos de esta cantidad el sueldo de un cabo, cuatro celadores de mar, lanchas de custodia, palos y banderas, resultan casi nivelados ingresos y gastos.

Hacia el año 1863 proyectóse establecer en la playa una gran casa de baños. Aprobado y concedido el permiso por el Ayuntamiento, realizóse la idea bautizándola con el nombre de Perla del Océano. Perla debía ser y de las más finas, pero resultó de las comunes. Su forma, de un barracón provisional de madera con cubierta de teja, casi en el centro de la Concha, resalta y llama la atención por su fealdad al frente de preciosas casas y en medio de tantas caprichosas casitas de baños que forman un pintoresco panorama.

A la bajada de la tercera rampa se encuentra la Caseta Real, que, descansando sobre dobles railes, sube y baja á la orilla del mar por medio de una maquineta de vapor. El pasado año de 1893, después del regreso de la corte á Madrid, utilizaron esta caseta los príncipes Wladimiro, primos hermanos del emperador de Rusia, que residían en el castillo casa de campo de los Sres. Satrústegui, del monte Igueldo.

Este año de 1894 inaugurará la familia Real la nueva y elegante caseta de baños, de estilo árabe, construida por la Diputación provincial según los planos y dirección de su arquitecto Sr. Echave.

En el número 3.341 de *La Voz de Guipúzcoa* hemos leído con satisfacción un artículo relatando la maravillosa metamorfosis que va á operarse en el barrio de Gros con motivo de su urbanización, con su Concha, su Avenida, sus parques, sus boulevares y su playa, que principiará á utilizarse este mismo año para baños de mar.

Admiramos y alabamos á todos los que con los medios que disponen contribuyen al engrandecimiento y prosperidad de nuestro querido pueblo; pero imposible ó difícil parece pueda utilizarse para baños la playa de la Zurriola, por

lo peligrosa que es, estando desde tiempo muy remoto prohibido su uso para ese fin.

En tiempo no muy lejano paseábame por la playa cerca de las casetas, y sentí un olorcillo muy agradable que indicaba algo bueno que por aquellos contornos se guisaba.

Guiado por el olfato me dirigí al punto llamativo y me encontré con dos varoniles matronas de tostada piel, de esas que están metidas en el mar seis ó más horas al día sin que sus organizaciones sufran detrimento alguno, sin duda por hallarse bien salmueradas. La una sacaba la cuenta del producto de las faenas de la mañana, resultando 28 reales, que repartidos entre las dos correspondían 14 ídem á cada una. La otra, demostrando que lo mismo servía para acompañar al baño á señoras y señoritas que para condimentar un buen plato, preparaba una cazuela de regulares dimensiones repleta de apetitosos mariscos llamados mejillones, y conocidos en la costa cantábrica por «músculos». La presencia de aquella cazuela con el aroma del succulento condimento incitaba á comer al más inapetente.

Comprendió la excelente cocinera por mis elogios que sería gustoso en probar de su composición, y siendo el distintivo de aquella gente la amabilidad, me ofreció una racioncita que la acepté agradecido y la despaché satisfecho. No era para menos, porque no es fácil hallarlos tan en su punto y tan bien preparados, aunque con algún excesillo de picante, que bien merecía aquella matrona el distintivo de *cordón-bleu*.

En la costa cantábrica hay gran cantidad de mejillones, pero al parecer poca afición para consumirlos, sin duda porque no gustan, porque no se cuidan de prepararlos como se deben, ó porque, como dice aquel proverbio: «Cuesta más la salsa que los caracoles.»

En París, donde saben apreciar las cosas por lo que valen, se hace un consumo extraordinario de estos deliciosos

moluscos, y allá, que es donde está la verdadera cocina, saben prepararlos de una manera admirable, y con el fin de que mis amigos gastrónomos, y todos los que quieran satisfacer su curiosidad puedan gustar de aquella excelencia, voy á copiar la receta de su preparación, que me proporcionó el cocinero del Gran Hotel de aquella capital:

«Primeramente se limpian bien los músculos, y en seguida se cuecen en un caldo compuesto de zanahorias cortadas, tomillo, cebolla, mantequilla y vinagre. Una vez que estén bien cocidos, se retiran del caldo, y en otra cacerola se pone á freir con buena mantequilla un poco de harina, y se añade el caldo donde se han cocido los músculos, pasándolo con cuidado por un tamiz fino, y se le agregan en cantidad relativa vino blanco, polvo de pimienta y zumo de limón. Se dejan hervir unos minutos, y cuando lleguen á su punto, pueden servirse... para comerlos.»

Si alguno de mis lectores dispone la prueba de esta receta, me alegraré le salga bien, y repitiéndola con frecuencia, le haga buen provecho.

LOS PROGRESOS DE SAN SEBASTIÁN

I

Hace treinta años que la piqueta demolidora principió con entusiasmo el derribo de las murallas que circundaban á nuestro querido *Doností*. Grande era la alegría de muchos, pero mayor el pesar de antiguos moradores que, con las murallas, sospechaban desaparecerían los encantos que encerraba su tacita de plata, como entonces la llamaban, y las modestas costumbres que heredaron de sus antepasados y que con ellas vivían felices y contentos.

Honrados y alegres por carácter, formaban de la población una sola familia, y respetando la posición de cada cual, fraternizaban con la mayor armonía, organizando juntos toda clase de diversiones, habiendo llamado la atención San Sebastián desde remotos tiempos por la originalidad, sencillez y buen gusto de sus fiestas. Era tal el entusiasmo que tenían por su pueblo, que refiriéndole un señor sacerdote á un moribundo las maravillas del Paraíso, replicaba el enfermo: «Sí, señor cura; todo eso es verdad, pero difícil me parece que será encontrar allá arriba un rinconcito tan bonito como San Sebastián.»

No es, pues, extraño que hubiera entonces refractarios al derribo de murallas; pero puede asegurarse que ni éstos, ni

los que de otro modo pensaban, imaginaban el gran incremento que la nueva población había de tener.

De mis anteriores artículos, que con el título de *Antigüedades y recuerdos* han visto la luz en los tomos XXII, XXIII y XXIV de la *Euskal-Erria*, puede deducirse cómo era el antiguo San Sebastián y las costumbres de sus habitantes, y ahora, para que los venideros puedan juzgar lo que se ha hecho en estos treinta años, digo mal, en estos veintisiete años, porque hay que rebajar tres de la malhadada última guerra civil, en cuyo tiempo estuvieron paralizadas todas las obras, causando la miseria y ruina de muchas familias.

En la época en que estamos, fines de 1893, puede decirse que está casi concluida la edificación con suntuosas casas y hermosos edificios desde el Boulevard hasta la calle de San Martín, siguiendo ésta recta al nuevo y magnífico paseo de los Fueros y puente provisional de madera de la estación del ferrocarril, dando frente con buenos soportales al nuevo templo del Sagrado Corazón de Jesús, de estilo gótico, cuya construcción se va adelantando con rapidez. La fachada principal de este templo mira por la calle de Hernani al magnífico de Santa María.

Los edificios públicos construidos en la época referida y terreno demarcado, son el notable de la Diputación con sus accesorios de Gobierno civil, Correos y Fábrica de Tabacos, haciendo frente á la hermosa plaza de Guipúzcoa. El Gran Casino, en el parque de Alderdi-eder; Gobierno militar, frente al muelle; gran fábrica de luz eléctrica, Alhóndiga ó depósito de la Diputación; Montepío, Instituto y Biblioteca popular; gran hotel de Londres, Inglés, Ezcurra, Francia, Berdejo y el Internacional.

Dos hermosos mercados de hierro y cristal, abundantemente surtidos de toda clase de comestibles para satisfacer al más delicado y al mayor gastrónomo. Asilo de Niños Huérfanos al cuidado de hermanas de la Caridad, dirigido por

una Junta de señoras, siendo presidenta Doña Desideria P. de Elósegui, y secretaria Doña Maria Dotrés de Churruca. Nuevo frontón de *Beti-Jai*, muy bien situado con vistas al mar y al rompeolas en la Zurriola.

Fuera de la zona marcada se han construido: en el Antiguo el Palacio Real de Miramar, de estilo particular, admirablemente situado. La nueva iglesia, edificada á la falda del Palacio en la plaza de Alfonso XIII, resultando de buena perspectiva la plaza por los edificios construidos por el rico propietario Sr. D. José Antonio Egorza. La Cárcel celular, administrada perfectamente por hermanas de la Caridad, primer ejemplo en España, que al visitarla, siendo ministro de Fomento el Sr. Canalejas, gustóle mucho y dijo: «Hasta en esto se habían de distinguir ustedes.»

El castillo ó palacio de Satrustegui, habitado por el gran duque Wladimiro, primo del emperador de todas las Rusias. Gran casa de escuelas públicas para niños de ambos sexos. Casa cuartel de la Guardia civil y el de la Escolta Real, habiéndose abierto una carretera que conduce del Antiguo á la de Hernani, cerca de Ayete.

Á la falda del monte Ulía se ha construido el matadero de reses de Cemoriya, y el Hospital Civil de Manteo, asistido por hermanas de la Caridad y dirigido por una Junta de Beneficencia presidida por el alcalde, siendo su administración, como ha sido siempre, modelo, atendiendo, además del hospital, á la Santa Casa de Misericordia y al ex convento de Uba, donde se encuentran los niños de ambos sexos, pasando el total de acogidos en los tres benéficos establecimientos de 500 individuos, todos esmeradamente asistidos.

En el alto de Miracruz, el suntuoso colegio de Nuestra Señora de la Asunción, y en Ategorrieta el de Notre-Dame-d'Anglet, dándose en ambos muy esmerada educación en todos los ramos á las señoritas.

En Ategorrieta se encuentra la estación del tranvía, el depósito de coches y cuadras para caballerías de la misma que recorre desde Rentería hasta más allá del Antiguo, y el gran frontón de *Jai-Alai*.

En los terrenos llamados de Gros el convento de las Oblatas ó arrepentidas y varias casas de campo, hallándose en construcción la nueva iglesia, de bastantes proporciones y estilo gótico, habiendo cedido gratis terreno y materiales los descendientes de D. José Gros, cuya falta se siente por el genio activo, emprendedor é inteligente de aquella naturaleza privilegiada.

Fábricas mecánicas de aserrar maderas del Sr. Urcola y del Sr. Múgica.

El hermoso puente de Santa Catalina: de aquí á Pasajes puede decirse que es una calle de casas y hoteles con hermosos jardines.

En los pintorescos altos de San Bartolomé, coronados de casas de campo, se ha construido una iglesia adosada al convento de monjas de la enseñanza, donde se da instrucción gratuita á más de 200 niños pobres. Otro notable edificio dirigido por los señores hermanos Maristas, donde se da educación á más de 300 jóvenes.

El gran palacio de Ayete, de la señora duquesa de Bailén, que ha sido en varios años residencia de la reina Doña Isabel II, y últimamente de la reina Doña Cristina, hasta este año de 1893, que, terminadas las obras del suyo particular, ha ocupado por primera vez su casa de Miramar.

Fuera del ensanche se han edificado dos asilos, el uno de las Hermanitas de los Pobres, y el otro llamado de Matia, al cuidado de las hermanas de la Caridad y bajo la dirección de una Junta presidida por el Sr. D. Ricardo de Bermingham.

En el ensanche de la Amara gran edificio para escuelas de niños de ambos sexos, y en los terrenos llamados de Mor-

lans, por la cañería antigua ó Fuente de la Salud, la gran Fábrica de gas por cuenta del Ayuntamiento, quien ha adoptado y sigue adoptando todas aquellas mejoras que reclaman los adelantos del día, siendo una de ellas la instalación de dos kioscos con *gabinetes de descanso* para comodidad del vecindario.

Seguro estoy que nadie esperaba que en tan corto tiempo se realizarían tantas maravillas, debido en su mayoría á los dones que la Naturaleza ha prodigado á este noble solar, y como muestra de imparcialidad me tomo la libertad de copiar unos párrafos de un notable escritor, el Sr. Coroleu, extraño á este país, que en un artículo publicado en *La Voz de Guipúzcoa*, entre otras cosas, dice lo siguiente:

«Desde el centro de la Concha, que ocupa el grandioso edificio del Hotel Continental, frente á la entrada de la bahía, vese á la derecha la perspectiva de la población, que es soberbia, y produce el efecto de una capital de primer orden por la magnificencia de los edificios, descollando sobre todo la importante fábrica del Casino con su espaciosa escalinata, sus esbeltas torres y sus cúpulas monumentales. Á la izquierda termina aquella dilatada serie de construcciones con la residencia de Miramar.

«En el magnífico edificio de la Diputación, situado en la gran plaza porticada de Guipúzcoa, y reedificado desde que lo consumió un incendio en 1885, se ha hecho un verdadero alarde de artística fastuosidad. El lujo de su decorado podría ponderarse diciendo que corre parejas por su mérito con la sabia distribución del local, en todos conceptos inmejorable.

«San Sebastián, como sitio privilegiado por los dones con que le ha favorecido la Naturaleza, resulta una de las más hermosas poblaciones de Europa. El Boulevard, la Alameda, la Avenida de la Libertad y la Concha son sitios que pueden competir en grandiosidad y belleza con los más re-

nombrados de su clase. La ciudad, vista desde la estación del ferrocarril al ir á tomar el puente de piedra que conduce al Boulevard, ofrece una perspectiva que recuerda la de los muelles de Burdeos. Sus edificios son ostentosos, sus calles anchas y magníficamente empedradas, sus cafés-restaurants muchos y lujosos; sus fondas comparables á las mejores del extranjero. Todo esto, unido al movimiento de coches de lujo, á la elegancia de los transeuntes, al continuo ir y venir de trenes y á la bulliciosa animación de su playa, hace de ella una *ville-d'eaux* de primera categoría. Tiene además una excelente Biblioteca popular, magníficos frontones y una hermosa plaza de toros; el paseo del Rompeolas, sitio admirable en el cual se ve al Cantábrico arremeter bravio é imponente contra los peñascos del muelle y de los montes vecinos, y un cinturón de bosques que le rodea como un inmenso almohadón semicircular de *peluche*, en el cual agotó la Naturaleza todos los tonos de esa infinita gama del verde vegetal, que es la desesperación de los pintores.

»Comprendo que San Sebastián sea el sitio predilecto de los veraneantes de buen tono. Lo que no acierto á comprender es que haya en España una población que sueñe con disputarla esta primacia, porque ya es milagroso que por una vez se hayan reunido tantos y tan maravillosos atractivos en un solo punto.»

EL MAESTRO RODRÍGUEZ

Había antiguamente un axioma escolar muy usual, que decía: «La letra con sangre entra»; craso error que, para darle más fuerza, se autorizaba por las leyes á los maestros el uso de las disciplinas y la paleta, y se pasaba revista por la Junta de escuelas para cerciorarse de si estos objetos se hallaban con arreglo á reglamento, hasta que felizmente fueron derogadas. Aquel axioma y aquellas leyes no podían ser más contraproducentes, como todo cuanto se impone con sumo rigor, como entonces sucedía, por la creencia general que, para que un muchacho aprendiera bien á leer, escribir, etc., etc., no había otros medios mejores.

El dómine que encabeza estos renglones, tan conocido por los habitantes de nuestro Iruchulo, reunía circunstancias tan especiales, que merece se traigan á colación. La atención y consideraciones que entonces se guardaban á los maestros, revestía á nuestro Rodríguez de severa gravedad, que armonizaba con su físico, alto, enjuto y nervioso, de penetrante mirada, satisfecho de su misión, considerándola, con justicia, la más sagrada del mundo. Exacto en el cumplimiento de las leyes, tenía de manifiesto la paleta y las disciplinas, y como cosas de su invención una caña larga para dar con ella buenos coscorronea, sin molestarse, desde su asiento; un saquito de cuero repleto de perdigones para

tirárselo al muchacho que no estuviese al alcance de la caña, con el deber de recogerse y entregárselo al domine, dándole por este servicio una palmadita, amén de otros castigos que se observaban en todos los centros escolásticos.

Cuando el maestro se levantaba mal humorado, cosa que resultaba con frecuencia y convenía á sus cálculos, daba al discípulo que estuviese distraído una medalla.

El favorecido discípulo tenía que cuidar de quién no estudiaba ó trabajaba para pasarle aquel distintivo; el que al dar las doce del mediodía se encontraba con ella, quedaba castigado sin comer. Generalmente se hacía poco aprecio de la medalla hasta media hora antes de la hora fatal; en este tiempo, el poseedor del distintivo redoblabla la vigilancia, y como todos eludían el castigo, presentaba la clase un modelo ejemplar de estudiosos y humildes muchachos con los ojos fijos en sus libros. Turbábase de vez en cuando aquel silencio al intentar el tenedor de la alhaja traspasarla á otro discípulo por si miró ó se distrajo, cuestiones que las dirimía el maestro lanzando, cual si fuera una bomba, el saquito de perdigones. Como la severidad no está reñida con el buen gusto, nuestro maestro tenía gran afición al cultivo de las flores, y cuidaba con esmero sus tiestos y plantas; sabía por sus estudios botánicos que era menester renovarles de vez en cuando la tierra, y al discípulo que quedaba sin comer dábale una cestita para que la trajera del castillo de la Mota bien repleta de buena tierra vegetal. La actividad no tiene límites cuando hay un fin propuesto y de conveniencia. Así es que tomaba la cestita, bajaba las escaleras por partidas de tres y cuatro, y corriendo como un gamo perseguido por los perros, llegaba á su casa jadeando á noticiar el castigo que tenía de no comer, castigo terrible para los chicos, que en seguida le subsanaba burlándose del maestro, rellenando bien el bandullo. Satisfecho ya, cogía la cestita ó iba á cumplir su misión, regresando con la carga, con el buen

deseo de congraciarse con el maestro, aunque inútilmente, por su constante carácter de severidad.

La hora funesta para los chicos era la de dar de memoria la lección. Llamaba el maestro y había que acudir á su presencia con el libro; si se trataba de Doctrina Cristiana, preguntaba:

—¿Cuántos dioses hay?

—Tres.

—Siga usted: ¿qué más dice la Doctrina Cristiana?

Aturdido el chico, mirando al fiero semblante del maestro con el brazo levantado y la palmeta en la mano, y creyendo que más quería decir que había más dioses, contesta:

—Cuatro.

Dábale un palmetazo sonoro y repetía la pregunta:

—¿Cuántos dioses hay?

Más aturdido el chico, sobre todo con el dolor del palmetazo, y creyendo que al maestro se le figuraba que cuatro eran pocos, contestaba tembloroso:

—Siete.

Dos palmetazos, uno en cada mano, propinaba el maestro, añadiendo sin más explicaciones:

—Borríco, retirese usted á estudiar mejor.

Teníamos los muchachos un procedimiento que amortiguaba el golpe de la paleta; para el efecto bastaba frotar la palma de la mano con ajo machacado. Este procedimiento estaba prohibido y castigado severamente. Sin embargo, no faltaban discípulos que infringieran la ley con la trampa en la mano. El ajo, en las condiciones dichas, esparce fuerte y desagradable olor: el maestro tenía las narices largas y el olfato fino, y luego notaba si por la escuela había algo de ajo. Oliólo un día y se persuadió que había fraude, y fijándose en sus discípulos, les dijo:

—Vamos á ver; ¿quién de ustedes es el que huele á ajo?

Silencio sepulcral; pero observa que uno de los mucha-

chos frotaba las manos en el pantalón con afán y disimulo, y dijo el dómine para sí: «¡Ese es!» Llámale á su presencia, y evidenciada la infracción, ordena que le suministren una buena dosis de disciplinas.

Estas prácticas edificantes y persuasivas eran las que se observaban en la mayoría de las escuelas de aquel tiempo.

Tenía el maestro Rodríguez sus infulas de artista: todos los años ponía un nacimiento de grandes dimensiones, componiéndose, como todos de su clase, de montañas, fuentes y grutas, con los misterios que debe representar: las figuras de distintos materiales, desde el trapo hasta el barro, y su confección, de dudosa perfección, hacia las delicias de los chicos, que comentaban como un acontecimiento notable, y esperaban con ansia el día de la apertura de la exposición, que duraba de Navidades á Reyes, días en que no había clase, por ser de vacaciones, pero muy atareados para el maestro con la repetida explicación de su obra de arte á los continuos visitantes, y con la recepción de los regalos que, según costumbre, le mandaban las familias de sus discípulos. Así que se reunían bastantes visitantes, cerrábase la puerta de la escalera y se presentaba el severo dómine con la consabida caña larga, que al verla los muchachos, retrocedían de miedo, y principiaba la minuciosa explicación con todos los detalles de la obra, y los nombres propios con los que había bautizado á cada pastorcito y pastorcita, indicando todo con la caña. Algo separada del cuadro principal había una mesita, sobre la que reposaban dos figuras que el dómine las nombraba *Marichu* y *Peruchu*, y dando vueltas á una manivela, se ponían en movimiento, y por medio de una especie de molinete, subían y bajaban unos palos, á estilo de un triturador de minerales, que el dómine, con pretensiones también mecánicas, aseguraba era aquello de su invención, sin que se supiera la utilidad que podía tener, ni la conexión con el nacimiento. Algo más separado, hacia la puer-

ta de entrada, había otra mesita cubierta de bayeta verde, sobre la que descansaba una bandeja de estaño, conteniendo algunos *champones* y ochavos morunos, y concluidas sus explicaciones hacía señal de que podía marcharse la concurrencia, para dar entrada á los impacientes que esperaban el siguiente turno, dando primero unos golpecitos con la caña en el plato de estaño, como indicando á los distraídos: «Aquí está esto.» La víspera de Reyes cambiaba la decoración del nacimiento. Colocábanse los Reyes adorando al Niño Dios. Descolgábase la estrella de hoja de lata que pendía del cielo raso, para ponerla sobre el pesebre; los pastorcitos se sujetaban también á una evolución para que el nacimiento presentase otra perspectiva; sólo quedaban firmes en sus puestos las mesitas de *Marichu* y *Peruchu* y la del tapete verde.

El maestro Rodriguez, además de artista y mecánico, tenía pretensiones de poeta. Entusiasmado con su nacimiento, le dedicó unos villancicos que, para muestra, bastará el estribillo, que decía así:

Bajad, pastorcitos,
Bajad á Belén
Á adorar al Niño
Nacido en Belén.

Satisfecho de su ingenio, se dirigió al notable maestro compositor Sr. Santisteban, con el fin de que le pusiera en música sus impresiones poéticas.

El compositor, al escuchar tanto disparate, sin poder contener un impulso natural, se excusó de complacerle. Ofendido el poeta por la demostración y negativa, manifestó su desagrado, añadiendo que el tal maestro no era músico, ni mucho menos compositor: tal era el sentimiento que le causaba el desengaño de sus ilusiones.

LA COMIDA IMPROVISADA

En aquellos antiguos tiempos de nuestro querido Truchulo, hacíanse notables por su constante unión y buena armonía cuatro individuos de la respetable clase llamada de indianos.

Siempre que el tiempo lo permitía, juntos daban su paseo higiénico antes de comer hasta las Puertas Coloradas, descansando al regreso en los pretiles del paseo de Santa Catalina, porque no se conocían bancos ni sillas. Uno de aquellos señores vivía en la Plaza Vieja, esquina á la calle de San Jerónimo, y era el primero que se despedía de los otros. Este señor, atento y cortés como buen caballero, todos los días, al despedirse, invitaba con insistencia á sus amigos á que le acompañaran á comer y considerando el convite de cumplido, despedíanse dándole las gracias.

Pero tentóles un día el d'ablo, y confabuláronse: «Mañana vamos á poner en un brete á nuestro amigo aceptando la comida», dijeron, y así sucedió: Al siguiente día, al repetirse la invitación, la aceptaron gustosos. Una vez en la sala de la casa, manifestóles el anfitrión tuviesen la bondad de esperar, por ser un caso extraordinario, y marchóse á dar la sorpresa á su señora. Ésta, que era una cumplida *schecoandre*, que gustaba mucho de que los convidados á su mesa salieran bien satisfechos, para lo que se esmeraba en extremo, quedó afligida por la intempestiva y desagradable

sorpresa, calculando la falta de tiempo para que los convidados salieran satisfechos, como ella deseaba. Su esposo, hombre de temperamento tranquilo, pudo calmarla, diciéndola:

—No te afijas, mujer: Capa Rota se compuso, y también esto se compondrá.

Era costumbre en aquellos tiempos, y tenían á gala las buenas *echecoandres* tener una despensa bien provista de succulentos manjares, cosa que cayó en desuso, porque en todas las calles hay despensas provistas de cuanto puede apetecerse.

Tenia, pues, aquella señora de antaño su buena despensa, é iba á preparar lo conveniente para salir airosa del compromiso de su esposo, cuando le dijo éste:

—Nada de eso; y ahora, verás qué bien saldremos del cuidado.

Llamó á una de sus doncellas, y la dijo:

—Váyase á casa de D. Fulano, y dice usted á su señora que su esposo no come hoy en casa, y que la entregue á usted el principio ó principios que tenga, y lleva usted como señal su sombrero.

Este sombrero no podía confundirse con ningún otro, porque llamaba la atención en San Sebastián por su forma y calidad. Érase de copa muy alta, ancho de la parte superior, por el estilo de los que usaban los antiguos milicianos nacionales, ancho de alas y de felpilla, color café claro.

Repitióse la misma operación y con distintas señales en las casas de los otros amigos, y de esta manera pudo organizarse una magnífica comida que dejó estupefactos á los invitados, quienes, admirados y muy satisfechos, concluido el convite, se retiraban á sus casas dando repetidas y expresivas gracias por tanta galantería, á lo que contestaba el anfitrión:

—Gracias no á mí, señores, sino á ustedes.

Comentaban estos señores el por qué dábales las gracias siendo ellos los favorecidos, hasta que llegaron á sus casas y salieron de dudas con la sorpresa que les preparó el anfitrión.

Los cuatro indianos en cuestión fueron los que contribuyeron con su capital al levantamiento del San Sebastián incendiado: otros que han venido después han contribuido también á la continuación del majestuoso ensanche. Desgraciadamente, por ahora al menos, mientras no mejore la extraordinaria diferencia del cambio, raro será el que venga de América. La pérdida en la realización del capital, y más del 50 por 100 en el cambio, son causas bastante graves para pensarlo con madurez.

CHIQUIRRI, MIQUIRRI Y PIRRICHI

Conociáanse en Iruchulo por estos apodos tres íntimos amigos que se querían mucho por la analogía de sus pareceres, siempre dispuestos á divertirse.

Pertenecían á la clase media, sin capital, profesión ni oficio conocidos; vivían patriarcalmente sin preocuparse de cambios de Gobierno ni de las alternativas en el mundo financiero, y sin envidiar la posición de acomodados personajes: allá donde había una fiesta, ellos eran los primeros en disfrutarla. Difícil parece la solución de este problema, aunque hay de ella infinitos ejemplos, y ahora explicaremos el presente.

Chiquirri y *Miquirri* eran casados y sin hijos; sus esposas tenían establecimientos de géneros de punto y de otras chucherías; hallábanse las señoras muy acreditadas por sus mercancías, por su afable trato y por sus conocimientos mercantiles; ellas hacían las compras y las ventas; llevaban el libro mayor, diario y balances, y tenían sus casas en admirable orden. Ocupábanse también con esmero de que sus maridos anduvieran bien limpios y arreglados, en proporcionarles los mejores bocaditos y el dinero necesario para sus gastos, sin permitir que se dedicasen á trabajo alguno material ni intelectual, á todo lo que se avenían perfectamente *por evitar divergencias matrimoniales.*

El tercero, *Pirrichi*, era soltero, hijo único de viuda, con

tienda de comer y arder; idolatraba á su hijo, y por lo mismo éste se hallaba en las mismas condiciones que *Chiquirri* y *Miquirri*, y queda resuelto el problema. La imaginación de estos tres amigos no trabajaba para el descubrimiento de algún nuevo invento útil, pero era muy fecunda para procurarse medios de distracción y divertimento.

Había en Iruchulo en aquel tiempo tres tartamudos: eran éstos el Sr. Prol, organista; el Sr. Iburguren, tamborilero, y el Sr. Casas, cigarrero. *Miquirri* y compañía trataron de reunirlos en el Café Viejo de la Facunda, del que era parroquiano y acudía por las noches el Sr. Prol; hicieronle creer al Sr. Iburguren que aquél atacaba á éste en su dignidad, y no bien dispuesto marchóse á su encuentro; sucedió otro tanto con el Sr. Casas, y reuniéronse los tres tartamudos que, por sólo el hecho de serlo, creíanse insultados mutuamente.

Excitados los ánimos con la polémica, el defecto físico púsose más de manifiesto en los contrincantes, causando gran hilaridad en la concurrencia, que la novedad aumentó en el Café Viejo.

Muy satisfechos ya los autores de la broma, antes que ésta pasase á vías de hecho trataron de calmarla, dándose cumplidas explicaciones, terminándola con un abrazo paternal. Los Sres. *Miquirris*, al tratar de aquella reunión, llevaban segundo fin cambiando el aspecto pendenciero de la misma en alegre y divertida. El Sr. Iburguren ejecutaba admirablemente en la flauta y *flageolet* cualquier composición, por difícil que fuese, lo que le producía muchos aplausos en aquellos notables conciertos que se daban en el salón del consulado de la Casa Consistorial, dirigidos por el inolvidable gran maestro compositor Sr. Santesteban. La señora Facunda tenía en su Café Viejo un viejo armonium con bombos y platillos. A petición del auditorio sentóse el Sr. Prol y entonó el popular *Irudamacho*, que ejecutó en el *flageolet* el se-

ñor Iburguren con afinada precisión, adornado de variaciones de su invento musical; hubo aplausos, y principió la fiesta muy animada: animóse también el despacho del mostrador, y los concurrentes hacían coro cantando zorcicos y otros aires del país, pues sabido es que donde se reúnen jóvenes ó viejos *errico-shemes* tienen que reinar la alegría y la expansión. Contagióse de estas causas el Sr. Casas y cantó solo un zorcico que hizo las delicias de sus oyentes, mereciendo una ovación general. Muy agradecido, quiso mostrar su gratitud: marchóse á su fábrica de cigarros, regresando con muchos escogidos y reservados para los amigos, que le recibieron con marcadas muestras de simpatía.

La cigarrería, como antes se llamaba más propiamente que hoy expendeduría, hallábase situada en la esquina de la calle de San Jerónimo y Plaza Vieja, casi frente al Café Viejo. Diremos de paso que, á pesar de los cambios habidos, nada han ganado los consumidores en cantidad ni economía: antes costaba una cajetilla de treinta robustos cigarrillos seis cuartos; hoy contiene veinticinco enfermos, y cuesta ocho y medio cuartos.

En el Café Viejo iban en aumento el entusiasmo y el despacho del mostrador; no sólo se cantaban aires del país, sino óperas y maitines; barrenáronse las leyes municipales, como se barrenan en todos tiempos, y el café estuvo semiabierto hasta después de amanecer: la noche era de sábado, vispera de quincuagésima.

Dadas las siete de la mañana, el Sr. Iburguren anunció que abandonaba con pesar el café para cumplir con su deber, anunciando la salida del buey: era ya domingo de carnaval.

Dirigióse acompañado de la divertida reunión á la plaza de la Constitución, donde le esperaba su sucesor el señor *Thambolín* y el célebre redoblante *Shagarbola*. Tocaron el inmortal *Iriyarena* y continuaron, con la gravedad que les

era proverbial, por las calles que había de correr el buey. Permaneció éste unos minutos en la plaza, haciendo las delicias de infinitos chiquillos estacionados en los extremos de la misma, esperando que el Hércules que funcionaba la cuerda entonase el *teín, teín*; abalanzábanse entonces como hormigas, armados de palos, algunos con pinchos, y sacrificaban al desgraciado animal, demostrando en su infancia los instintos feroces del hombre. Otros, más valerosos, salían al medio de la plaza á enseñar sus habilidades. *Miquirri* y compañía, más previsores, situábanse en las bocacalles, y al pasar el buey en su carrera, se vanagloriaban de haber sacado una suerte á la cordobesa, á la verónica ó al *ihzquincho*. Repetíase esta función tradicional los tres días de Carnaval con bueyes á la mañana, al mediodía y á la tarde; á la noche *cezen-zusco*.

Algunos Carnavales celebrábanse preciosas comparsas de provincias, de jardineros, de oficios, de pastores de la Arcadia y de otras muchas. Los directores de más nombradía fueron el Sr. D. José Antonio Zinza y D. Joaquín Javier Echagüe, después D. Ignacio Tabuyo y D. Isidro Errarte Balli, y siendo los habitantes de Iruchulo alegres y entusiastas, según el modelo de los señores *Chiquirris*, los tres días de Carnaval éranse de continuo jolgorio. Terminaban las fiestas con un baile público de máscaras, á ocho reales entrada, á beneficio de la Casa de Misericordia; reinaba mucho orden y seriedad, hasta que en tiempos modernos invadió el local la gente del bronce, y ya no se rendía culto á Therpsicore, sino á Baco, por lo que se suprimieron aquellos bailes.

El Miércoles de Ceniza marchaban *Pirrichi* y consortes al campo, á respirar aire puro y descansar de las fatigas de aquellos turbulentos días en agradable *gaudeamus*, compuesto de sopa de lapas, músculos en salsa, carraqueles y lampernas cocidas, con otros apetitosos y estimulantes manjares

saboreados con el acreditado Champagne de *chokis berri*.

Los señores *Chiquirri* y *Miquirri* perdieron la compañía de *Pirrichi*: falleció la madre de éste, y faltó él de hábitos de trabajo, liquidó la tienda de comer y arder; mal parado marchóse á Montevideo, patria-tumba de tantos desgraciados. Los señores *Chiquirri* y *Miquirri*, siempre felices, fallecieron cargados de años sin haber hecho nada de provecho... para los demás.

TIPI TAPA, TIPI TAPA, CALABAZA

Á MI QUERIDO AMIGO OMAR CELIN OASOR.

Tarde, pero seguro, correspondo á la fina dedicatoria que en uno de los números del mes pasado de *El Eco de San Sebastián* me dirige usted, agradeciéndole las benévolas frases con que me honra, y darle las más expresivas gracias. Solamente debo hacerle una objeción, y es, que no admito el calificativo de distinguido escritor que usted me aplica, porque no soy acreedor á él, pues para esto se necesitan, como en todas las cosas, después de la competente aptitud, la práctica y estudios necesarios, de cuyas circunstancias carezco.

Amante de mi país, me dió la humorada de consignar por escrito algunos recuerdos de mi infancia, y el referir hechos ó costumbres que están en la memoria de mis contemporáneos, no merece tal distinción. Usted reúne todas esas condiciones, y sobre todo la de ser joven, y puede marchar despacio por el camino emprendido, adquiriendo sobrada reputación y honrosa gloria que le deseo sinceramente.

Ahora, accediendo á sus deseos, voy á emborronar unas cuartillas.

Conoci en mi infancia una señora anciana, victima, como otras muchas, de la catástrofe que sufrió nuestro querido Iruchulo en 1813. Referiame algunos pasajes de aquella triste época, y muy afligida del que le sucedió con un hijo

suyo: érase éste joven de veinticuatro años, rubio y simpático, anti-francés, y por consecuencia, partidario de los aliados ingleses y portugueses, hasta que llegó la hora del desengaño y la de la evidencia de que todos han sido malos para los españoles. Noticioso de la retirada de los primeros al Castillo de la Mota, y de la entrada triunfante de los segundos en la población por el boquete que abrieron en la brecha, salióles al encuentro para manifestarles sus simpatías y felicitarles el triunfo que obtuvieron; pero ¡cuál no sería su sorpresa al ver á aquella turba desenfrenada que iba pasando á cuchillo á indefensos paisanos é inocentes criaturas, cometiendo las mayores brutalidades!

Vióse también nuestro joven acometido, y para librarse de una muerte segura se refugió en una casa, escondiéndose en el depósito de excusados; permaneció en él veintitres horas, al término de las cuales notó que la casa ardía, y que iba á ser quemado y enterrado en sus escombros. Decidióse á abandonar el escondite y á afrontar nuevos peligros; corrió por las calles de la ciudad todo despavorido y perfumado, aunque no con agua de rosas; en su carrera, algunos de los héroes lusitanos dispararon contra él, salvándose milagrosamente de tan brusco ataque, alcanzando el campo y la deseada libertad. Creyóse fuera de peligro y de tantos sustos y sobresaltos; pero á consecuencia de ellos, enfermó y falleció á los once días.

La desgraciada madre de aquel infortunado joven era la esposa del alcalde que regia entonces los destinos del pueblo. Uno de los modernos Ayuntamientos queriendo, con justicia, perpetuar la memoria de aquel insigne señor, que muchos y grandes servicios prestó en tan memorables y difíciles circunstancias, acordó dar su nombre á una de las calles del ensanche, que se llama de *Benqoecheu*.

La mayor parte de los habitantes que salvaron sus vidas de aquella efeméride memorable quedaron arruinados.

Hubo un señor que tenía siete hijos, el mayor de veintún años. Poseía este señor un caserío en las afueras de la población, que por los adelantos que vamos haciendo, se llamaría hoy palacio, *château* ó villa. La huerta que tenía dicha finca gozaba mucha fama, sea por la calidad del terreno, ó por su posición, para la producción de frutas y legumbres; sobre todo, dábanse unas calabazas fenomenales en forma y peso, habiendo ejemplar que pasaba de un quintal. Procedían de unas semillas traídas de Londres, adonde las importaron de la India. Desgraciadamente, como la naturaleza ha creado las cosas propias para cada lugar, no permite que se vulneren sus inmutables leyes, y al segundo año aquellas singulares semillas producían los frutos ordinarios del país. Además de fenomenales, éranse aquellas calabazas muy agradables al paladar; gustábanle mucho á su dueño, y queriendo que sus hijos tuviesen las mismas inclinaciones gastronómicas, ordenaba se sirviera diariamente aquel, para él, sabroso plato. Causábanse los muchachos de tanta calabaza; notólo el señor padre, y creyó del caso hacerles una ligera insinuación para reanimarlos, diciéndoles: «Muchachos, según opinión de notables facultativos, la calabaza es el alimento mejor y más sano que se conoce; como que no hay noticia de que haya causado indigestión; de consiguiente, podéis despacharos á vuestro gusto, comiendo sin cuidado *tipi tapa, tipi tapa.*» En aquellos tiempos, en los que la mano del señor padre andaba más besada que reliquia de venerado santo; en los que no se le llamaba «papá» ni se le hablaba de «tú», no había apelación contra los mandatos ni contra las insinuaciones de la autoridad paterna, y los muchachos, haciendo de tripas corazón, continuaron comiendo calabaza.

Referí á una señora el caso, y ella me contestó:

—Mire usted, señor: soy viuda, tengo cinco hijos, me llaman «mamá» y me hablan de «tú»; todos son sumisos y obe-

dientes, sin que nunca haya tenido que molestarme en darles un soplamocos.

—Lo creo, señora, y deseo por su bien que siempre sean los mismos.

Amigo Oasor, doy fin á mis borrones, ofreciéndome de usted afectísimo amigo S. S.,

ROSI LA CANI

LOS CURRUTACOS

Llamábaseles antaño currutacos á los jóvenes que se vestían á la rigurosa moda, así como son conocidos hoy por gomosos y por otros nombres.

Impropio parece que los hombres se preocupen de modas, siendo éstas exclusivamente patrimonio de las señoras, y sobre todo, que el asunto lo lleven á la exageración. Conoci un joven, muy maduro en años, que devolvió al sastre el pantalón porque no le parecía estrictamente ajustado al último figurín, con orden de recoger en todo su largo el ancho del canto de un duro, y discutía entusiasmado todos los detalles, fijándose en éstos minuciosamente.

El gabinete *toilette* de este semi-joven hallábase adornado con tanta elegancia y exquisito gusto, que hubiera envidiado la niña más remilgada y caprichosa. Nada faltaba en él de cuanto han inventado los principales perfumistas de París y Londres, y si aun hubiera existido el galán, tampoco le habría faltado el maravilloso jabón de los Príncipes del Congo. No somos competentes para hablar de modas de señoras; diremos solamente que algunas nos parecen repulsivas á primera vista por lo raras; sin embargo, como vulgarmente se dice, de gustos no hay nada escrito (aunque esto no es verdad, porque se ha escrito mucho), y modas hay que gustan más cuanto más extravagantes sean.

La moda que voy á detallar pertenece al sexo feo: ningún joven del día la adoptaría, porque el progreso de los tiempos ha unido al buen gusto la comodidad.

Había en San Sebastián, entre otras muchas, una joven hermosa, amable, que vestía con elegancia; marchaba siempre en compañía de dos hermanas, distinguidas hijas de un rico banquero y propietario de la ciudad. En la lista de los muchos adoradores de aquélla, contábase un comandante de uno de los regimimientos que permaneció en San Sebastián muchos años después de la guerra civil.

Érase el militar de buena presencia y muy amable, por cuanto se granjeó las simpatías generales; gustábase mucho vestirse de paisano y á la última moda, que entonces se confeccionaba de la manera siguiente: Botín de charol (el peor de los cueros para la salud de los pies), pantalón ajustado de lanilla en colores, generalmente gris perla, terminando en forma de botín, mediante trabillas muy anchas, con el grave inconveniente que para quitar las botas ó botines había que sacarlas juntamente con el pantalón; era de rigor que éste no debía formar arrugas, contando para conseguir este fin con llevarlo muy estirado por medio de tirantes, y con la conciencia del maestro en que la obra estuviese perfectamente acabada. Camisa de batista de cuellos altos terminando en picos; pechera con dos botoncitos de diamante ó de oro, algunos sujetos con cadenita del uno al otro botón. Por corbata, un pañuelito de seda en colores con doble vuelta, cerrándola con lazo, pareciéndose la persona á un agarrotado. Chaleco de piqué blanco muy abierto; frac verde botella obscuro, con faldones estrechos; sombrero de copa muy alta y estrecha, con reducida ala, asemejándose á chimenea de vapor. Guantes de cabritilla de color blanco ó canario apagado; bastón de caña de Indias ó del país, con puño de plata... ó plateado.

En el mismo cuerpo de nuestro comandante servía de oficial de Administración militar otro joven bien parecido y afable; reunía éste las mismas inclinaciones y gustos que su jefe, y como las simpatías se buscan y se unen, reinaba

entre los dos íntima amistad. Susurrábase también por el pueblo, como versión muy verídica, que ambos amigos usaban corsé.

Érase una espléndida tarde de día festivo de los notables que caen en verano: el sol descendía al ocaso, y sus rayos no ofendían; marchaban de paseo, y del brazo, nuestros dos Tenorios, vestidos á la moda mencionada, muy estirados y satisfechos, dando á su porte tinte de majestad: pronto se avistaron con el para ellos tan encantador grupo de las dos hermanitas y de su bellísima amiga; no tardaron en remitirse los más expresivos saludos y reverencias; pero ¡oh desgracia! el pantalón del jefe, sea porque estuviese demasiado tirante, ó porque la tela de su confección fuese muy fina, no resistió la última genuflexión del enamorado galán, y reventó con estrépito, formando la abertura una cruz de la parte del muslo derecho hacia la rodilla.

No podemos afirmar que los jóvenes de aquél tiempo llevasen ó no corsé; pero sí que no era general el uso de calzoncillos, y que no los llevaba la víctima en cuestión. Esta circunstancia hizo que al estallar la catástrofe, saliera por el boquete abierto parte de la camisa. Felizmente sucedió el incidente en el precioso y concurrido paseo de Santa Catalina, no lejos de la avanzada izquierda y de su cuerpo de guardia, en el que pudieron subsanarse los desperfectos ocurridos. Cundió la noticia con la rapidez del rayo, é hicieronse infinitos comentarios.

El suceso affigió hondamente á nuestro enamorado militar, y así como cosas triviales influyen en el destino bueno ó adverso del hombre y de las naciones, esta desgracia determinó en el interesado renunciar á las modas y á los galanteos; la hermosa dama contrajo matrimonio con un respetable funcionario público.

Mis contemporáneos recordarán á los individuos á quienes me refiero en esta relación.

LA BARRANCA DE ALDAPETA

I

No puede aplicársele nombre más apropiado á la calzada de Aldapeta, cuya fecha de antigüedad se ignora. El constante abandono, la mucha cantidad de agua que reune y toma fuerza por la gran vertiente; los carros y ganado que transitan, todo ha contribuido á destruirla y darla la forma de una barranca, haciendo de ella un depósito de inmundicias que producian nauseabundos olores en verano, poniendo en peligro la salud pública.

La vigilancia y policía (si las hay) en nada se conocian, cual si viviéramos en algún villorrio de Marruecos, hallándonos en el camino que conduce á la residencia real y á 35 metros de la zona de ensanche de la ciudad que se precia de las más cultas y aseadas de Europa. Conocido y muy transitado es este camino, gracias al arreglo hecho en toda su extensión y cuidado con esmero, incluso el Espolón, todo á expensas del que suscribe, sin que al municipio haya costado un céntimo. Los transeuntes por este camino pasan con preferencia á la carretera, porque acorta la distancia; porque en el verano hay sombra y es más agradable, y en el invierno porque está al abrigo de los temporales y fríos. Además, hacen uso de él los dueños é inquilinos de las casas de estas alturas, que son los siguientes:

«Arbaicenea», del Excmo. Sr. Marqués de Casa Irujo.

«Champonenea», del Sr. Larralde.

«Gorriti», del Sr. Vidaur.

«Agustindegui», del Excmo. Sr. D. Severo Aguirre Miramón.

«Pintore», del Sr. D. Anselmo Lataillade.

«Diruma» y «Villa Lolita», de la señora viuda de Fabra.

«Villa Belén», del Excmo. Sr. Marqués de Valmediano.

«Ogario», del Sr. D. Jenaro Zorzarain.

«Alchuenea» y «Aldapeta», del que suscribe, todos contribuyentes á las cargas del Municipio, por cuanto se creen acreedores á ser atendidos en justicia.

Sin embargo, no sucedía así, hasta que hace cosa de mes y medio vimos con agradable sorpresa que trabajaban cuatro peones y un cantero en el arreglo de la barranca. Ocupáronse contados días, hallábase hecha la mitad de la obra, cuando llegó á inspeccionarla un señor concejal, quien me manifestó que desde aquel día quedaba suspendida la obra, añadiéndome que entre sus colegas habíase levantado gran polvareda por el gasto que se estaba haciendo. Que, además, esas cosas no se hacían así; que primero debía haberse hecho una exposición por los interesados; formar presupuesto y sacarlo á subasta. Los trabajos realizados calculo que habrán importado unas 250 á 300 pesetas, é importando la otra mitad otro tanto, el total será de 300 á 600 pestas. Esta cantidad no está sujeta á exposición, presupuesto ni subasta; sin sujeción á estas formalidades, emplea el Municipio semanalmente mil ó más pesetas, como es de su obligación, en la conservación de vías públicas, paseos, alcantarillas, etcétera.

Los señores regidores no tenían, pues, motivo bastante para alarmarse por tan insignificante y necesario gasto, que el buen nombre de los mismos reclamaba con justicia, y ahora, como al caso viene, voy á permitirme una comparación.

Según noticias de nuestros antepasados, la carretera de San Sebastián á Hernani cuenta hoy cerca de siglo y medio. Para su realización hubo muchas intrigas, tratando cada cual pasase por la puerta de su caserío. Como en general sucede, ganaron los de mayores influencias, y si hubo varios proyectos, no sería el aprobado el que reunía mejores condiciones, porque no podía llevarse el camino por puntos más reprobados. Verdad es que en aquellos tiempos no se fijaban en allanar, rebajar ni desviarse de las cuestas; allá donde se proponían ir, marchaban derechos, subiendo y bajando. Eso sí, construyóse la carretera con la mayor solidez, lo mismo que el Espolón. Éste, que se ha conservado muy bien por su misma solidez (excepción hecha por la parte del fuerte llamado de la Venta, derribado por los carlistas durante la última guerra civil), lo van rebajando por cuenta del Municipio en toda su extensión.

Calculo en esta obra un gasto semanal de 40 á 50 duros; van ya algunas semanas, faltando otras para terminar; resultando que el coste total será de alguna importancia, sin que sepamos el objeto. ¿Será por evitar desgracias? Cerca de ciento cincuenta años han pasado sin que sepamos que haya habido ninguna.

¿Ha precedido exposición, presupuesto y subasta para la rebaja del Espolón? Digo esto, porque creo que siendo el Ayuntamiento propietario del Espolón y de la barranca, se hallan los dos en las mismas condiciones, con la circunstancia de ser inútil aquél, y necesaria ésta.

La carretera de San Sebastián á Hernani, exceptuando hasta Ayete, cuando la Corte fija aquí su residencia, no tiene más aplicación que para carros, que de los caseríos limitrofes conducen sus frutos, y para las aldeanas que vienen al mercado; éstas, por regla general y costumbre, no hacen uso del Espolón; van en grupos por el centro de la carretera, chillando á un tiempo como una nube de cotorras. Las

personas regulares ó acomodadas van á Hernani en ferrocarril, por los coches diarios ó particulares, por el camino de Loyola ó de Lasarte, por ser éstos más suaves, sin cuestas.

Podría aducir otras razones que me las reserve, considerando que lo expuesto basta para convencerse de la inutilidad de la rebaja del Espolón, y que por lo que va costando tenían los señores concejales motivos más fundados para alarmarse, que por los habidos por la barranca de Aldapeta.

PURROYENECUAC

Conocíanse en otros tiempos en San Sebastián varias familias por sus apodos.

Una de ellas érase la que encabeza estos renglones, compuesta de matrimonio sin hijos; llamábase él D. Epifanio y ella doña Sinforosa. Tenían á su servicio una antigua y leal servidora, que ejercía de cocinera, planchadora y peinadora, con más, la obligación de hilar; todo por el modesto salario de diez y ocho reales al mes, gratificación de veinte reales el día de Santo Tomás, un par de zapatos, una rueca con su cubierta bordada, como símbolo del trabajo, y dos camisas de hilo... del que hilaba ella misma. No había sisas; hallábase entonces en embrión. La señora *echecoandre* acompañaba á la fámula al mercado, no por desconfianza... como ella decía, sino como medida higiénica y recreativa, batallando con las verduleras en beneficio de los ochavos. Esto, que hacía doña Sinforosa por recreo, tendrán que hacer las hacendosas *echecoandres* por necesidad, si no quieren ver mermados sus intereses, según las proporciones que la industria va adquiriendo, aleccionándose también con representaciones teatrales como *La Gran Vía* y otras poco moralizadoras.

Érase D. Epifanio, como su señora, hombre muy económico; jamás pasó el puente de madera de Santa Catalina, porque la ida y vuelta costaba dos cuartos: paseábase sobre

el tupido y hermoso césped del prado, que, según decía, en él érase el piso muy suave; no se gastaban las suelas de los zapatos, que para mayor duración encargaba al maestro de obra prima pusiérale unas tiritas de hoja de lata con tachuelas. El prado, que era de bastante extensión, bajaba de la calle hoy de Andía á la caseta peaje de la carretera llamada de Andoain á Irún, inaugurada en 1.º de Junio de 1847, cuya caseta sirve hoy para despacho de aguas mayores y menores, costando las primeras diez céntimos y siendo gratuitas las segundas. De la caseta seguía paralelo á la carretera hasta la calle de Idiáquez, sesgando de aquí al puente; en mareas altas, las aguas del Urumea bañaban en su centro la orilla derecha de la carretera.

El otro paseo predilecto de nuestro D. Epifanio érase el de Santa Catalina; el acceso á éste hallábase en el patio de la casa que fué del Sr. Indo, hoy del Sr. Bea; extendíase de dicho punto al puente de Santa Catalina; preciosa su posición, que daba casi frente al mar, estrellándose las olas de la Zurriola bajo sus muros, que terminaban con un pretil de piedra sillar; en estos sillares conserváronse algún tiempo unas manchas de sangre, como triste recuerdo del fusilamiento del desgraciado platero Azpiazu, una de tantas víctimas de nuestras maldecidas discordias civiles.

Heredó doña Sinforosa una manda de treinta mil reales de un pariente de Vergara; en consejo matrimonial se acordó que D. Epifanio fuese á hacerla efectiva. El caso era grave, porque D. Epifanio nunca había salido de su querido Iruchulo, y era menester pensar en preparativos de viaje.

Entre otras cosas, hacíale falta un baulito; era menester mandarlo construir, porque en aquel tiempo no se vendían como hoy, á medida del deseo.

Una de las primeras casas-barracas que se levantaron en Iruchulo después del saqueo é incendio de 1813, fué la que hacía esquina á la calle de la Trinidad, hoy 31 de Agosto,

con la de San Jerónimo, conocida por la del Sr. Garayoa. En los bajos de esta casa tenía su taller un semi-ebanista, Mr. de Chevalié, soldado de la guarnición que capituló dicho año en el castillo de la Mota. Hallábase encantado del pequeño Iruchulo, como sucede hoy á todo el que visita la bella Easo, y pocos años después emigró de Francia, estableciéndose en la referida casa con la industria de confección de mesitas, banquillos para cocina y baúles con tablas de cajas vacías. A dicho señor recurrió D. Epifanio, encargándole el baulito, con sus iniciales de tachuelas de metal amarillo sobre la cubierta, y convenido el precio, despidióse complacido de la amabilidad y cortesía de Mr. de Chevalié.

Terminados los preparativos de viaje, emprendió su expedición D. Epifanio sobre mulo, con mozo conductor: pasó una temporada en Vergara, satisfecho por lo obsequiado que se hallaba, como sucede en general en los pueblos de la provincia cuando reciben amigos ó parientes. Cobró el tesoro y regresó á su casa con gran alegría de doña Sinfarosa, que no estaba acostumbrada á estas ausencias ni á recibir treinta mil reales en peluconas.

En las antiguas casas de Iruchulo, había la costumbre de colocar en los ángulos y huecos rinconeras y armarios fijos con secretos; en uno de éstos, y siguiendo la costumbre tradicional, acordaron guardar las peluconas sigilosamente, hecho el recuento. Con frecuencia pasábase revista de inspección y cambiábase de secreto; mas ¡oh dolor! en el último de los reconocimientos no se encontró el tesoro. Muchos días de angustias y pesadumbres pasó aquel afligido matrimonio, dirigiendo preces á todos los santos para el descubrimiento deseado.

Una mañana de hermoso sol, decidieron orear cuantos objetos había guardados: al sacar un bulto de antiguas ropas, desprendióse uno pequeño, de peso, que al caer hizo un ruido sordo que pasó como por conductor eléctrico por la

nerviosa organización de aquellos seres impresionados por la desgracia que lamentaban, y cual si fueran una sola alma, exclamaron abrazándose:

—¡Sinforosa!

—¡Epifanio!

No se engañaban: realizóse el milagro, debido á sus oraciones, que se renovaron dando las gracias al Creador. Sin embargo, no queriendo volver á pasar por tales amarguras, renunciaron á aquellas antiguas costumbres, colocando el capital al interés.

A pesar de estos contratiempos, desgraciadamente hoy no hay peluconas que guardar; pero ¡cuántas habrá que estarán escondidas! Bienaventurado el que las encuentre; para él será el reino de la tierra.

¿Qué otra cosa notable sucedióles á los señores de Purroy? Nada más que sepamos, sino que fallecieron como vivieron: santamente.

LAGARTOS, CULEBRAS Y CHURISCUS

Con referencia á una antiquísima tradición, cuya fecha se ignora, sábese que nuestro querido Iruchulo pasó una época de verdadera consternación. Desapareció una criatura cuyo paradero no pudo descubrirse: el hecho era grave, máxime en aquellos tiempos de tan morigeradas y escrupulosas costumbres. Comentábase y discurría sobre el suceso sin llegar al resultado de la verdad. De súbito circuló la noticia que á las altas horas de la noche merodeaban á su placer por calles y plazas multitud de animales de forma de lagartos y culebras de grandes dimensiones, de colores verde, negro y amarillo, armados de afilados dientes en enorme boca; que trituraban cuanto animal doméstico ó cerril se descuidaba, y acometían también á las personas.

Aquellos sencillísimos habitantes que creían de buena fe en brujas y brujerías, quedaron aterrorizados con las versiones que circulaban: cada vecino encerrábase á la oración de la noche en su casa, cerrando herméticamente la puerta de entrada, y esperaba mirando por entre cristales y rendijas la llegada y paso del ejército destructor.

No debió haber en aquel tiempo guardas, serenos ni alumbrado; ésto solamente se conocería las noches de luna, cuando permitían las nubes. Sin embargo, vivían y dormían, según se supone, tranquilamente, merced á grandes rejas

sujetas con enormes cerrajas, candados y trancas de hierro.

Las circunstancias excepcionales en que se encontraba la población obligaron al Ayuntamiento á tomar una determinación con el fin de calmar los ánimos. Al efecto dispuso formar una ronda de diez escopeteros, compuesta de hombres de reconocido valor y serenidad.

Las noticias más generales eran que aquellos monstruos debían venir del castillo de la Mota, donde tendrían sus cuevas y escondites, haciendo su ingreso en la población bajando por el callejón de Santa Teresa y Santa Marta, y como punto estratégico escogió la columna armada la entrada de la calle de Campanario. Bien prevenidos situáronse convenientemente; á media noche notaron que bajaba un bulto; preparáronse y tiraron una descarga; ésta no causó efecto en el bulto, que siguió avanzando hacia los escopeteros.

El sistema de fusil de chispa de los llamados de carga á once tiempos, ú once voces, no daba lugar á la repetición instantánea, y dominados por el mayor espanto, creyendo bajaba el mismísimo Satanás con su corte de diablos, apelaron á vergonzosa fuga hasta el retén de la Casa Consistorial. La mañana siguiente circularon las noticias más absurdas divulgadas por aquellos valientes aterrorizados: sus impresiones alarmaron hondamente la población, que creía desatábase todo el infierno contra ella. El Ayuntamiento pensó tomar otras determinaciones y llamó á capítulo; uno de los señores regidores dijo que lo que estaba pasando era un castigo del cielo por algún pecado grande que el pueblo debió cometer, y que lo más eficaz sería implorar el desagravio á la Divina providencia con solemnes funciones de iglesia y rogativas por las calles.

La proposición fué aprobada por unanimidad; invitóse al cabildo y á los mayordomos de cofradías para que asistieran con sus estandartes; celebráronse las funciones con

gran piedad y asistencia general del pueblo. Al mismo tiempo el Municipio no quiso desatender la tranquilidad de sus administrados en la parte material, y teniendo presente aquel antiguo refrán que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando», dispuso se aumentaran otros diez escopeteros para formar dos cuerpos, que protegiéndose mutuamente, obrasen en combinación. Este refuerzo reanimó á los veteranos, y juntos disponíanse á hacer heroicidades, destruyendo cuanto á su paso encontrasen.

Los habitantes de San Sebastián han tenido siempre fama de ser de buen humor y dispuestos para todo. Una de las noches ocurriósele á un chusco colocar en medio de la calle un cuerpo extraño en forma de Mefistófeles, de armazón de palos, teniendo por cabeza una olla con sus correspondientes agujeros de ojos y boca, que reflejaban por medio de una vela que en el interior tenía encendida. No tardó mucho en oírse el fuego de fusilería cada vez más graneado, hasta que el humorístico de la ocurrencia, habitante en guardilla, tiró de una cuerda y Mefistófeles subió por los aires. Comentóse el hecho el siguiente día con la convicción que el diablo andaba por los tejados; alarmáronse los habitantes de guardillas y reforzaron las cerraduras.

No se repitió la función del chusco; pero los valientes escopeteros esperaban que el diablo bajase por las noches á la calle, y en su alarmada fantasía, veíanle por todas partes.

El terror y el espanto de que se hallaban poseídos, amortiguábanlo á fuerza de tiros, que si no daban al diablo llegaban y rompían los cristales de las casas, en las que penetraron algunas balas, causando otra alarma á los pacíficos vecinos. Al fin, como la verdad aparece triunfante, descubrióse el misterio de lo ocurrido, tranquilizáronse los ánimos y se disolvió el benemérito cuerpo.

En época más reciente vinieron los *churiscus* y duendes, terror de las beatas y muchachas de servir que antes de

amanecer iban á misa y á sus quehaceres. Llamábanles *churiscus* porque vestían manto blanco, y algunos parece que había que llegaban hasta los segundos pisos y alarmaban las familias dando golpecitos en los balcones; otros adoptaban diferentes formas propias para espantar á las gentes timoratas; algunos marchaban acompañados de perros que arrastraban grandes cadenas, y dando aquéllos frecuentes aullidos, ocasionaban desmayos y sustos. La autoridad no parece que tomaba disposiciones, hasta que los vecinos acordaron hacer una suscripción mensual para el sostenimiento de cuatro serenos y un cabo, origen de esta institución, con el patrocinio del Municipio.

Así se sostuvo aquel cuerpo algunos años, hasta que el mismo Municipio hizose cargo del gasto que ocasionaba.

Hoy las cosas han cambiado: tenemos guardias, serenos, luz eléctrica, de gas y de petróleo; sin embargo, resultan algunos lugares oscuros y á todas horas de la noche se ven lagartos y *churiscus*, que pasan desapercibidos mientras no echan el alto diciendo: «La bolsa ó la vida.»

Felizmente, para honra de nuestro querido pueblo, tenemos la satisfacción de consignar que aquí no se registran excesos de esta naturaleza.

DOÑA JUANINA BOSA

Y

MR. DE CHEVALIÉ

Terminamos nuestro último artículo con la relación de los *churiscus*, y por su extensión suspendimos para otro número un episodio sucedido á causa del *churiscu* de los perros de presa, cuyo episodio oímos referir á los mismos señores que encabezan este artículo.

Doña Juanina de Bosa era una respetable señora, avanzada en edad y entregada á las prácticas religiosas; vecina de San Sebastián, en la calle de la Trinidad (hoy 31 de Agosto).

La biografía de Mr. de Chavalié, tenemos hecha en el artículo de costumbres titulado *Purroyenecuac*, y publicado en *El Guipuzcoano*, con su residencia y taller de carpintería en la casa del Sr. de Garayoa, esquina á la calle de San Jerónimo y de la Trinidad.

La piadosa señora trató de cumplir una mañana con sus venerandas prácticas en la iglesia de Santa Maria; preocupada con el cumplimiento de sus deberes religiosos y engañada por la claridad de la luna que se asemejaba al amanecer con la sonrosada luz que produce la aurora, salió de su casa á media noche sigilosamente, tomando antes las mayo-

res precauciones por si se sentia ó parecia el *churiscu*. Nada le sirvieron sus cautelosos cuidados: al llegar á la esquina de la calle de San Jerónimo, vióse sorprendida por el *churiscu*, que con sus perros se dirigían á la calle de la Trinidad; esta repentina aparición prodújola una fuerte conmoción nerviosa y de súbito retrocedió buscando un lugar donde esconderse.

Feliz ó desgraciadamente la primera puerta que empujó abrióse, cediendo á su impulso, por hallarse sólo entornada; entró precipitadamente y la cerró más de prisa; creíase segura ya en aquel lugar, que resultó ser la carpintería y vivienda de Mr. de Chevalié. Este señor, para sus citas y diversiones, dejaba entreabierta la puerta de su taller, donde dormía; hallábase acostado; al oír que alguien entraba y cerraba la puerta, dió un brinco de la cama y precipitóse á abrazarse á la invasora de sus dominios. La pobre señora hallábase confundida sin poder formar juicio de verse tan bruscamente acometida, ni poder pedir socorro por el enemigo que fuera estaba. Pronto conoció Mr. de Chevalié, aunque se hallaba á oscuras, que aquella mujer no era la Dalcinea que esperaba, y quiso desprenderse de ella, pero ya era tarde; la pobre señora Bosa, con el grandísimo susto que tenia dentro, y el otro, no menor, que se le vino encima, cayó desmayada en brazos de Mr. de Chevalié.

Affigido se encontraba éste con tal suceso, pero pudo conducirla y acomodarla en su cama. En seguida corrió á encender un cabo de vela de sebo con una pajueta de azufre que olia á diablos, porque aun no se habian inventado los fósforos, y vió con sentimiento que la pobre señora seguía sin conocimiento, y á falta de otros remedios en aquel momento, puso vinagre en un vaso, y mojando en él un trapito, le aplicó en las narices y labios. Con gran satisfacción de Mr. de Chevalié, la señora Bosa recuperó sus sentidos; alarmada de verse en aquel lugar tan extraño para ella y con la

figura tan singular de aquel hombre en camisa con su birrete blanco en la cabeza, el vaso de vinagre en una mano y el trapito en la otra, pregunto:

—¿Dónde estoy?

Mr. de Chevalié apresuróse á dar toda clase de satisfacciones para tranquilizar y fortalecer el afligido espíritu de aquella señora. Manifestó ésta su deseo de marcharse á su casa, y Mr. de Chevalié, con la galanteria propia de un francos *bien élevé*, ofrecióse gustoso á acompañarla.

Vistióse, salió á explorar el campo por si el *churiscu* se hallaba á la vista; vió que estaba libre y sin peligros; tornó, dió el brazo á la atribulada señora para dejarla en su casa, pidiéndola antes mil perdones por su involuntaria ofensa, reiterándola las seguridades de su distinguida consideración y respeto.

Publicóse el suceso el siguiente día, causando impresión en los pacíficos habitantes que, indignados, pusieron de *motu proprio* en las esquinas de las calles unos manuscritos que decían: «que si á las horas de la noche se viera algún *churiscu* (duende), ó cosa que perturbase la tranquilidad, desde los balcones de las casas se le haría encarnizada guerra con piedras, tejas, botellas, etc., que acabarían con el perturbador.» Santo remedio: ya no salió más el *churiscu* de los perros.

Susurrábase por el pueblo que este *churiscu* érase un fulano carnicero, porque tenía varios grandes perros de presa; pero el caso no pudo comprobarse, porque entonces era costumbre que todos los carniceros tuviesen varios perros de presa, con el fin, sin duda, de aprovechar las piltrafas que resultan en carnicerías; esta costumbre debe estar abolida, tal vez, porque ya no se ven perros de dicha raza.

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

PATRONA DE SAN SEBASTIÁN

Este día ha sido siempre para San Sebastián uno de sus más predilectos, por ser el de su patrona, á la que se ha venerado y venera con gran devoción.

No había en aquel tiempo (me refiero al año de 1848) más que dos parroquias, Santa María y San Vicente, que se hallaban unidas, siendo la matriz la primera. Celebrábanse en ésta todas las funciones principales, y con doble motivo las de su patrona.

Daban principio la víspera, 14 de Agosto, con una solemne Salva á toda orquesta, dirigida por el inolvidable maestro compositor Sr. Santesteban, celebrándose al siguiente día una gran Misa compuesta por dicho señor.

A pesar de lo reducido de la población, no era difícil organizar una buena orquesta, porque los donostiarras han tenido una notoria predilección por el divino arte que ejerció Rossini, resultando que la mayoría, si no era de músicos consumados, ejecutaba con gusto y afinación y acudía gustosa á dar realce á toda solemnidad, contribuyendo al efecto la popularidad y talento músico del notable maestro.

El altar mayor y el interior del majestuoso templo se iluminaban con gran profusión de luces colocadas en hermosas arañas, que facilitaban algunas de casas particulares.

En el exterior no se ponía ningún signo que anunciase la víspera de la gran fiesta que iba á celebrarse, y al que esto escribe ocurriósele, como auxiliar que era del mayordomo, inaugurar en la fachada la iluminación de vasos de colores, con alegoría central á la Virgen Maria, y con satisfacción se ve anualmente sigue todo en la misma forma establecida. Mirando á aquella hermosa fachada, notábase que en dos puntos laterales había huecos que indicaban que en ellos hacía falta algo. Recordó haber visto en los ensayos de comparsas de jardineros y de otras, que celebrábamos en el antiguo convento de San Telmo, dos grandes angelotes de madera arrinconados que podrían acomodarse bien en los referidos huecos.

Tomadas las medidas, resultaron aquéllos como mandados hacer, y se dispuso de ellos como de bienes mostrencos, procediéndose á su colocación, y después de convenientes arreglos, lucen allí cual si fueran hermosos mármoles de Carrara hechos expresamente para el efecto.

Indicaban también la falta que hacía en cada una de las cuatro columnas centrales que sostienen la nave ó cúpula cerrada del templo, cuatro basas ó cornisas construídas en la parte alta con el fin de colocar en ellas á los cuatro evangelistas. En aquel tiempo, aunque había personas caritativas, no se conocían los cuantiosos donados que en estos modernos se hacen para reparaciones de templos y construcción de nuevos. Esta falta tenía que suplirla la caridad pública, y mediante una suscripción, á la que se recurría con frecuencia, se hicieron y colocaron los cuatro evangelistas en los sitios indicados. El sistema de suscripciones cansa cuando se abusa de él, y era menester pensar para lo futuro en otros medios que proporcionasen recursos.

Siendo alcalde y mayordomo de las parroquias unidas de Santa Maria y San Vicente D. Angel Gil de Alcaín, en 1839, proyectó establecer el uso de las sillas en los templos.

Era vicario de la primera D. Joaquín Santiago Larreaudi, respetable señor, que á si mismo se llamaba el Obispo chiquito. Gustábale mucho predicar, aunque carecía de dotes oratorias, por lo que resultaba que al subir al púlpito y quedar la iglesia á oscuras, los hombres iban al atrio, ó á Santa María, á fumar, y las señoras mayores echaban un agradable sueñecito; el sacristán, que era el confidente familiar del predicador, aprovechando la ocasión, iba á una taberna cerca de la iglesia. Concluido el sermón, esperaba en la sacristía á su señor, quien le preguntaba:

—José, ¿qué te ha parecido mi sermón?

—¡Magnífico! Todos hemos estado admirados de la gran sabiduría de usted.

—¿Sabes sobre qué he predicado?

—Señor, yo no entiendo de esas cosas; pero puedo asegurar que ha hecho usted un sermón admirable.

Este señor vicario, en unión de los demás individuos del cabildo eclesiástico, se opuso tenazmente al establecimiento de la novedad sillera. Tenazmente trabajó también el autor del proyecto venciendo dificultades, naturales en toda innovación, hasta que consiguió su instalación.

Debieron ser, sin duda alguna, los primeros templos que en España estaban servidos con sillas; en ninguna población se fabricaban las propias para el caso, y trajéronse de Bayona sillas para arrodillarse y sillas para sentarse, como era costumbre en aquel tiempo. Pagábanse un cuarto los domingos y días de labor, y dos cuartos los de gran solemnidad. No hubo oposición de parte de las señoras, excepción hecha de algunas beatas, por escrúpulos de conciencia; pero al fin todas aceptaron con agrado la novedad, por la gran comodidad que las proporcionaba, y muchas mandaron hacer sillas propias más ó menos lujosas.

Abrióse suscripción anual que costaba dieciséis reales por una silla del templo y diez reales por la particular, y

sacáronse á remate, que importó, en 1840, 3.500 reales; en 1841, 4.000; en 1844, 5.000; en 1845, 7.000; en 1853, 8.000; en 1870, 10.000, hasta que terminó en 1882 la unión de ambas parroquias, gobernándose hoy cada una con sus propios recursos.

Actualmente las parroquias son cinco, todas surtidas de sillas, que producen buenos rendimientos.

Notábase también la falta de un órgano que correspondiese á la majestad del templo; pero careciéndose de recursos bastantes, ideóse y convino con un fabricante de París el pago de su coste por anualidades, que figuraron en la contribución del culto y clero.

Para demostrar la bondad de este órgano, basta referir lo que me ocurrió en el templo de San Francisco el Grande de Madrid; pero antes recomendaré á todos los que vayan á la corte no dejen de visitar aquel suntuoso templo con todos sus detalles, desde las obras de restauración que comenzaron en 1880, costeadas con fondos de la Obra Pia de los Santos Lugares, á cuyo patronato corresponde el templo.

En él han trabajado los más notables artistas nacionales, particularmente pintores; allí se admira todo, porque no se ha escatimado nada en precio y buen gusto, siendo preferidos, lo mismo que los artistas españoles, los productos nacionales, como resulta con las hermosas basas de los doce apóstoles, que son de mármol colorado de Rentería. Deben visitarse la sacristía, el claustro y la sala capitular, cuyo magnífico decorado corresponde á la espléndida riqueza de la ornamentación del templo, y donde pueden admirarse las creaciones del arte antiguo, inspiradas en el sentimiento religioso. En una de mis frecuentes visitas á estas obras, sentí el órgano y me dirigí al coro. Un notable profesor, rodeado de muchos aficionados, ejecutaba una composición religiosa; acerquéme al grupo, y dije á uno que se hallaba á mi lado:
—¡Hermoso órgano!

—Hay otro mejor.

—¿Cuál?

—El de Santa María de San Sebastián.

—¿Usted lo conoce?

—Soy el autor y constructor de éste y de aquél, y puedo asegurar que aquél es mejor; y me entregó una tarjeta que conservo, y dice: «A. Cavallé.—Coll, auteur de grandes orgues. Avenue du Maine, 13, 15, Paris.»

LAS BEATAS DE ANTAÑO

Hubo en otro tiempo en San Sebastián un señor D. Manuel Joaquín, terror de las beatas, aunque él mismo era beato, y sin duda por esta circunstancia las conocía bien, como el sastre conoce el buen paño; el resultado era que cuando ellas veían á dicho señor, se decían mutuamente: *Orator guré enemigua* (ahí viene nuestro enemigo).

Tenía D. Manuel Joaquín cierta autoridad en los templos, por los hábitos adquiridos en su larga carrera, que por su edad, por tener un hermano prior del muy ilustre Cabildo Eclesiástico, y un hijo mayordomo casi perpetuo de ambas parroquias, distinciones que se veneraban mucho en aquel entonces, era respetado y se señoreaba á su gusto. Acostumbraban las señoras beatas oír misa mayor todos los días en Santa María, y, concluida la misa, reuníanse en cónclave bajo el coro de la iglesia, en el oscuro rincón del altar de Santa Ana y pila bautismal, á continuar sus oraciones en tertulia y referir mutuamente lo que en el pueblo se decía, y lo que cada una, según su saber é inteligencia podía añadir ó inventar. Llegaba el momento en que se agotaba la conversación, y se apelaba al recurso de rezar unas avemarías. En este intermedio, en que se pedía gracia para todos los pecadores, se refrescaban la memoria y continuaba la relación de los hechos verídicos ó inventados, hasta que ya por aquel día no había nada más que decir.

Sucede generalmente en nuestra frágil humanidad, con justicia ó sin ella, que cuando la experiencia ha venido á sacarnos del engaño en que nos encontramos, echamos la culpa á otros de las faltas que cometemos, y adoleciendo las señoras beatas del mismo defecto, no querían ser responsables de lo que en el cónclave se decía, y cuando aquellos ingenios se agotaban completamente, la más experta exclamaba, como para tranquilizar á las timoratas: *¡Au Donostiya; emen ezalenditustenac eta zorzendiranac; está posible erriyaontan viciteia!* (¡Qué San Sebastián éste! ¡Lo que aquí se dice y se inventa! ¡No es posible vivir en este pueblo!) Y contestaba el coro dando su asentimiento: *Bay arrazoi dezu.* (Si, tiene usted razón).

No faltaba en aquella reunión alguna recelosa que estuviera alerta, por si sucedía lo que con frecuencia ocurría. El héroe de los templos, D. Manuel Joaquín, estaba atisbando á la reunión, según costumbre, por la rendija de la llave de Santa Marta, y en el momento que creía oportuno, como queriendo imitar á Nuestro Señor Jesucristo cuando expulsó á los mercaderes del templo, empujaba la puerta y se presentaba exclamando: ¡Qué escándalo es éste; murmurando en el templo del Señor! Fuera de aquí! La recelosa que estaba alerta, daba casi al mismo tiempo la voz de alarma, profiriendo: *¡Ay, or dator gure enemigua!* Como quien dice: *Sálvese la que pueda*, y como por encanto desaparecía aquel cónclave; pero como siempre hemos de reincidir en los mismos defectos, volvía á reunirse al siguiente día, y se repetía la función.

LA TECLA Y EL TAMBORIL

«Desengáñese usted, me decía mi respetable y buen amigo D. Veremundo, todos, grandes y pequeños, tenemos nuestra tecla, ó lo que es igual, nadie está libre de rarezas y chifladuras.»

Así me parece que debe ser, pensé, y dejando á un lado mi personalidad por aquello de que siempre vemos la paja en el ojo ajeno, etc., recordé de otros tiempos felices á varios, y entre éstos á dos, que eran íntimos amigos, porque armonizaban en la misma tecla, que era la de ser constantes admiradores del tamboril, y como músicos consumados discutían con entusiasmo sobre las excelencias del silbo.

Siendo el tamboril la música tradicional del país vasco, no ha de faltar en el pueblo más insignificante el tamborilero que anuncia las fiestas, alegra el pueblo y hace bailar á la gente joven, siendo, por tanto, el personaje mimado del lugar.

Según la estadística que llevaban los íntimos, Guipúzcoa era la provincia que daba mayor contingente de buenos *chistularis*, pues aunque en Bilbao había uno superior en ejecución y gusto, fué hijo de Tolosa y conocido por Changu. Cuando en algún pueblo despuntaba un *chistulari*, allá iban luego los íntimos para juzgar y dar su fallo.

En el tiempo á que me refiero eran tamborileros en San Sebastián, primero el distinguido Iburguren, y el segundo

Chañbolín, y Shagararbola redoblante. Era costumbre entonces, como ahora, los días festivos á las nueve de la mañana, partiendo de la Casa Consistorial, dar la vuelta por las calles de la Pescadería, Narrica, Pozo y San Jerónimo.

Nuestros íntimos marchaban de retaguardia con la mayor seriedad, y cual si estuvieran preocupados de cosa grave; si algún amigo intentaba pararlos para saludarles, ellos hacíanles seña que seguían adelante, como de oficio, sin poder detenerse hasta que terminaba el paseo en el punto de su partida, citándose para la segunda audición á las doce menos cuarto en el mismo sitio.

Aquí saboreaban un cuarto de hora los repiques y trinos del *chistu*, teniendo de frente como embobados niñeras y chiquillos, ó *muquixus*, como les llamaría mi buen amigo Omarcelin-Oasor.

Al dar las doce, Iburguren hacía una mueca á Shagararbola y éste, que estaba en guardia, redoblada fuertemente, indicando que se despedían á comer.

En invierno, de cuatro á seis de la tarde en la misma plaza, y los días lluviosos bajo los soportales de la Casa Consistorial, había concierto y baile.

Iburguren, con aquella maestría con que manejaba el silbo, ejecutaba zorcicos y otros aires, y la gente bailarina, que en su mayoría era del barrio de la Jarana, en el muelle, que poco distinguía de compases, lo mismo bailaba con zorcico ó polka, que con vals ó mazurka.

Solamente iban acordes al sonar el *ariñ, ariñ*, que electrizaba á la gente, formándose cuadros que hubieran llamado la atención de la celosa «Sociedad de Padres de Familia.»

Recordarán mis contemporáneos aquellos conciertos de la titulada «Sociedad Filarmónica», que funcionaron por los años de 1840 al 45, bajo la dirección del maestro Sr. Santesteban, que tan brillante éxito tuvieron.

Formaban parte de aquéllos, como profesores, todo lo

más notable de la población, y también participaban como tales nuestros íntimos.

Dominados éstos por la tecla tamborilera, quisieron y consiguieron que en uno de aquellos conciertos hubiere su parte de *chistularis*, ó sea dúo de silbos, y para el mejor resultado hicieron venir á Changu, que, en unión de Ibarra, ejecutaron de una manera admirable varios zorcicos y aires del país que agradaron en extremo al auditorio; pero cuando el entusiasmo llegó al delirio fué al tocar como final el *Iriyarena*, levantándose venerables señores que aplaudían sin cesar y felicitaban á los *chistularis*.

Al bajar los íntimos por la escalera de nuestro municipio, decían: «¿Qué composición de autor alemán ó italiano es capaz de inspirar la impresión de alegría que causa á los donostiarros el *Iriyarena*?»

ROBINSÓN

Notables autores nos han ilustrado con sus escritos sobre la vida y milagros de diferentes Robinsones, casi todos de pura fantasía. San Sebastián ha tenido su Robinson; Robinson de verdad. José Vicente Arruabarrena, noveno hijo de José Ignacio, nació en el monte Igueldo, en el caserío Mendigain, destruido en la primera guerra civil y reedificado por José Ignacio para albergue de su numerosa familia. Manifestó José Vicente desde sus infantiles años un carácter taciturno é inclinaciones á la vida independiente y solitaria; mas estas circunstancias no le valieron para librarse de las llamas en que ardía el país en aquella funesta primera guerra civil, y lo llevaron á engrosar las filas carlistas. Después de tomar parte en muchos combates y escaramuzas, tuvo la dicha de regresar á su casa ileso.

La nueva vida que había hecho no cambió nada su modo de ser; y después de pocos días de estancia, desapareció del hogar paterno. Al cabo de tres años apareció José Vicente al amanecer en el umbral de su casa, y cual otro hijo pródigo, fué recibido y agasajado por sus padres. Refirióles la vida errante que había hecho, caminando por montes y pueblos: preguntáronle con qué medios se sustentaba; contestó que Jesucristo anduvo por el mundo sin un ardite, y que él quiso imitarle.

Dominado por sus instintos de independencía, discurría

el medio de vivir aislado, y como con paciencia y constancia se realizan muchos fines, vió colmados sus propósitos.

Había antiguamente una calzada que conducía al Antiguo, y en sus derivaciones á la parte del mar, una cinta de tierras como abandonadas entonces, que pertenecían al Ayuntamiento. Con el consentimiento de esta corporación, estableció José Vicente en ellas su dominio, y como además unía á sus cualidades la de ser ingenioso, edificó una barraca con tierra y tablas, é hizo un cerco de palos y cañas hasta la orilla del mar. Hay que advertir que en aquel tiempo no existía el gran murallón que circunda hoy la hermosa playa: sólo había un corto trozo á la bajada de la primera rampa. La mayoría de lo que constituye hoy el paseo de la Concha con sus casas, y parte de la calle de Zubieta, eran grandes montones de arena como los que existían en terrenos del Sr. Gros.

Fué el año 1845 bastante malo para la clase proletaria: el Ayuntamiento, con el fin de dar trabajo, acordó rebajar y nivelar aquellas semimontañas; empleó unos cien hombres y otras tantas mujeres; éstas ganaban cuatro reales diarios y aquéllos seis, trabajando de sol á sol, menos las horas de descanso. No se conocían entonces los huelguistas, socialistas, ni otros muchos partidos, que después se han creado y dividido en infinitas fracciones para gloria y tranquilidad de la nación; no bullían más que blancos y negros, con más consecuencia y fe que hoy en sus principios.

Instalado José Vicente en su posesión, dedicóse al cultivo de hortalizas, cria de aves y pájaros, que cuidaba con esmerada solicitud; no faltando su compañero y guardián, el perro de aguas, llamado *Pinthó*. Tampoco desperdició el tiempo en sus cacerías por los montes: en ellos aprendió con una partida de gitanos el arte de hacer y componer cestos y sillas. Esta industria, unida á su laboriosidad, le proporcionaba medios para vivir satisfecho. Entre las aldeanas

que diariamente transitaban al mercado de la ciudad por aquel extraño albergue, habia muchas que notaban en él la falta de algo que completaría la felicidad de José Vicente: todas querian contribuir á su dicha, sin ser egoístas pensando en la propia.

No faltaban, pues, al codiciado solitario frecuentes indirectas y requiebros cariñosos que á su manera le endilgabán aquellas varoniles amazonas; pero endurecido su corazón con el convencimiento de la independencia, y fijo siempre en su idea creyéndola como la mejor y la más sabia, hacíase el sordo á las insinuaciones de aquellas generosas matronas que trataban de turbar su habitual é inalterable tranquilidad.

Por lo extraño del lugar y la vida tan original que hacía su huésped, dieron todos los transeuntes en llamarle *Robinsón*, y ya no se le conocia por otro nombre.

Formóse por aquel tiempo una empresa por acciones de la nueva carretera de Andoain á Irún, cuya carretera, como en otro artículo se dijo, se inauguró el día 1.º de Junio de 1847, y pasaba por medio del hoy paseo de la Concha.

El Ayuntamiento cedió á la Empresa la antigua calzada, y el reducido continente que ocupaba *Robinsón*. La Junta directiva quiso expulsarle; pero altas influencias trabajaron en favor del aquél, logrando continuara en sus dominios mediante un canon de cinco pesetas al año.

Hubo en San Sebastián un distinguido caballero, llamado D. Joaquín Ibar, muy aficionado á la caza, en compañía con otros amigos. Ocurrióseles poner cria de conejos en la Isla de Santa Clara; obtenido permiso, mandaron traer bastante número de aquellos animalitos que, según refieren los sabios naturalistas Buffon y Cuvier, son los más fecundos que existen, poniendo al año de 50 á 60 crias cada coneja. Decidieron también, como necesario, nombrar un guarda, y por unanimidad acordaron fuera *Robinsón*. Aceptó éste con

mucho agrado el destino, que se hallaba en armonía con sus inclinaciones y gustos, y tomó posesión de él, construyendo para su albergue una choza, porque en aquel tiempo no existía en la isla el faro de hoy ni otra obra. Trasladóse *Robinsón* con sus muebles al nuevo domicilio y creyó haber llegado al fin de sus aspiraciones como señor feudal, disponiendo de vidas y haciendas, armado de caballero (digo, de carabina), y acompañado de su leal *Pintón*. Disfrutaba también de un bote con pertrechos de pesca y mataba ali-cuando un conejito ó una gallinita para saborear su paladar y satisfacer su buen apetito variando de condimentos. Dormía en profundo y tranquilo sueño y soñaba ser rey de los reyes, discurriendo en su fantasía el colmo de la felicidad. ¡Felicidad! Vana palabra. La vida, que á instantes huyendo va, es un tejido de desdichas que afligen á la humanidad.

Así sucedía al pobre *Robinsón*; al despertar de tan hechiceras ilusiones, mortificaba su mente la idea del término de aquéllas, que tan grata hacían su existencia.

Dos años llevaba ya en la isla y la semilla conajera no daba señales de multiplicación, á pesar de su fecundidad; otro año más, y ya ni los padres ni las madres salían de sus huroneras, realizándose los tristes pensamientos de *Robinsón*, que terminaron el ensayo con tan malos resultados. Instalóse de nuevo en su antiguo continente; pero como la desgracia, en general, cuando se complace en perseguir, no abandona hasta su fin, fué acometido de una grave enfermedad y falleció nuestro pobre *Robinsón* en el hospital civil.

De entonces acá, muchos cambios ha habido en esa parte, construyéndose un murallón: D. Juan María Errazu edificó una casa. Barrenó la mar los cimientos del primero y hubo que derribar la casa, adquiriéndola el Municipio para la continuación del hermoso paseo de la Concha, pasando por un magnífico túnel; túnel que llamará la atención de nacionales

y extranjeros, por la circunstancia de haberse hecho obra de tal magnitud por un pequeño terreno que resulta, cual si hubiese sido necesario horadar grandes montañas para dar acceso á la población. Poderosas y atendibles consideraciones determinaron la realización del proyecto, que resultó bien hecho y de mucho gusto, como todo cuanto hacen y edifican en San Sebastián corporaciones y particulares, dentro y fuera de la población, excepción hecha de un enorme paredón que existe en las alturas de San Bartolomé, sin otro resultado práctico que contener la furia de terribles tempestades que con frecuencia resuenan en la costa cantábrica.

EL VIAJAR DE ANTAÑO

Entre los grandes progresos que el mundo ha realizado, es de los primeros el de la rapidez y comodidades para viajar.

Hubo un tiempo, y no muy remoto, en el que no había más medios de comunicación que las galeras para la gente acomodada; que los carromatos y caballerías para la gente de medianos recursos.

Sólo los más ricos viajaban en coches-postas, y, en general, allí donde uno nacía vivía y moría, sin conocer otro lugar.

Terminada la primera guerra civil, principiaron las expediciones veraniegas; contadas eran las familias que honraban la hermosa playa de San Sebastián, siendo las primeras la del Infante D. Sebastián, Condes de Torrejón, Duque de San Carlos, general Domínguez con su señora, su hija Antonia, hoy Duquesa de la Torre y algunas otras.

En aquel entonces nadie hablaba de Biarritz como punto de reunión de la aristocracia española; los continuos cambios políticos y persecuciones formaron en él el centro de conspiraciones, é influyeron á su preponderancia, á la que contribuyó más tarde poderosamente nuestra compatriota la Emperatriz Eugenia, y muchos españoles construyeron villas y *châteaux*. No hay para qué decir que cada cual está en su indiscutible derecho de emplear su dinero donde y

como mejor le plazca; refiriéndose á los prohombres políticos que, aparte de sus merecimientos, deben en su mayoría lo que tienen y lo que son á esta desgraciada nación, que invocando con frecuencia los sentimientos patrios, van á dejar sus reales al extranjero.

Allá por el año de 1840 estableciéronse las diligencias catalanas y reales, y más tarde las peninsulares y generales, que tardaban de Madrid á Bayona dos días y medio; quince días antes era menester anotarse para conseguir asiento; llegaban los viajeros á sus destinos encajonados y triturados por los bailables de la diligencia en malas carreteras, cuando no ocurrían derrumbamientos, y asfixiados por el calor y el polvo atragantado. Estas diligencias no llegaban á San Sebastián, porque en aquel tiempo se hallaba el pueblo arrinconado; pasaban por Astigarraga, y los amigos ó parientes que descaban recibir ó saludar á su paso á alguno de éstos, preparaban una expedición al referido pueblo, donde había un parador bien servido que dirigía el maestro de postas Sr. Irazu. Las expediciones se hacían en canoas por el Urumea; á pie ó en artolas, y aquí, que viene de paso, referiré una de aquéllas.

En 1846 vinieron á España el Duque de Montpensier y uno de sus hermanos para concertar el matrimonio de dicho señor con la Infanta María Luisa. El Ayuntamiento de San Sebastián, aunque pobre, siempre cortés y galante, acordó saliera una comisión y una banda de música. No existía en aquel tiempo ninguna; la que organizó el Sr. Santesteban en 1845, con motivo de la estancia de la Reina Isabel, se disolvió; no había entonces sueldos de director, subdirector ni de instrumentistas.

Sin embargo, como los Joshe-Maris han sido siempre muy músicos, el Sr. Santesteban organizó una regular banda, estudiaron tres piezas y salieron con la comisión embarcados en canoas para Astigarraga. Llegaron los señores

Duques y pasaron á descansar en el salón del parador. La música ejecutó las tres piezas; no sabia más; los Duques continuaban descansando. El maestro Sr. Santesteban, para salir de aquel apuro, dijo á sus discípulos: «Señores, hay una bonita composición que todos la saben ustedes de memoria, y probaremos qué tal sale; Lascanótegui (este señor tocaba el requinto), entone usted el Himno de Riego.» Este himno estaba en aquel tiempo prohibido; pero como en esta triste humanidad, desde su creación existe la tendencia de probar y gustar de lo que está vedado, y como aquel himno que tantas alegrías y tantas desdichas causó, entusiasmaba mucho en general, los músicos ejecutáronlo con afán, contento y afinación. Pronto llegaron á oídos del señor Duque los primeros acordes, que sin duda no debieron agradarle, porque repentinamente dispuso la marcha y el postillón blandió el látigo.

Como después del mal que se ha hecho viene la reflexión, preocupábanse los músicos sobre las consecuencias que podrian resultar, porque esta desgraciada nación tantas veces agobiada por reacciones, se hallaba entonces bajo la presión del general Narváez.

Presentóse en aquel momento el presidente de aquella comisión de respetuoso saludo, felicitó al Sr. Santesteban por la peregrina ocurrencia que había tenido, y tranquilizó á los músicos por sus escrúpulos.

En 1847 terminóse la nueva carretera titulada de Andoain á Irún, que se construyó por la iniciativa de varios señores de San Sebastián, formando una Sociedad por acciones, y desde entonces las expresadas diligencias tocaban en dicho pueblo, hasta que en 1865 llegó el deseado tren de ferrocarril, y siguió en notable *crescendo* hasta la parálisis de la última guerra, que en menos tiempo causó más daño que la anterior, y costó más víctimas y dinero. Terminada la guerra volvió la concurrencia con más afán que nunca, y

á la vista de todos está el aumento que cada año va adquiriendo.

Compárense ahora las comodidades de que disfruta el viajero con las molestias de antaño. Sin embargo, no faltan quienes digan que el expreso del Norte parécese en el andar á un carromato. Los que tal cosa digan no pertenecerán á la pasada generacion, ni habrán viajado en aquellos vehiculos.

LA BENEFICENCIA

EN SAN SEBASTIÁN

Al proponerme escribir estos renglones á propósito del libro que ha publicado el Sr. D. Segundo Berasátegui con el título de *Historia y situación actual de la Beneficencia en San Sebastián*, no es mi ánimo analizar la obra, sino manifestar con satisfacción cuán grata me ha sido su lectura, que trae á mi memoria antiguos recuerdos que con incansable actividad y constante trabajo, unidos á su privilegiado talento, ha conseguido el autor poner de manifiesto con todos sus detalles el estudio de los servicios y régimen de los pios establecimientos, y los hechos memorables que constituyen su historia, ejerciendo constantemente la caridad, incluso en épocas de verdadera consternación, adoptando los modernos adelantos en beneficio del bienestar y comodidad de los pobres.

Otra circunstancia que hace resaltar el mérito de la obra es que la Junta de Beneficencia, aprobando el notable informe de la comisión nombrada al efecto, acordó se imprimiera á expensas de la misma Junta, y que dicho informe precediera al texto del libro, y el Sr. Berasátegui, impulsado por nobles y caritativos sentimientos que tanto le distinguen y le honran, ha cedido los productos de su venta y el derecho de propiedad en beneficio de los pios estableci-

mientos, haciéndose acreedor á la gratitud y consideración general.

Tengo también que manifestar mi agradecimiento al autor por las atenciones que guarda á mi finado padre don Angel Gil, por los muchos servicios que prestó en veintiún años consecutivos que desempeñó el honorífico cargo de vocal-secretario de la Junta, y varias veces como alcalde presidente de la misma, trabajando, con decidido empeño, en todos los cargos que ejerció en favor de los píos establecimientos, y por todo cuanto redundase en beneficio de su querido pueblo.

Dice el Sr. Berasátegui que en 1850 fui nombrado auxiliar de secretaría y tesorería con el sueldo de 3.000 reales anuales, cuyos cargos los desempeñaba hacia varios años gratuitamente, hasta que algunos de los señores vocales quisieron remunerar mis servicios, venciendo la oposición de otros señores, con el noble fin en éstos, de no imponer gravámenes, aunque convencidos de la justicia del caso.

Imperaba en la Junta el espíritu de economía. Tenía dos celadores de mendicidad, conocidos vulgarmente por *saca pobres*, que ganaban cuatro reales diarios. Solicité uno de éstos el aumento de un real diario por sus muchas atenciones de familia y lo exiguo del sueldo; la solicitud fué denegada por no formar mal precedente. Confundíanse en el vestir con sus perseguidos, porque la Junta no les daba uniforme, siendo sus únicos distintivos grandes bastones de roble con contera y puño de bronce incrustado en éste el lema de *Celador de Mendicidad*. El más generoso de los señores de la Junta manifestó que debía uniformarse á sus representantes; la Junta no quiso autorizar lo que la parecía un despilfarro; pero varios de los señores vocales ofrecieron regalar trajes conservados de su uso, para que aquéllos vistieran con decencia.

Nuestros antepasados tenían la rarísima habilidad de

conservar por muchos años sus prendas de vestir, que pasaban de padres á hijos. Conoci una capa que pasaba de dos generaciones de existencia, en regular estado de conservación, aunque de color indefinible.

Con las nuevas ó viejas prendas, transformáronse en millores nuestros celadores, llamando la atención por las antiguas modas que sacaron á relucir, particularmente en sombreros de copa, corbatinos de cuero y cuellos altos de levita. Lo ridículo del caso contribuyó á que se les hiciera un modesto uniforme.

El servicio de mendicidad se hace hoy por celadores del Municipio con escrupulosidad, porque los pueblos que sostienen á sus pobres y enfermos no deben permitir la postulación, y así ahora como antes, el transeunte no se ve molestado en la vía pública ni ofendida su vista por espectáculos repugnantes, como sucede en otras poblaciones, lo que con mucho agrado llama la atención en general de los forasteros en San Sebastián.

Idéntica práctica y resultado se observa en toda la provincia de Guipúzcoa, hallándose al cuidado de los Miquelotes la expulsión de mendigos forasteros, no habiéndolos de la provincia, porque no hay pueblo de alguna consideración que no tenga su benéfica casa de Hospicio y Hospital, y los pueblos que no cuentan con medios para ese fin hacen convenios con los que disfrutan de ese beneficio para remitirles sus pobres y enfermos.

Dice el Sr. Berasátegui que en 1856 se colocaron las primeras sillas en el paseo de Santa Catalina. Voy á permitirme aquí una pequeña rectificación, por haber sido el autor de esa novedad. En Agosto de 1852, de acuerdo con mi referido padre, que era entonces mayordomo de las parroquias unidas, hice conducir de Santa María á dicho paseo por chicos de la Misericordia, al mando del celador Rodríguez, como vía de prueba, veinte sillas, que en seguida fueron

ocupadas con gran aceptación, continuando con aumento en 1853, en cuyo año marché para Méjico. La recaudación la hacía el referido celador en una arquilla cuya llave la tenía la madre superiora sor Catalina Echaide.

En 1857 concedió el Ayuntamiento á la Junta el privilegio de poner sillas en los paseos. Sacáronse varios años á remate sin resultado, hasta que en 1875 se adjudicaron en 950 pesetas, importando el de óste de 1894, pesetas 8.150.

He leído también con interés la Memoria publicada por la Junta de Beneficencia con el movimiento de fondos y personal durante el año económico de 1893 á 94, y de su bien detallada relación se desprende que, siguiendo las huellas de sus antecesores, es ejemplar y brillante el estado de su administración, que puede servir de modelo á muchos establecimientos de su clase. A sus juntas directivas recomiendo la lectura de dicha Memoria y la adquisición de la interesante obra del Sr. Berasátegui.

Los pueblos que, como San Sebastián, saben administrar con tanta religiosidad é interés los bienes de los menesterosos, tienen un timbre glorioso que será bendecido por los pobres... y por los ricos.

Si resultase un segundo Sr. Berasátegui que, con la acreditada laboriosidad y paciencia de este señor, escudriñando minuciosamente actas y documentos de los Municipios de pasados tiempos, publicase una obra parecida á la de que tratamos, daría en el fondo el mismo resultado, por ser los mismos señores los que alternaban en ambas corporaciones de Ayuntamiento y Beneficencia, y pertenecer todos á la misma escuela de rectitud y de estricta economía.

En corroboración de mi aserto tenemos un testimonio vivo.

Consérvase robusto y sonrosado como hermosa manzana colorada; es popular y conocido en todas las esquinas y bocacalles de la antigua y moderna población; su estridente

voz de barítono penetra con claridad en los cuartos pisos y buhardillas; es indispensable é insustituible en todos los actos públicos del municipio; dirige como el más notable tapicero la colocación de doseles, cortinones y cobertores, y da su fallo en las diferencias que se suscitan sobre preferencia de asientos entre las autoridades; fué nombrado en 1854 (hace cuarenta años) sereno, con el módico sueldo de *treinta cuartos diarios* (88 céntimos); y en el retrato leído habrán conocido mis lectores al veterano y afamado pregonero Salcedo.

UN VIAJE DE SAN SEBASTIÁN Á BILBAO

EN 1844

Notoria ha sido la fama de la capital de Vizcaya por su esplendidez y desprendimiento siempre que ha celebrado fiestas por diferentes motivos.

Corrida de toros ha habido en la que se esparramaron con profusión al público de los tendidos ricos puros habanos y cajas enteras del mismo artículo á los diestros. Este rarísimo caso de prodigalidad no ha tenido imitadores.

Celebrábanse en el año que encabeza estos renglones notables corridas de toros bajo la dirección del célebre espada Montes. Tuvo mi padre una felicísima inspiración resolviendo que fuera á verlas en compañía de otro hermanito. No había entonces diligencia ni coches á Bilbao; era menester pensar en caballerías.

Existía en San Sebastián una posada que se llamaba de Chile, aunque su dueño nada tenía que ver con la República de aquel nombre. Tenía esta posada honores de parador real de la arriería conductora de los ricos frutos de Aragón y Navarra; el dueño de dicho establecimiento alquilaba bestias; entabláronse negociaciones con dicho señor, y después de repetidas conferencias convínose en doce duros por una mula con artolas y su mozo conductor; llamábase éste Silves-

tre. El día fijado dirigímonos al parador, en el que esperaba ricamente engalanada hermosa mula manchega; las artolas eran de madera con regilla de cuerda; el todo hallábase cubierto de colcha adamascada con fleco de algodón que terminaba en imitación de bellotas. Tomamos posesión de nuestros asientos; como mi hermanito era mayor en edad y volúmen, la gravedad del peso inclinó las artolas á su favor. Silvestre, que debía ser práctico en estos asuntos, ojeó una piedra de un montón que debía hallarse provisto para estos casos y la ató debajo de mi asiento tan fuertemente, que llegó á dolerme en cierta parte. Equilibrado y arreglado todo, emprendimos la marcha después de muchas recomendaciones, consejos y bendiciones de nuestros mayores, cual si fuéramos al Tonkin guiados por nuestro nuevo Mentor. Érase éste muy devoto del dios Baco, según las oraciones que rezaba en las ermitas del tránsito; llegó á sargento segundo en el ejército carlista, gracias á los principios en escritura y matemáticas adquiridos en la escuela de su pueblo de Goizueta. Referíamos en el trayecto muchos episodios de la guerra civil, mejores para no mencionarlos ni recordarlos, porque traen á la memoria la historia de los primitivos tiempos de la barbarie, que no conduce á los pueblos más que á su ruina y desprestigio. En dos jornadas llegamos al término de nuestro viaje, asoleados y triturados; pero pronto se olvidaron aquellas amarguras con el bálsamo de las diversiones. Hallábase la Invicta Villa muy animada y concurrida á pesar de que entonces no había ferrocarriles terrestres ni aéreos, tranvías ni vaporcitos de la ría; conocíanse en ésta una especie de canoas cubiertas de madera con ventanitas; estas canoas volcábanse con facilidad y se ahogaban los que iban dentro. Tampoco había plaza de Toros; organizóse una en la plaza del Mercado con enormes barreras ó tendidos, que descansaban en el fondo del río.

Si yo tuviera los conocimientos tauromáquicos del señor

Sentimientos, haría una descripción detallada de aquellas corridas; pero careciendo de ellos, me concretaré á decir que en cuatro días se mataron 44 toros; tres por la mañana, como corrida de prueba, y ocho por la tarde; que los toros eran superiores, de las mejores ganaderías, habiendo también salamanquinos, especie de elefantes que obligaron á mal andar á las cuadrillas, siendo alcanzado y volteado Montes, aunque sin más consecuencia que el *mieditis* de que se apoderó, descomponiéndole para la suerte de matar; que todos cumplieron bien, distinguiéndose el famoso picador Charpa.

Era costumbre entonces que el Ayuntamiento en cuerpo, antes de principiar la corrida, diera la vuelta de la plaza precedido del pregonero, música, tamboril, clarines y maceiros; una especie de comparsa que iba cayendo en desuso. La concurrencia, en general, suele ir á la plaza muy alegre y bien provista de comestibles y bebestibles interior y exteriormente, y la emprendió ese día con la ilustre Corporación, armándose un terrible griterío mientras daba la vuelta. Fijóse el señor alcalde en uno que vociferaba con notables ademanes: mandóle el alguacil para que le condujera á la prevención; opusieronse los que se hallaban á su alrededor, y el representante de la autoridad no pudo cumplir la orden. Una compañía de tropa situábase durante las corridas en los arcos de San Antón á las órdenes del señor alcalde, quien dispuso que cuatro soldados y un cabo condujeran al individuo en cuestión. El público, al ver entrar en la plaza fuerza armada, precipitóse al redondel con mayores vociferaciones, visto lo cual por el señor gobernador militar, mandó retirar á la fuerza, quedando nuevamente burlada la autoridad municipal. Comentóse mucho el incidente: formóse expediente, que aun parece no se ha resuelto.

Entre las recomendaciones de nuestros mayores, había la de conocer á nuestros parientes de Bilbao, y en eso tuvi-

mos gran satisfacción. Llamónos la atención un señor tío por su gran afición y paciencia en domesticar animales; tenía de éstos, cuatro jilgueritos muy amaestrados en varias suertes; llevábalos todas las mañanas colocados en el extremo de su bastón puesto al hombro, cual arma á discreción, por las calles principales, hasta el paseo del Arenal, en donde, á una señal dada, volaban á los árboles; en ellos revoloteaban hasta el medio día; á la hora que regresaba el señor tío, sonaba un silbido que en seguida era entendido por sus inteligentes discípulos, que venían á posarse en el bastón, y en la misma forma marchaban á casa.

A los pueblos donde hay corridas ú otras fiestas acuden varias industrias ambulantes con el fin de sacar el fruto de sus desvelos. De entre éstos acertó á llegar un Sr. Cesarini, domador de fieras, con una colección de perros, monos sabios y otros animales. No podía haber llegado á la Invicta Villa nada que estuviera más en armonía con el gusto é inclinaciones de nuestro tío; así que pronto entabló relaciones con el Sr. Cesarini, y con frecuencia nos llevaba á que admiráramos las diabluras y brujerías que hacía aquella tropa de sabios. Tenía el Sr. Cesarini en su colección un hermoso elefante que atendía al nombre de Júpiter. Llevábanle todos los días al bebedero por la calle de Bidebarrieta; conociase en esta calle una tienda ó taller de obra prima, en el que trabajaban varios maestros y aprendices: mofábanse todos ellos de Júpiter é insultábanle al pasar, llegando un día á vías de hecho tirándole un zapato viejo. El sabio animal continuó su majestuosa marcha sin inmutarse, meditando la venganza. Tenía en aquel tiempo Bilbao ciertas costumbres en los excusados y zaguanes de las casas, que estaban reñidas con el buen aseo é higiene; lo mismo sucedía con la policía urbana; así es que junto al bebedero había un charco de líquidos descompuestos, que en Madrid llaman *pozos negros* por la abundancia que hay de ellos. Satisfecho de su

ración Júpiter, llenó su larga trompa de este líquido, que le llamaremos negro, y al pasar frente al referido taller, propinó á aquellos artistas zapateriles un buen baño de agua, y no de Colonia. Celebró nuestro tío la ocurrencia, disponiendo fuéramos á felicitar al Sr. Cesarini y lleváramos algunas golosinas á Júpiter. El inteligente animal debía conocer ya el bondadoso corazón de nuestro buen tío, porque al verlo alzó la cabeza en ademán de reverente saludo y, olfateando, despachó los manjares que le llevábamos.

Llegaba el término de nuestra expedición. Hallábase en el río Nervión, que más bien debía llamarse *Río de Oro*, la trincadura *Donostiarra*, al mando de su comandante D. José Javier de Ugalde. Esta trincadura no pertenecía entonces al Gobierno de S. M., sino á una sociedad de tabacos de Guipúzcoa, de la que era socio nuestro padre, quien dispuso que regresáramos á casa en la referida trincadura. El día fijado salimos de Bilbao á las seis de la mañana, llegando á San Sebastián á las seis y media de la misma tarde.

Después que doblamos el Cabo Machichaco, el veterano atalayero Sr. Láhsaro enarboló la bandera de señas que indicaba *trincadura tripulada á barlovento*. El paseo favorito de los donostiarras era entonces por las tardes el muelle; en él vimos á parientes y amigos que nos esperaban, y á otros que se paseaban.

¡Quién había de pensar entonces en tus rápidos y extraordinarios progresos, hermosa y rica Bilbao!

¡Quién te ha visto y quien te ve, bella y pobre San Sebastián.

Quiera Dios conservar por siempre la paz que disfrutamos para mayor engrandecimiento y prosperidad de ambos pueblos hermanos.

HISTORIA DE UN RETRATO

INTRODUCCIÓN

En virtud de acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, tiene en el salón de conferencias una colección de retratos de señores alcaldes que han presidido la corporación, unos donados por los mismos interesados, otros por sus parientes ó descendientes, y algunos hechos por cuenta del mismo Municipio. Igual procedimiento ha habido en Barcelona y otras poblaciones de importancia, y nada más justo que tributar la consideración de respeto y gratitud á los señores que se han distinguido con el mayor celo á la prosperidad y engradecimiento de sus respectivos pueblos. A aquel laudable fin se han erigido monumentos y estatuas que honran la memoria de los buenos hijos que sacrifican sus vidas por la gloria de su patria.

San Sebastián, que camina siempre á la par de los modernos adelantos y mejoras, ha levantado una estatua á su hijo predilecto, el almirante Oquendo, en el paseo de la Zurriola, y otro al valiente y humanitario marino Mari, en el barrio del Muelle, con general aceptación, y creemos que nuestro Municipio y sus administrados verian con satisfacción la formación de una colección de retratos, por la memoria de sus antepasados, según se desprende del acuerdo que copio á continuación:



Angel Gil de Alcarán



Remisión.

Notorio ha sido el entusiasmo de mi finado padre (q. e. p. d.), D. Angel Gil, por cuanto se refería á su querido pueblo, consagrando su vida casi exclusivamente al servicio público, en los diferentes honoríficos cargos que desempeñó, procurando en todos ellos con el mayor afán el engrandecimiento y prosperidad de San Sebastián.

Deseando, por tanto, que V. E. conserve una memoria de aquel entusiasta donostiarra, me tomo la libertad de remitirle el retrato del mismo, por si V. E. tiene á bien aceptarlo.—Dios guarde á V. E. muchos años. San Sebastián, 12 de Marzo de 1894.—Siro Alcain.—M. I. Ayuntamiento.

Aceptación.

SESIÓN DEL 13 DE MARZO DE 1894.

Leyóse una comunicación de D. Siro Alcain, en que manifiesta que, siendo notorio el entusiasmo de su finado padre D. Angel Gil por la prosperidad de esta ciudad, y con el fin de que el Municipio conserve una memoria de él, remite un retrato del mismo, que espera lo aceptará el Ayuntamiento.

El alcalde hace con este motivo un cumplido elogio del citado alcalde, cuyo recuerdo, dice, perpetuará la grata memoria en la Casa Consistorial de tan honrado patricio, y propone al Ayuntamiento se dé un voto de gracias al donante D. Siro Alcain por tan valioso regalo, y que se coloque el retrato donado en la Alcaldía.

Así lo acuerda el Ayuntamiento por unanimidad.

Comunicación.

Ayuntamiento de San Sebastián.—Enterada con sumo agrado la corporación municipal que presido de la atenta comunicación que se sirvió V. dirigirme, con fecha de antes de ayer, á la que acompañaba un retrato de su señor padre D. Ángel Gil (q. c. g. e.), acordó en sesión celebrada el día de ayer que se manifestara á V., como tengo el gusto de hacerlo, la gratitud con que ha recibido el Ayuntamiento el referido retrato, el cual será colocado en el despacho de la Alcaldía. Lo que participo á V. para su conocimiento y satisfacción. Dios guarde á V. muchos años. San Sebastián 14 de Marzo de 1894.—El alcalde, *Joaquín Lizasoain.*—Sr. D. Siro Alcain...

Colocación.

La Voz de Guipúzcoa del 17 de Marzo de 1894 dice lo siguiente:

«Ha sido colocado en la Alcaldía el retrato del entusiasta donostiarra y alcalde que fué de la misma, D. Ángel Gil de Alcain, circundado por un magnífico cuadro dorado, regalo hecho á la corporación por su hijo D. Siro Alcain.»

Conclusión.

Doy gracias al Excmo. Ayuntamiento por la aceptación de mi envío, y para la colección de retratos de los señores alcaldes ningún sacrificio tendría que hacer, teniendo yo imitadores que mandasen los retratos de sus antepasados, conforme han hecho en Madrid y otras poblaciones. Para formar una idea de las personas que han figurado en San

Sebastián como Alcaldes, va á continuación la lista de los habidos desde el memorable año de 1813, encabezándose con el dignísimo D. Miguel Antonio de Bengoechea, que tantos servicios prestó.

Muy grato sería si pudiera hallarse al frente de la referida colección el retrato de dicho señor; pero desgraciadamente, como en aquellos tiempos no había las facilidades que hoy para ese objeto, no existe ninguno.

Sin embargo, como digo en otro lugar de este librito, el Municipio, queriendo perpetuar con justicia la memoria de tan ilustre patricio denostiarra, dió su nombre á una de las calles del ensanche.

En la referida lista aparecen otras distinguidas y meritorias personas, que por sus honrosos hechos con satisfacción se las vería en la colección dicha, para la que he dado el primer paso, esperando que seré secundado por los descendientes y supervivientes, que como alcaldes tan dignamente han figurado según la siguiente

Relación.

- D. Miguel Antonio Bengoechea, 1813.
- » Juan José Vicente Michelena, 1813.
- » José Santiago de Claesens, 1814.
- » Evaristo de Echagüe, 1815.
- » Bartolomé de Olózaga, 1816.
- » José María Soroa y Soroa, 1817.
- » Evaristo de Echagüe, 1818.
- » Joaquín María Yun, 1819.
- » Francisco Antonio de Echagüe, 1820.
- Conde de Villa Alcázar (1.º Abril), 1820.
- D. Francisco Antonio de Echagüe, 1821.
- » Tomás Joaquín Añorga, 1822.

D. José de Brunet, 1823.

- » Francisco Antonio de Echagüe (1.º de Abril), 1823-24-25-26.
- » Juan Miguel de Adarraga (1.º de Abril), 1826.
- » José María Soroa y Soroa, 1827.
- » Joaquín Luis de Bermingham, 1828.
- » Alejandro Burgué, 1829.
- » José María Soroa y Soroa, 1830.
- » Juan Miguel de Adarraga, 1831.
- » Miguel de Gazcue, 1832.
- » Joaquín de Mendizábal, 1833.
- » José Antonio Fernández y González, 1834-35.
- » Alejandro Burgué (1.º de Marzo), 1835-36.
- » Eustasio Amilibia, 1837.
- » José Manuel Brunet, 1838.
- » Alejandro Burgué (Enero á Febrero), 1839.
- » Angel Gil Alcain (Marzo á Diciembre), 1839.
- » Miguel Antonio Zumalacárregui, 1840.
- » Eustasio Amilibia, 1841.
- » Bartolomé Lopetedi, 1841.
- » Fermín Lasala (padre), 1842.
- » José María Sáenz é Izquierdo, 1843.
- » Angel Gil Alcain, 1844-45.
- » Joaquín de Mendizábal, 1846-47.
- » Eustasio Amilibia, 1848-49-50-51.
- » Ramón Serres, 1852-53.
- » Tadeo Ruiz de Ogarris, 1854-55-56-57.
- » Angel Gil Alcain, 1857-58.
- » Ramón Serres, 1859-60.
- » Eustasio Amilibia, 1861-62-63-64.
- » Tadeo Ruiz de Ogarris, 1865.
- » José Minondo (6 al 31 Julio), 1865.
- » Joaquín Arrillaga, 1865-66.
- » Eugenio Ripalda, 1867-68.

- D. Juan María Errazu, 1869.
- » Ramón Fernández, 1869-70-71-72-73.
 - » José Díaz (20 Abril á 28 Mayo), 1873.
 - » Ramón Fernández, 1873.
 - » Ignacio Mercader, 1874
 - » Juan María Errazu (5 á 25 Agosto), 1874.
 - » Ignacio Mercader, 1874-75.
 - » Antonio María Egaña, 1875-76.
 - » José A. Tutón, 1876-77-78.
 - » José María Insausti, 1878-79.
 - » Juan María Errazu, 1879-80.
 - » Juan Miguel Iribas (29 Septiembre), 1880.
 - » José Olano, 1881.
 - » Nemesio Aurrecoechea (1.º Julio), 1881-82-83-84-85.
 - » José Machimbarrena (1.º Julio), 1885-86-87.
 - » Gil Larrauri (1.º Julio), 1887-88-89.
 - » Victor Samaniego, 1890-91.
 - » Manuel Lizariturry (1.º Julio), 1891-92.
 - » Victor Samaniego, 1892.
 - » Lorenzo Díaz de Isla, 1892-93.
 - » Diego Echevarría (accidental), 1893.
 - » Joaquín Lizasoain (accidental), 1894.
 - » Joaquín Lizasoain (en propiedad), 1894-95.
-

LA BARRANCA DE ALDAPETA

II

Mi artículo anterior fué en 1891 á propósito de las obristas que por el malísimo estado en que se hallaba la barranca acordó ejecutar el M. I. Municipio, ó sea su comisión de obras, y la suspensión de las mismas, dictada por un señor concejal.

Halláronse paralizadas cerca de un año, continuando y terminándolas al poco tiempo, por lo qué, y por la parte que me corresponde, doy las gracias á los señores concejales que al efecto intervinieron.

Manifesté entonces, *extraoficialmente*, sería conveniente la colocación de uno ó dos faroles de petróleo en la parte más peligrosa que por la gran pendiente (26 por 100) fué necesario hacer gradas. Contestóseme que el Municipio, recargado, se encontraba en el caso de hacer economías. La gravedad del asunto me hizo desistir de mi deseo; pero queriendo evitar en lo posible que algún día sucediera una desgracia, pensé en armonizar la economía del Municipio con la seguridad personal.

Publicóse por los periódicos de aquel tiempo á que me he referido, que en los Estados Unidos, patria de maravillosos inventos, se descubrió uno, anunciando pomposamente que

acabaría con los alumbrados públicos, consistiendo en pintar las fachadas de las casas con una preparación química que de noche iluminaría las calles con profusión.

Con sentimiento no pude proporcionarme la receta de aquella maravilla, pero quise hacer un modesto ensayo. En cada uno de los once tramos que hay en las veintidós gradadas, hice una señal de cal mezclada con materias fosforescentes, que dieron bastante satisfactorio resultado; pero siendo tan frecuentes en este país las lluvias y aguaceros, á los primeros de éstos desaparecieron aquellos efectos. En silencio quedaron los resultados del maravilloso descubrimiento de los Estados Unidos, que sospecho tendrían el mismo fin que el ensayo mío.

A principios del verano hizo la prensa local su campaña, quejándose de lo exiguo del alumbrado público, y el Municipio acordó se aumentaran las luces en los paseos y *puntos oscuros* que resultasen, *incluso por las afueras*, y dije yo: «¡Admirable! ¡Ya pareció por fin la madre del cordero! ¡Alumbrado tenemos en Aldapeta!» Pero como el tiempo pasa y no va pareciendo nada, presumo si los señores de la comisión estarán pensando y discutiendo para su determinación si será ó no bastante obscuro el punto de que se trata.

Si así sucede, esperemos que el Espíritu Santo los ilumine.

Las alturas todas de los contornos de San Sebastián son en extremo pintorescas y la afición á giras campestres va tomando incremento; pero los caminos vecinales se encuentran algunos intransitables, pidiendo su recomposición.

La civilización va extendiéndose por todas partes, y cunde hasta en nuestros caseros.

Recuerdo que antiguamente venían las aldeanas al mercado de la plaza de la Constitución descalzas.

Al llegar á lo que llamaban las Páginas, ó sea la avanzada derecha, que resultaría próximamente donde se encuen-

tra la casa del Sr. Mercader (D. Ignacio), antes de la bajada de las cinco gradas de la puerta, había á derecha é izquierda dos pretilos en los que dejaban las cestas, calzaban los zapatos y hacían allá su *petite-toilette* para entrar en la población.

En la calle de San Jerónimo esperábanles en guerrilla las *recaredas* ó revendedoras para apropiarse á bajo precio de lo mejor que conducían en verduras y aves, y si llevaban becadás ó perdices, cazadas como de casualidad por lo raras que son esas aves en este país, era tal el afán de adquirirlas, que armaban el gran tiberio, en el que tenía que intervenir la autoridad.

Hoy todo ha cambiado; en los mercados encontrarán los buenos gastrónomos cuanto puedan apetecer, según el gusto de cada cual; ninguna aldeana llega descalza, usando algunas botas de tacón alto y vestidos á la moda, con mangas abultadas; algunas hacen uso de ferrocarriles y tranvías, habiéndose generalizado mucho el uso del borriquito que conduce cuanto traen al mercado y en ocasiones hasta á la misma conductora, teniendo algunas su bonito carro, que le llaman *gure-cochia*.

Terminadas las operaciones de compra y venta van las aldeanas en busca de sus jumentos. Las que vienen del rumbo de Hernani y Andoain, regresan subiendo por la barranca de Aldapeta, prefiriéndolo á la carretera, por ser aquella más breve, sombría en verano y abrigada en invierno, contribuyendo á este efecto el gran paredón de la huerta del Excmo. Sr. Marqués de Valmediano.

Pasan en ocasiones en cuadrillas de ocho ó diez pollinos y otras tantas conductoras.

Como éstas es regular que hayan hecho su *amaiquetaco*, van alegres y distraídas con los cuentos de vecindad, cuya distracción la aprovechan los primeros por si encuentran algún agradable bocadito; y como no son tontos, marchan por

el mejor camino, que es el espolón, destruyéndolo y dejando ingratos recuerdos.

No bastan las frecuentes advertencias para que las interesadas incurran en las mismas faltas, por cuanto las denuncia á quien corresponda para el necesario correctivo.

Escrito este artículo, veo que ha resucitado el sistema de alumbrado á que me refiero, leyendo en *La Voz de Guipúzcoa* un suelto que dice que la compañía del ferrocarril de Orleans va á implantar el alumbrado de los vagones por medio de la pintura luminosa para el paso del tren por los túneles.

Me alegraré que tenga un éxito feliz.

LAS ALDABAS

Cuando San Sebastián se hallaba reducido á su estrecho recinto, no se conocía el alumbrado de gas hasta próximo el derribo de las murallas; menos el de la eléctrica, que es muy reciente. Iluminábase la población no muy profusamente por medio de aceite común, hasta que vino á sustituirle el pestilente petróleo. En el centro de cuatro bocacalles había un farol que funcionaba por medio de cuerdas y poleas. El alumbrado resultaba tan pobre, que había muchos puntos negros; las noches de luna se economizaba la luz artificial. Estas faltas, que hoy las clamaría la prensa, pasaban en silencio y se sustituían por medio de faroles de una ó dos luces que llevaban las muchachas acompañando á las señoras y señoritas que iban de tertulia á casa de sus amigas. Las primeras, después de revolver todo el pueblo sin dejar titere con cabeza, como vulgarmente se dice, y saborear el rico *soconusco*, se divertían con alguno de los juegos lícitos, y la desgraciada que perdía cinco cuartos armaba el gran tiberio, amenazando con no volver á aquella casa donde se proponían arruinarla, sin considerar que el chocolate que tomaba valía más de los cinco cuartos. Las segundas hacían labor, tocaban el piano (donde le había), y bailaban solas ó acompañadas de jóvenes tertulianos. Al sonar las diez de la noche, todo el mundo se pone en movimiento y principia la desbandada, precedida de los faroles con sus portadoras, á retirarse á sus casas. No había eléctrica en-

tonces, como he dicho; pero como por encanto se iluminaban las calles apareciendo á la vez tanto brillante y adornado farol, que el conjunto formaba cual si fuera una procesión.

Venía luego la dispersión con el toque de aldabas con acompañamiento de repique por si la veladora se habla dormido, que solia ser lo más común, en cuyo caso se repetían los toques, y la tardanza la aprovechaban las amorosas parejas, lo que constituía un divertido cuadro para el curioso observador. Tuve yo un amigo (q. e. p. d.) que se hallaba muy enamorado (platónicamente al parecer) de una señorita que vivía en la plaza de la Constitución. Mi amigo nunca faltaba en los arcos de dicha plaza antes de las diez de la noche, hora en que se retiraba la joven, como todas, á su casa, acompañada solamente de la farolera. Por cierto que habiendo competencia entre estas faroleras por quién adornaba y presentaba mejor los faroles, llamaba la atención el de aquélla por el gusto artístico de sus adornos; recuerdo que las velas tenían tres hileras de rosetoncitos rizados, acabando en punta, hechos con papel de colores nacionales, y otra hilera de papel dorado formando corona.

Paseábamos á la hora dicha y llegó la referida señorita; mi amigo se quitó el sombrero y dijo: «Buenas noches.» Este mismo saludo se repitió dos veces mientras la veladora bajaba á abrir la puerta, y se renovaba todas las noches por algunos años, hasta que se presentó otro que dijo: «Buenas noches y buenos días», y se casó con la joven. Mi amigo, sin embargo, continuó dando las buenas noches.

La aldaba debía ser el emblema de la fiscalización vecinal. Fulano se retira á su casa más tarde que de ordinario, toca la aldaba, que es muy conocida por los vecinos, y dicen éstos: «Hoy se retira más tarde. ¿Dónde habrá estado? ¿Qué habrá hecho? ¿Por qué vendrá tan tarde?» Y se consumen en conjeturas. A las altas horas de la noche cae uno enfermo y se avisa al médico: alarma general;

han tocado la aldaba de la casa del médico. «¿Quién se habrá puesto malo? ¿Si estará grave?» Y la curiosidad, más fuerte que el temor á la pulmonía, obliga á que se levanten de la cama, salgan al balcón y se enteren personalmente de lo que ocurre, porque la muchacha del médico habla á gritos desde el balcón y la recadista hace lo mismo. Llega el médico; ve la gravedad del enfermo y manda que se disponga y reciba los Santos Sacramentos. Salen los emisarios dando aldabazos para llamar al confesor, al cura, al notario y á los amigos que deben acompañar al Viático; nueva alarma general por distintos puntos de la población.

Llega un ordenanza de telégrafos, toca la aldaba, sale al balcón la muchacha y grita el de telégrafos: «Telegrama para D. Fulano»; y dicen los vecinos: «¿De dónde será? ¿Si se habrá puesto mala Doña Tiburcia?»

Llega el correo: espárcense los carteros por todo el pueblo dando aldabazos con redobles y repiques. Encuéntrase alguno postrado en cama enfermo con fuertes dolores de cabeza, y siente los aldabazos, que algunos suelen ser mayúsculos, y retumban doblemente en el silencio de la noche, y el enfermo se agrava.

Todo esto sucedía, como digo al principio, antaño; pero sospecho que á pesar del cambio de costumbres, debe también ocurrir ahora mucho parecido.

Comprendo que en la parte vieja haya aldabas, porque antiguamente no se conocía otra cosa; pero lo que no acierto á comprender, con los adelantos del día, es que se hayan establecido en el ensanche.

Quedan demostrados los inconvenientes de las aldabas, y me parece que, respetando las que se hallan establecidas, debe decretarse para lo sucesivo su prohibición, como medida necesaria y justa para la salud, reposo y tranquilidad del vecindario.

UN VIAJE EN EL OTRO MUNDO

No se alarmen mis lectores, porque todavía nadie nos ha definido de qué manera se viaja en el otro mundo. Refiérome al nuevo, descubierto por Cristóbal Colón en 1492, á los sesenta y cinco días de navegación, cuyo cuarto centenario se celebrará con fecha 8 de Octubre de este año de 1892 en ambos mundos.

Hecha esta salvedad, principiare mi relación. Desembarqué en Veracruz, en compañía de un amigo que se dirigía á Mazatlán. El viajero que llega á aquel puerto puede considerarse transportado á uno de los pueblos de Andalucía, como eran y como son la mayoría de los que constituyen el extenso territorio de la América, que en días más venturosos conquistó y dominó nuestra madre patria. La misma construcción de templos y casas; éstas bajas con patios interiores y cubiertas de azoteas; idénticas costumbres; tratamiento impersonal; estilo suave y mieloso en el hablar. Al entrar en las calles de la población noté que un pajarraco muy feo, del tamaño de un pavo común, medio desplumado, se me acercaba; desconociendo sus intenciones, dile un golpecito con el bastón para desviarlo, lo que visto por un individuo que parecía pertenecer á la policía secreta, dirigióseme, y me dijo: *Mire, señor, no maltrate al animalito, porque será multado.*

Dile las gracias y pensé: ¡qué bien organizada debe hallarse en este país la sociedad protectora de animales!

Lo primero que hacia el viajero llegando á Veracruz era tomar asiento ó inscribirse para la diligencia de Méjico, con el fin de salvar cuanto antes aquel clima mortífero y librarse de garrapatas, niguas, mosquitos, arañas felpudas del tamaño de un pollito recién nacido, y otra infinidad de animalitos dañinos, que se reproducen prodigiosamente en los países cálidos y pantanosos.

A pesar de nuestra actividad, no conseguimos asiento de diligencia hasta el tercer día, y la población, medio desierta, ningún encanto ofrecía para hacer grata la estancia.

Ulamónos la atención los perfumes mal aromatizados que se aspiraban, y nos informaron que procedían del matadero de reses, que á la distancia de un kilómetro se hallaba en las áridas llanuras ó arenas que rodean la población. Luego vimos que se dirigían á ésta, de aquel hediondo lugar, bandadas de aves que se posaban y transitaban tranquilamente por las calles, familiarizadas aquéllas con sus habitantes, que nada les molestaban. Éranse iguales al pajarraco que salió á nuestro encuentro.

La curiosidad nos indujo á informarnos de las circunstancias de aquellas aves, y un señor de la localidad nos dijo: «Estos animalitos son los policías higiéñicos de la población; ahora vienen del matadero y recorrerán casas, cuartos y cuanto rincón haya; son voraces, despachan todo bicho y despojo que encuentran, y gracias á ellos disfrutamos de un clima relativamente saludable, siendo, por tanto, tan queridos y respetados, que tiene un peso de multa el que los maltrate (¡Ahora comprendo! dije para mí); llámaseles zopilotes.» En las horas de descanso toman posiciones en los pretilos de las azoteas, todos alerta mirando con suma atención, formando línea singular, para lanzarse voraces sobre los desperdicios que se echan á la calle.

Llegó por fin el deseado momento de abandonar tantos encantos. Recientes aún las costumbres que dejamos en nuestro país natal, recordábamos con placer los tiempos en que era un acontecimiento emprender un viaje; la salida de la diligencia repleta de variados tipos, en cuyos semblantes se reflejaba en unos la tristeza, pero en general la alegría; los tiernos abrazos de despedida; las juiciosas recomendaciones de padres á hijos; los recuerdos á toda generación de parientes y amigos ausentes; los cargos al mayoral para que no se aplastasen las sombrereras de cartón, ni la jaula de cañas del jilguero; y otros graciosos episodios que ocurrían hasta la partida de la diligencia, aclamada de vítores y saludos.

En Veracruz nada de esto ocurría; ninguno de los viajeros dejaba parientes, recuerdos ni amigos; todos silenciosos hallábamnos preocupados con el pensamiento fijo en las amargas del calvario que íbamos á emprender. Los mal llamados caminos, abandonados al cuidado de la Providencia, hacíanse intransitables, presentando cada paso un tropiezo ó peligro que salvaba la gran práctica é inteligencia de los conductores con sus briosos caballos.

Estas circunstancias impedían que allá circularan las hermosas diligencias de Europa, siendo las que se usaban de forma de barrica grande, ovalada, descansando sobre dos gruesas *sopandas*. En el interior, cada asiento tenía correas colgadas del techo de las que había que ir agarrado constantemente para suavizar los golpes de los frecuentes tumbos.

Los doce viajeros que admitía el coche-diligencia tomamos posesión de nuestros asientos. El conductor dió la señal y principió el *vía crucis*.

Larga sería la serie detallada de saltos, golpes, contorsiones y caídas que nos proporcionaba aquel original coche semi-aéreo, que á todo correr nos conducía en continuo bailoteo, entablando incontinenti las relaciones de unión y fraternidad entre los viajeros.

Lo dicho basta para juzgar cuál sería el estado de los mismos al término de la expedición, en tres días caminando en esta forma, agregando á lo referido otras poco agradables emociones. Así que corrimos una regular distancia, vimos llegar en tropel un grupo de gente armada de mala catadura, á caballo, y dijimos: *Ya están ahí*. Dirigiósenos el que hacía de jefe, y dijo: *Señores, no hay cuidado; somos la escolta*. Siguieron al coche cerca de media legua, y pidiendo una gratificación, despidiéronse, advirtiéndonos que pasamos *el punto más peligroso*.

Llegamos sin novedad á la primera etapa de Jalapa, continuando la siguiente mañana el *vía crucis* para la Puebla de los Ángeles. Una hora antes de nuestra llegada oímos tiros y un grupo de 18 hombres armados, á caballo, que se dirigia á nosotros. *Ahora sí que son ellos*, dijimos, y efectivamente; llegan, manda el capitán que desocupemos el coche, empieza el escamoteo general, quedándonos sin dinero y sin relojes.

Lloraba amargamente la única señora viajera; intercede un señor cura con el capitán, que promete respetarla; pero su gente debe estar insubordinada; y al poco tiempo dirigese uno de ellos á dicha señora, y con asombrosa agilidad, cual si fuera descendiente de Macallister y conocedor de secretos, mete la mano en el seno de la misma y extrae un atadito de cinco onzas llamadas peluconas, de las que ya no se ven por aquí.

Terminada la operación, que dió buen resultado á la compañía, manda el capitán que nos arrodillemos; cunden los temores. Manda también se arrodillen los suyos, y dirigiéndose al señor cura, puesto de hinojos con el sombrero en la mano, le dice: *Padrecito, pida al cielo la gracia, y échenos su bendición*.

Luego ordena que subamos al coche, y con mucha amabilidad, nos dice: *Feliz viaje, caballeros*.

Sin otra notable ocurrencia llegamos á La Puebla de los Ángeles, población de 70.000 almas: muchas hermosas iglesias y conventos. Fué atacada por el general Forcy con 30.000 franceses, y defendida por González Ortega con casi igual número. Después de escasa resistencia sucumbió mi amigo el mejicano, entregándose con su gente; el resultado no fué dudoso; González Ortega no entendía de matemáticas; era general en escaramuzas.

Continuando nuestro viaje, un poco después de salir de La Puebla fuimos sorprendidos por otra partida de amables caballeros que, no satisfechos de que otros nos llevasen lo que teníamos, quitáronle las calzoneras al viajero mejicano que al uso del país las llevaba con botonadura de plata, de la cintura al tobillo, dejándole en calzoncillos.

Llegamos á siete kilómetros de Méjico, al gran lago de Tezcuco, que realmente parece un mar por la magnitud de su extensión. En él se cazan millares de patos y otras aves parecidas á los becacines, que les nombran chichiquilotes, unos con escopetas y otros con máquinas llamadas infernales, por el estilo de la que inventó Fieschi para matar al rey de Francia Luis Felipe. Los pobres, careciendo de recursos para escopetas y máquinas, adoptaban un sistema ingenioso y económico. Recorren en la laguna, impelidas por el viento, infinitas calabazas desprendidas de las huertas; los patos hállanse familiarizados con ellas. El pobre coge una de las calabazas; la ahueca, y cubriendo con ella cabeza y cara, se lanza al agua y va cogiendo patos por los pies, hasta que llena el cinturón que lleva á prevención.

Todos los males tienen su término, y tuvo también nuestro viaje con la llegada á la gran Tenoshtitlan, capital de la República mejicana, ex reino, ex imperio; hermosas calles anchas tiradas á cordel; 200.000 habitantes muy cariñosos; cielo diáfano y encantador; clima delicioso, naturaleza espléndida y exuberante... nada más.

Difícil era que encontráramos en su perfección los adelantos de comodidad y bienestar que la civilización había introducido en la mayoría de los países, en aquel tan desgraciado, con una generación de guerras civiles y extranjeras, sin gobierno ni administración, entregado al despotismo del militar más audaz y favorecido por la suerte; devastado por infinitos aventureros que, proclamando cualquier bandera, disponían de vidas y haciendas.

Hoy, por fin, el genio de la paz va derramando allá, por doquiera que pasa, sus inapreciables tesoros, y merced á ellos el viajero que desembarca en Veracruz puede luego tomar el ferrocarril y llegar á Méjico en catorce horas en vez de setenta y dos, y por 13 duros en lugar de 35, libre de molestias, asaltos y atropellos.

Unidos á estos adelantos, otros que se han realizado á la sombra de la venturosa paz, la gran Tenoshtitlán llegará, como se merece, al colmo de su bienestar y prosperidad, que bien le deseamos.

UNA HISTÓRICA NOCHE TOLEDANA

Érase en 1873: regía los destinos de nuestra desgraciada patria el eminente orador D. Emilio Castelar, como presidente de la república unitaria.

Ardía la nación en desoladora guerra civil; por el Norte los carlistas, por el Sur los cantonales y en la isla de Cuba los filibusteros. No recuerdo si había alguna otra perturbación para solaz de los pacíficos españoles; pero sí que estábamos amenazados por el cólera, que llegó á la frontera francesa sin querer franquear por entonces los Pirineos, sin duda por compasión al lamentable estado en que nos encontrábamos, que bastantes víctimas y desgracias causaba.

La comunicación del centro de España hallábase interrumpida por tierra para el extranjero, y el servicio de correspondencia y viajeros se hacía por medio de vaporcitos de ruedas, dirigidos por capitanes mercantes, que á falta de muchos estudios náuticos poseían gran práctica, adquirida en la peligrosa costa Cantábrica, según se desprendía de la regularidad del servicio en general, desde Socca, Francia, á Santander, con escala en San Sebastián.

Hallábame en esta ciudad, y para el regreso tuve que embarcarme en uno de estos vaporcitos en los que no se conocían comodidades, pero sí un continuo bailoteo en todas direcciones.

Llegamos á Santander, de donde salió á nuestro encuentro la lancha de Sanidad con su médico director, quien nos

ordenó fuéramos al lazareto por tres días de observación por disposición gubernativa para toda procedencia de Francia. Manifestéle que á mí no me alcanzaba la ley, porque procedía de San Sebastián, precioso y notable pueblo por su limpieza y salubridad, á lo que contestó que conocía bien aquellas excelencias; pero que pude haberme contagiado en el vapor, y era preciso fuera también al lazareto. No había, pues, apelación; el vapor tomó rumbo y desembarcamos en el lazareto.

Frente al muelle existía un almacén donde se purificaban los equipajes en los baúles abiertos, oliendo á ácido fenico.

Subimos á la cumbre, y nos saludaron los sospechosos coléricos. Entre ellos hallábase el finado señor conde de Toreno con su señora, parientes y amigos, que por la mañana llegaron de la estación veraniega de Biarritz, ignorando las disposiciones sanitarias del Gobierno.

Había además unas treinta personas de diferentes clases sociales, entre ellas un belga que venia á proponer al Gobierno una contrata de fusiles para que nos matáramos mutuamente los españoles.

El lazareto se componía de una casa baja para señoras y matrimonios, cantina con ínfulas de *restaurant* mal provista y peor servida, y un gran almacén casi sin ventilación para hombres solos; aquí vi entrar una colección de colchones de aspecto no muy agradable, que los iban colocando en el suelo. Aquel día daba principio la cuarentena, y como sucede en general con las cosas del Gobierno y con lo que se hace precipitadamente, todo estaba mal ordenado y poco aseado.

Nuestra llegada fué al anochecer, y para satisfacer el hambre compramos á buen precio pescaditos fritos que los despachamos sin tenedor ni cuchillo.

Llegó la noche, y los colchones sin sábanas y las almo-

hadas sin fundas ibanse ocupando por los huéspedes. Causábame cierta repugnancia entrar en aquel semi-hospital, y agenciándome una silla, me propuse pasar la noche al aire libre; pero el hombre propone y Dios dispone.

A eso de las doce sentí intenso frío y tuve que capitular; cogí mi silla y me senté dentro del almacén, que se hallaba á obscuras porque se olvidarian las velas, ó porque juzgarían, con razón, que para dormir no hace falta luz, y que hombres solos bien podían dormir á obscuras.

Unos roncaban, otros hablaban, uno había que peroraba sobre las excelencias del sistema republicano, y que por su estilo debía ser de origen andaluz. «Señores, decía, entre los muchos beneficios obtenidos, como es he demostrado, hemos afianzado además los derechos individuales, la libertad del pensamiento, la tranquilidad del hogar, la seguridad en los pagos del erario: de hoy en adelante todo será bienestar y felicidad, porque se acabaron las tiranías é inmoralidades de gobiernos arbitrarios que no caminaban sino para bien de propios intereses.» En esto se oyó una voz que dijo: «¡Que calle ese charlatán!»

No se dió por aludido el orador, y continuaba entusiasmado con su peroración, cual si estuviera en pleno Congreso, cuando salió de un rincón un ruido estrepitoso que alarmó á la generalidad. «¡Bravo! ¡Soberbio! ¡Sublime!» Gritaban algunos; pero como es difícil que haya paridad de opiniones en una reunión, y sobre todo celebrándose ésta en la obscuridad, clamaron otros: «¡Fuera ese puerco! ¡Indecente! ¡A la calle!» Y como consecuencia dirigiéronse mutuos improprios.

El contratista belga, que debía estar algo cansado y amostazado, gritaba: «¡Carraca! ¡Carraca! ¡No decan duermel!»

Restablecida la calma, el orador continuó diciendo:

«Señores, no parece sino que estamos en los omnimodos tiempos de los Torquemadas, cuyos hechos bien los conocéis,

porque resulta que aquí se trata de imitarlos coartando la libre emisión del pensamiento y de la expansión, por cuyas conquistas tantos sacrificios hemos hecho vertiendo generosa sangre. Pero no, no lo dudéis; como diputado que soy del Congreso nacional, llevo en proyecto varias leyes que de nuevo afirmarán para siempre los sagrados derechos del hombre libre.»

Llegado aquí, resonaron nuevos y estridentes ruidos que, repetidos, pusieron en guardia á los despiertos y despertaron á los dormidos.

Renováronse las felicitaciones, protestas ó improprios; momentos hubo que parecía iba á estallar la gran batalla con almohadas, mantas y colchones; pero no: todo terminó armoniosamente, con la intervención pacífica del orador, quien algo arrepentido de sus predicaciones, exclamaba: «¡No tanto!, señores, ¡no tanto!» Todas las cosas tienen sus justos límites, y hay otras leyes que también deben observarse por respeto á sí mismo, al decoro y á la buena crianza. En esto resonó un quejido de dolor, un «¡Ay! ¡Que me muerden, que me muerden!» Yo, que pasaba en vela la noche, encendí un fósforo con ansiedad, por conocer al antropófago que se hallaba entre nosotros, y vi que una porción de enormes ratas se deslizaban á esconderse entre colchones y mantas, y que al quejumbroso mordieron los dedos, que debían contener partículas de pescado frito.

La invasión ratonera causó gran alarma entre los acostados, que, temerosos de ser atacados, se movían, gritaban y mayaban formando singular concierto con el propósito de ahuyentarlas, y de hacer sin duda más divertida aquella noche toledana.

Por fin, sin otra novedad, llegó la hora de los primeros albores con gran contento mío, para salir á respirar el aire puro del campo. La cantina estaba cerrada; bajé al muelle, y el guarda-almacen abrió la puerta.

Entablé conversación con él, y entre cosas me dijo: «Yo he sido miliciano nacional veterano, y como tal he prestado buenos servicios á la patria exponiendo mi vida; vino la república, y por simpatía y similitud de ideas me afilié al nuevo partido; pero desgraciadamente en este país los Gobiernos no saben, ó no quieren premiar como se merecen los sacrificios de sus conciudadanos, y me dieron el insignificante destino de portero de la Aduana de Santander, y, no teniendo persona que les inspirase mayor confianza, me han nombrado guarda-almacén de este lazareto.»

Deseando cambiar de conversación le interrogué por un vaporcito que se hallaba cerca del muelle, y me dijo: «Usted sabe que está arriba el señor conde de Toreno con su familia. Mucho le disgustó la cuarentena que ignoraba, y en seguida mandó un telegrama al señor presidente, y D. Emilio, que es muy complaciente y sobre todo galante con las damas, ordenó que desde luego podían desembarcar en Santander, y al efecto ha llegado ese vaporcito.»

No cayó la noticia en saco roto, y dije para mis adentros: «¡Magnífico! lo que es otra noche toledana yo no la paso aquí.»

«Hecha la ley, puesta la trampa», dice el refrán. Y según un sabio pensador, las leyes son como las telarañas, en las que quedan presos los insectos pequeños y los grandes las rompen.

Teniendo presente estos preceptos, conspiré con el veterano guarda-almacén, y convinimos que al embarcarse el señor conde marcharía en el mismo vapor.

No se hizo esperar mucho aquel señor, que al poco tiempo bajaba con su familia, que por otro estilo pasó su noche toledana, y uniéndome á la aristocrática comitiva, entré en el vapor y desembarqué en Santander.

Antes me despedí de mi honrado protector alargándole la mano y diciéndole: «¡Adios! salud, y no perder tiempo, que de tejas abajo, todo el mundo vive de su trabajo.»

UN ACTO DE JUSTICIA

Á NUESTRA MARINA MERCANTE

Desde Pasajes.

«Sr. Director de *La Unión Vascongada*.

»Muy señor mío: Sin otro objeto que dejar en el lugar que les corresponde á amigos ausentes, le suplico aclare en la forma que mejor le parezca una apreciación errónea que sin duda se ha escapado al autor del bonito artículo titulado «Una histórica noche toledana», al decir que los vapores de ruedas que llevaban la correspondencia á Francia durante la última guerra civil, «iban dirigidos por capitanes que, á falta de muchos estudios náuticos, poseían gran práctica», etcétera.

»Efectivamente, eran buenos prácticos de estas costas los aludidos capitanes; pero le aseguro á usted que, como amigo y paisano de todos ellos, y aun condiscípulo de alguno en la brillante Escuela Náutica de Santurce, de la que fui modesto discípulo, que esos capitanes, que ganaron este título con teoría y práctica, poseían y poseen tantos conocimientos náuticos, cuando menos, como cualquier otro capitán de larga carrera trasatlántica, pues antes y después de mandar aquellos modestos, pero valientes vaporcitos, han dirigido

buques y vapores de más de 1.000 toneladas por ese país de *lo desconocido*, en que no hay más ruta trazada ni camino más corto que los que señalan los modernos conocimientos náuticos.

»Dándole gracias por su amabilidad, quedo de usted afectísimo s. s. q. b. s. m.,

JULIÁN DE SALAZAR.

»Pasajes, 27 de Julio de 1893.»

«San Sebastián, 29 de Julio de 1893.

»Sr. Director de *La Unión Vascongada*.

»Muy señor mío: Por el comunicado que inserta usted en el número 684 de su apreciable periódico, del Sr. D. Julián de Salazar, con motivo de mi artículo «Una histórica noche toledana», quedo enterado de lo que ignoraba; que los capitanes mercantes que hacían el servicio de correos en la última guerra civil tenían conocimientos náuticos teórico-prácticos como cualquier otro capitán de larga carrera trasatlántica para desempeñar cumplidamente su misión, lo que tengo mucho gusto en consignarlo para satisfacción del Sr. Salazar. Tratándose de este asunto se relaciona un comunicado que publiqué en 1875, que remito á usted, y por el que verá el Sr. Salazar tenía y tengo en grande estima al honrado cuerpo de capitanes mercantes, por los muchos é importantes servicios que han prestado siempre, habiendo sido motivo dicho comunicado para que mejorase el servicio, entregando la correspondencia al administrador de Correos de Santoña, lo que le valió á este señor aumento de sueldo, y la consiguiente ventaja general al público.

»Quedan cumplidos los deseos del Sr. Salazar, y dando á usted las gracias, me ofrezco su afectísimo y atento seguro servidor q. s. m. b.,

SIRO ALCAIN.»

«Madrid, 20 de Octubre de 1875.

»Sr. Director de la *La Iberia*.

»Muy señor mío: He dirigido al Sr. Director de *La Epoca* un comunicado cuya copia le adjunto, por ser de interés general, por si usted tiene á bien mandar se inserte en su apreciable periódico.

»Dándole las gracias, se ofrece de usted afectísimo seguro servidor q. s. m. b.

SIRO ALCAIN.»

«Sr. Director de *La Epoca*.

»Muy señor mío: En el número 8.389 de su apreciable periódico veo un suelto en que dice que el Sr. Director general de Comunicaciones ha hecho las gestiones oportunas para cuando no puedan salir de Socca los vapores correos que conducen la correspondencia, venga ésta por Dax á Lac, Canfranc, etc., por cuya via tardará cuatro días en llegar aquí de Paris, aunque yo creo que serán siete, si no llegan á ser más, porque el tren que sale de dicho punto traerá siempre la correspondencia para España directamente á San Juan de Luz; y si al llegar á este punto hubiese temporal que impida salir al vapor, en el tren del siguiente día tendría que retroceder á Bayona, Dax, etc., y hallándonos

luego en el rigor del invierno, será regular que queden impracticables los malísimos pasos de los Pirineos por Canfranc, que si ya no están obstruidos por la nieve, no tardarán en estarlo, todo lo que dificultará mucho esta combinación para el mejor servicio.

»No hay para qué recordar aquí la fama justamente adquirida por la marina mercante de la costa cantábrica, para la cual no hay nieblas, mal cariz, mar de fondo, tiempo borrascoso ni horizonte turbonado, pues en todos estos casos hemos visto zarpar á sus buques del puerto y embestir al mar con frente serena sus tripulantes; y solamente en circunstancias extraordinarias en que no es posible al hombre luchar con los elementos enfurecidos quedarán inactivos en los puertos, deseando con impaciencia el momento de calma para desplegar velas ó calentar calderas y hacerse al mar, donde encuentran vida, como el pez en el agua.

»Los capitanes y tripulantes de los vaporcitos que hacen el servicio de correos de Bilbao, Socoa y San Sebastián, pertenecen á este honroso gremio. Notables son las dificultades y peligros que con frecuencia encuentran para pasar la barra de Portugalete. Sin embargo, se pasa, y llega el correo con regularidad. Es preciso, pues, que el temporal sea deshecho para que dejen de cumplir su misión, habiéndose observado que saliendo de Socoa con malísimo tiempo, han hecho la travesía regularmente hasta el cabo de Machichaco, siendo las dificultades mayores de este punto á Santander, sea por las corrientes ó porque el vendaval azota con más furia, lo que les obliga á arribar á Santoña, en donde hemos visto el invierno pasado con frecuencia á estos vaporcitos con la correspondencia general á bordo dos y hasta tres días, con gran perjuicio público, porque los capitanes ó encargados de ella no estaban autorizados para entregarla al administrador de correos de dicho punto, ni éste para recibirla, ni tampoco cuenta con fondos bastantes la

caja de la administración para alquilar un ómnibus á Santander.

»Para evitar, pues, los grandes perjuicios que resultan de esa paralización que con frecuencia puede suceder en la época en que entramos, creo que el Sr. Director de Comunicaciones debe autorizar á los capitanes de los referidos vaporcitos para que, siempre que se vean obligados á arribar á Santoña, inmediatamente entreguen la correspondencia al administrador de correos de dicho punto, autorizando también á éste para que la reciba y la mande en seguida á Santander, pues en Santoña sobran ómnibus y carruajes de todas clases que en tres ó cuatro horas llegarían á su destino, y mejor todavía si el administrador de Santoña pudiera hacer el apartado del correo para Santander y Madrid, dejando éste en la estación de Boo para el primer tren ascendente, con lo que se ganarían en ocasiones veinticuatro horas.

»Como lo que digo es un beneficio público, supongo que no tendrá usted inconveniente en que se inserte en su apreciable periódico, y le da las gracias su atento servidor

q. s. m. b.,

SIRO ALCAIN.»

EL CECEN-ZUSCO

No hay fiesta notable que se celebre en San Sebastián que no sea coronada con el indispensable toro de fuego, ó sea *Cecen-Zusco*.

La historia antigua no nos dice nada de esta diversión ni de su origen; pero según refiere mi buen amigo Omar Celin Oasor en su libro *Azac eta naste*, es oriunda de la China, de donde la importaron los bravos marinos donostiarras, que en tiempos remotos hacían sus travesías al Celeste Imperio, donde se quemaba la pólvora en forma de caballos, gigantes, etc., puestos en movimiento. Gustóles sin duda la novedad, y la implantaron en la *cohsquera* tierra en forma de toro, hará próximamente dos siglos.

Sea como fuese el introductor ó inventor de la idea, bien merecía le hubiesen erigido una estatua por los ratos divertidos y alegres caídas y sustos que ha ocasionado el ejercicio de la favorita y peculiar diversión de los *erricoshemes*, que llama la atención de todo forastero por su originalidad y desconocimiento general. Recuerdo un día de Santa Cruz (14 de Setiembre) que se acostumbraba solemnizar con *Cecen-Zusco*, unos cuantos *costarras* que ignoraban esta clase de diversión; asustados al ver las primeras chispas y oír las detonaciones, echaron á correr despavoridos atropellando la gente por la calle del Puerto, no creyéndose seguros hasta coger en el muelle la lancha que les condujo.

La historia contemporánea tampoco nos dice quiénes fueron los primitivos fabricantes de toros de fuego; pero en nuestros primeros tiempos conocimos al famoso *Her-*

mosho, sucediéndole su hijo D. Justo, que felizmente reina y gobierna la fábrica de construcciones para honra del arte pirotécnico vascongado, perfeccionado con los adelantos y mejoras del día, sin que ocurra, como en otros tiempos, que era necesario fuera detrás del toro un ayudante prevenido de tizón, por si se apagaban los fuegos, lo que con frecuencia ocurría. Además de estos desperfectos, los antiguos *Cecen-zuscos* eran sencillos, sin más aditamento final que un enorme y atronador chupinazo ó tiro fenomenal, que resistía sobre sus hombros el hércules conductor, ayudado de otros hércules que para el momento grave se agarraban mutuamente, formando compacto grupo. Hoy, concluidos los artefactos que lleva el toro sobre su lomo, se coloca en un tablado especial y se queman diferentes fuegos más ó menos vistosos y de mayor ó menor efecto, según el precio convenido. El 15 de Agosto de cada año tampoco ha de faltar el toro de fuego; ese día del año de 1893, la concurrencia era extraordinaria, como no se recordaba haber conocido mayor por las fiestas anunciadas y realizadas, y relativamente grande también la animación en *Alderdi-eder* y demás paseos y contornos de la población. Concluidos los fuegos artificiales en el primer punto, costeados por el gran Casino, el clásico tamboril entonó el arrebatador *Iriyarena*, y el entusiasmo general llegó á su colmo, saliendo á un tiempo como novedad *dos Cecen-Zuscos* que causaron gran contento y alegría.

Pero, con razón se dice que tras de la bonanza viene la tempestad; al poco rato se desarrollaron los más tristes sucesos, que llenaron de amargura é indignación á los pacíficos habitantes. En la memoria de todos estará aquel funesto final de tan gratisísimo día, que no quisiera ni recordar, porque sólo quiero para mi querido pueblo paz, ventura y felicidad.

LOS PROGRESOS DE SAN SEBASTIÁN

II

Mi anterior artículo sobre este tema fué á fines del año 1893. De entonces acá, poco hay que añadir á lo ya referido; pero consignaremos con gusto lo que haya de más notable.

Pondremos en primer lugar la inauguración del ferrocarril de San Sebastián á Zarauz, después de tantos aplazamientos y demoras que nos hacían perder la esperanza de verlo realizado. Por fin llegó la tan deseada hora en Abril de este año, y vimos con agrado marchar el tren de gala hasta Zarauz; nada más que hasta Zarauz.

La empresa ha debido quedar satisfecha de la excelente acogida que tuvo aquel servicio, aumentando al poco tiempo hasta nueve trenes diarios de ida y otros tantos de vuelta, con más algunos extraordinarios en determinados días, y suponemos que también estará satisfecha de los resultados financieros, y todo esto podrá servirle de norma para sus cálculos el día que la línea esté terminada y unida en Elgoibar ó Malzaga para continuar directamente á Bilbao.

Para este laudable fin, con ansia esperado, sólo faltan unos 15 kilómetros que median de Zarauz á Deva, y que creíamos estarían próximos á terminar; pero desgraciadamente sabemos que no se trabaja en dicho trayecto. Increí-

ble parece que así suceda siendo, como serían, sin duda alguna, magníficos sus resultados; pero como no estamos en antecedentes, damos fin aquí á este párrafo.

Tenemos en perspectiva otro ferrocarril, llamado de cremallera, cuyo proyecto fué aprobado en Cortes y sancionado por la Reina este verano.

Al firmar S. M. el Real decreto dijo que se complacia mucho en ello, porque aquí estos proyectos suelen ser de verdad. Correspondiendo, pues, la fama á los hechos, es de esperar que tendremos un ferrocarril más, que partiendo de Ategorrieta vaya á la cumbre del monte de Ulía, de donde se divisan magníficas vistas á mar y tierra, descubriéndose la costa de Francia desde Biarritz hasta los bajos de Arcachón.

Urbanizado ya por otro decreto el barrio de Gros, procédese al derribo de casas, apertura de calles, avenidas y paseos, construyéndose preciosos hoteles y villas y el magnífico paseo en toda su extensión sobre el mar de la Zurriola, cambiando completamente el aspecto triste y feo de aquel barrio en risueño y pintoresco, que con el tiempo podrá ser el más bonito y predilecto de la población.

Con sentimiento general hállanse paralizadas hace tiempo las obras del nuevo templo de San Ignacio, y como ignoramos las causas de esta determinación, nos abstenemos de comentarios.

A la inversa, con pasmosa actividad vemos levantarse majestuoso el nuevo templo del Corazón de Jesús, ó sea del Buen Pastor, que hace pronosticar su término antes del plazo fijado, debido á la gestión del dignísimo arcipreste señor D. Martín Lorenzo de Urizar y á la acreditada é incansable actividad del contratista D. Benito Olasagasti.

Quisiéramos poder decir otro tanto de lo que falta para la completa apertura de la calle más larga del ensanche, que es la de San Martín, siendo el inconveniente el derribo de

dos casas viejas del barrio que resultan dentro de la línea de aquélla, y cuyo derribo acordó el Municipio á principio del presente año, de modo que pudiera continuar dicha gran calle (por de pronto) hasta la carretera de Hernani, frente á Sebastopol. Con tanto, creíamos poder contemplar este verano hasta el punto indicado la apertura de la gran vía que con gran urgencia reclama la opinión pública, pero ignoramos los inconvenientes que habrá habido para que no resultase así. Diremos de paso que antes de ahora nos llamó la atención la peregrina ocurrencia de cortar la continuación de la referida calle con una balconadura de hierro y rampa al lavadero de San Martín, cuando pudo haberse continuado aquélla con poco corte derecho á la calle de Easo y de aquí á la carretera de Hernani provisionalmente. El público en general no se fija en ciertos detalles, que no por eso dejan de tener gran importancia.

Debido á la munificencia del Sr. D. José Loidi, los pescadores y demás habitantes del muelle (barrio de la Jarana) tienen una preciosa capilla construída á expensas de dicho señor, toda de piedra sillar, con local para escuela del barrio, casa para el señor capellán y otras dependencias, con magnífico reloj en la esbelta torre, por cuanto se hace acreedor aquel señor á la pública gratitud.

Encuéntranse en la Academia de San Fernando para su aprobación los planos para la construcción de una plaza á espaldas del gran mercado, derribando algunas casas viejas y parte del antiguo murallón de la Zurriola.

Hállase á su término en la Zurriola el hermoso edificio que la sociedad Euskal-Batzarre construye para conciertos, funciones recreativas con exposición permanente de pinturas y demás objetos artísticos.

La edificación de casas particulares y *châlets* en las afueras sigue sin interrupción, siendo notabilísima la prontitud con que se edifica, admirando á muchos forasteros, que al

volver á San Sebastián después de nueve meses de ausencia, se encuentren con casas sólidamente construidas donde ni siquiera vieron abrir los cimientos al marcharse. A la vista están los materiales que se emplean; piedra sillar y mampostería, y es fama justamente adquirida que en ninguna otra población se construye más económicamente que aquí.

Hay que consignar como notables los edificios que construyen el Sr. Isasi, aislado á cuatro vientos frente al puente de madera en el paseo de los Fueros, y el Sr. D. Carlos Godó, en la Zurriola, edificios que salen de la construcción ordinaria y llaman la atención por su carácter especial.

Creíamos poder consignar en esta revista el final ó estado actual del nuevo puente á la estación del ferrocarril del Norte desde el gran paseo de los Fueros, cuyo proyecto se discutió tanto sobre si habia de ser de piedra ó de hierro, y con tanto entusiasmo, que parecía iban á principiár los trabajos con una ú otra materia, piedra ó hierro.

Esto me hace recordar aquella fábula de los dos conejos, que huyendo de sus perseguidores pusiéronse á disputar sobre si eran galgos ó podencos, siendo cogidos y muertos en la pendencia. Por cualquier circunstancia imprevista podria suceder que quedásemos incomunicados con el único puente útil para transportes, y en este caso los perjuicios serian incalculables.

La fábula es aplicable también á la traída de aguas, porque si la seqüía hubiera durado una temporada más, habria llegado el dia del gran conflicto. Lo sucedido puede servir de aviso, aunque llueve sobre mojado.

Desde fines de Septiembre último disfrutamos de uno de los mejores adelantos, que es el teléfono, pudiendo comunicarnos á viva voz con nuestros parientes y amigos de varias capitales de España.

Ha desaparecido el antiguo y feo edificio que sirvió para

hospital y misericordia en el barrio de San Martín, y con parte de sus materiales se ha construido una gran casa en la calle de San Bartolomé.

En la Casa-Ayuntamiento se han realizado algunas modificaciones que se reducen á suprimir el segundo cuerpo de escalera que conducia al salón llamado antiguamente del Consulado, formando en la capacidad ó bóveda de aquél un salón de sesiones. Es cuanto se ha ganado en terreno.

Con esta modificación se ha querido dar á la escalera un tinte de majestad que siempre le ha tenido, aun sin los mármoles y bronces que se han empleado para mayor lucimiento, resultando lo mismo ahora que antes, que las dimensiones del salón no corresponden á la majestad de la escalera.

En la época en que se construyó el edificio debió considerarse con justicia más que suficiente el gran salón, pero hoy resulta deficiente ó imposible de mayores dimensiones.

Poco es, pues, lo que se ha ganado, y aunque se me tache de anticuario diré que antes me parecía estaba mejor, y que si se buscaba más terreno para ensanchar las dependencias del Municipio, hubiera sido más útil y conveniente elevar otro cuerpo, en cuya amplitud, mayor que los pisos de abajo por el gran espesor que tienen las paredes de éstos, se hubieran podido colocar con comodidad las nuevas oficinas que se deseaban establecer, y si no eran suficientes, la solidez del edificio admite levantar otros pisos más.

En mi anterior revista pasóseme mencionar el establecimiento de Piscicultura y Acuarium del señor conde de Peracamps, edificado á espaldas del Casino, en el rompeolas de la Concha, sin resultados positivos.

Anúncianse nuevas obras y notables mejoras que aumentarán y embellecerán la población, y sin que yo ponga en duda que así se hará, porque San Sebastián adopta y realiza con exquisito gusto todo lo que se inventa y construye de más notable, voy á terminar refiriendo un caso que no es cuento.

A principios de este siglo había en San Sebastián un carpintero de hacha llamado Elola. Tenia éste sus ribetes de maestro de obras y se dedicaba á construir caseríos á su manera, por cierto bien original, sin plan ni concierto. Levantaba las cuatro paredes sin abrir huecos para las ventanas, y cuando iban los amos á ver la obra, preguntábanle: «¡Pero, hombre!, ¿dónde van á estar las ventanas?»; y contestaba muy tranquilo en su lengua, como hombre que descansa en la conciencia de su saber: *Berac eracutzicodu; palta equitenduten loquiyan au iriqui leyuac.* «Ello enseñará; allá donde hace falta se abren las ventanas.» Así digo yo por las notables mejoras en embrión: *Berac eracutzicodu.*

LOS SENTENCIADOS Á MUERTE

En la historia de Méjico, escrita en 1880 por D. Niceto de Zamacois, en el tomo XV, folio 425, su autor se ocupa extensamente del hecho que se verificó en las Salinas del Peñon Blanco el 26 de Junio de 1860 entre el general D. Jesús González Ortega y el que suscribe, administrador general que era en Méjico de D. Joaquín María Errazu, de Paris.

Agradezco al Sr. Zamacois la deferencia y consideraciones con que me trata en su referido capitulo, pero como en él noto algunas inexactitudes, creo conveniente aclararlas con el único fin de que impere la verdad.

El general Ortega se preciaba de ser amigo del que suscribe por sus estancias en la casa de Salinas.

Pernoctaba en ésta el 12 de Marzo con un cuerpo de ejército de unos 1.500 hombres; al amanecer del 13, los vigías que siempre tenía la casa en su azotea, diéronme parte que por la carretera, rumbo á San Luis Potosi, se veia gran grupo de gente que, por el brillo de las armas, debía ser tropa.

Le participó la noticia al general, causándole mucha sorpresa: subió á la azotea y se convenció de la verdad, teniendo su gente en el mayor descuido.

Precipitadamente dispuso la retirada, pero como el enemigo estaba ya encima, fué obligado á dar batalla no lejos de la casa, en el punto llamado Azogueros, en la que perdió la artillería, municiones, etc., dispersándosele la gente.

Tuvo varios muertos, y entre ellos un coronel llamado Sánchez Román, hermano político del general Ortega.

Considerando que aquella derrota podría convertirse en triunfo más ó menos tarde, dispuse que los empleados de la casa recogieran el cuerpo del coronel y se le hicieran las honras fúnebres de mi cuenta.

Efectivamente, rehízose Ortega, y á los tres meses de su derrota obtuvo un triunfo en el pueblo de Pinos, posesionándose de la capital del Estado, Zacatecas.

Pocos días después (23 de Junio) de este triunfo llegó á Salinas un cuerpo de caballería compuesto de unos 80 soldados. Manifestóme su jefe venia de orden del general Ortega á recoger el cuerpo de su hermano político ya mencionado.

Facilité medios de transporte y cuanto era necesario con el fin de quitarme pronto aquella carga, y al tercer día marchóse agradecido custodiando el cadáver.

Dos horas después de la salida regresó el jefe con su gente diciéndome haber recibido orden del general, que iba á pasar para San Luis Potosí y quedase á custodiar el camino.

Efectivamente, llegó el general á las doce del día 26 de Junio, hospedándose en un mesón del pueblo: fui á visitarle, manifestándole mi extrañeza de que no hubiese ido á casa, según acostumbraba. Contestóme que al regreso de su viaje tendría mucho gusto en pasar unos días en mi compañía.

A las cinco de la tarde se me presentó un ayudante del general Ortega diciéndome de orden de dicho señor que por sus ocupaciones no podía pasar á la casa, pero que sería gustoso en darme un abrazo de despedida y que pasase al mesón juntamente con mi dependiente D. Benito Rezusta (1).

(1) Había tal terror en las haciendas de campo al aproximarse fuerza armada política, que la mayoría de los administradores huían.

Fuimos allá, muy ajenos de lo que nos iba á suceder.

Hallábase el general en la sala del mesón rodeado de sus subalternos, y al entrar en aquélla, nos dijo: «Están ustedes presos.» Contestéle: «Mi general, deseo saber el motivo por el cual estamos presos.» El general: «Porque ustedes son la causa de la sangre que se derramó en la acción de Azogueros.»

Manifestéle que era una calumnia; que por temperamento, por mi carácter de extranjero, sujetándome á instrucciones de mi principal de no mezclarme en las cuestiones políticas que agitaban al país, observaba en todo la más estricta neutralidad, como era público y notorio, hallándome en la firme persuasión de que todos los empleados y dependientes á mis órdenes observaban la misma conducta.

El Sr. Ortega contestó: «Tengo pruebas suficientes de la culpabilidad de ustedes (1) y prepárense para ser pasados por las armas.»

—Si somos culpables, contesté, que se nos lleve ante un tribunal competente y yo responderé á los cargos que se nos hagan, persuadido que quedarán desvanecidas las imputaciones que tan injustamente se nos atribuyen.

—En virtud, dijo el general, de amplias y omnímodas facultades de que me hallo revestido, puedo proceder con entera libertad con arreglo á mi conciencia, sin responsabilidad ninguna; no hay tribunales para ustedes, repito, prepárense á ser pasados por las armas.

En seguida dispuso viniera el capellán y coche de la casa; entramos en él, y al obscurecer de la tarde emprendimos el calvario á paso lento, colocados 40 soldados de ca-

Calculó sin duda Ortega que yo haría lo mismo, y por si acaso, llamó también al Sr. Bezuata, contador-tesorero de la casa, que me representaba en mis ausencias.

(1) Pruebas que nunca fueron demostradas, porque no las había.

ballería á vanguardia y otros 40 de retaguardia. No bien anduvimos una media legua, el general mandó hacer alto; formó el cuadro para ser fusilados, colocándonos al frente con el capellán. La obscuridad y el silencio de la noche, turbado por el relincho ó impaciencia de los caballos; el blandir de las armas; las negras sombras de los soldados preparados, imprimian á aquel cuadro un aspecto terrorífico que sólo hacía pensar en la iniquidad de los hombres y en la justicia de Dios.

Bullía el general en conferencias con sus subalternos, y después de tenernos más de un cuarto de hora en aquella angustiosa situación, dijo: «No, más adelante; que suban los reos al coche.» Repitióse la misma escena otras dos veces, mandando á la última marcha al trote á la hacienda del Carro, distante unas ocho leguas de Salinas. Llegamos á las doce de la noche, y por previo aviso hallábase dispuesta la capilla.

Después de una hora de estancia en este sagrado lugar de resignación cristiana, fuimos llamados por el general, y nos dijo: «Conmovidó mi corazón con las lágrimas y súplicas de mis subalternos, queda conmutada la pena capital en una multa que pagarán ustedes de 60.000 duros; pueden ustedes retirarse.» A la mañana siguiente fuimos llamados por el general, quien me dijo: «Recordará usted en lo que quedamos ayer.» Sí, recuerdo; pero usted está persuadido de nuestra inocencia, ó injusto es castigarnos tan duramente.

—Pues mire usted, contestó; yo necesito dinero, y usted tiene que dármelo, y si no volveremos á las andadas.

—Me hubiera usted dicho de un principio y hubiéramos evitado todo, dije, y entramos en arreglos sin poder conseguir, á pesar de mi empeño, que rebajase de los 60.000 pesos fuertes más que 10.000, quedando, de consiguiente, en 50.000 pesos fuertes como anticipo reintegrable al Estado de Zacatecas, por no resultar culpabilidad contra nosotros,

como aparece en documento oficial del mismo Sr. Ortega, de 2 de Julio de 1860.

Recogió el general las letras que extendí por los 50.000 pesos fuertes y se despidió dándome abrazos, y diciéndome que era el amigo más querido que había tenido en su vida (1).

Hallábanse casi agotados los recursos con una generación de guerras civiles y extranjeras, viviendo los contendientes sobre aquel pobre país tan esquilado y aniquilado. Muy difícil era, pues, sacar de una vez cantidad tan respetable, y no es extraño que el general quedase satisfecho de su adquisición, porque dicha suma fué la base de la organización de sus nuevas tropas. Organizar un ejército en aquel país, donde constantemente sonaba la trompa guerrera, no era cuestión muy ardua; todos, ó la mayoría de los mejicanos, eran militares, ó al menos conocían prácticamente el uso de las armas para defensa propia, ó afiliados en alguno de los bandos contendientes; la clase de soldados sufridos, valientes y sobrios; mal vestidos y peor alimentados, se habían acostumbrado á servir lo mismo en uno que en otro partido, sea forzosa ó voluntariamente; pueden citarse casos de prisioneros hechos en una acción, incorporarlos á las filas contrarias y batirse con el mismo denuedo.

Había llegado por aquellos días (1.º de Junio de 1860) á Méjico nuestro embajador, el Sr. D. Joaquín Francisco Pacheco.

Llegaba precedido de gran fama como hombre de Estado y jurisconsulto: sus escritos servían de texto en las Universidades de Méjico. Hallábase la República agobiada por

(1) Como se ve de esta verídica relación, el autor y ejecutor de este drama fué el mismo general Ortega, y no, como dice el historiador Sr. Zamacois, un ayudante de aquel señor que mandó á Salinas para el efecto.

el peso de tantas desventuras, de tanta sangre derramada sin fruto y sin esperanza de ver el término de tantas desdichas.

En medio de aquella ansiedad, la llegada de nuestro renombrado embajador causó cierto presentimiento, cual si fuera el ángel mensajero de la paz.

Mejicanos de todos los matices políticos celebraban aquella con tanto entusiasmo, que á tres leguas de la capital salieron á recibirle más de 400 carruajes ocupados por autoridades y particulares, y más de 500 jóvenes de las principales familias á caballo; todo el camino fué una continua ovación, concluyendo con la entrada triunfal en la capital.

Estas noticias, una carta que recibí del Sr. Errazu en la que me anunciaba el nombramiento de su amigo el señor Pacheco, y que si algo ocurriese de particular podía dirigirme á dicho señor; y considerando lo sucedido bastante particular, me decidí á marchar á la capital.

Anduve más de 150 leguas á caballo y en diligencia; me robaron dos veces; llegué, me presenté al señor embajador y le referté el hecho.

S. E. me contestó: «Ahora no es tiempo de hacer ninguna reclamación; formule usted por escrito lo ocurrido, y cuando sea oportuno se reclamará.»

Así se hizo, y sigue el escrito todavía archivado en el Ministerio español, no estando en lo cierto el historiador Sr. Zamacois al afirmar que por reclamación del Sr. Pacheco, el presidente D. Benito Juárez ordenó el pago de los 50.000 duros.

Considerada terminada mi misión, regresé á casa.

En corroboración de lo que digo más arriba sobre organización de ejércitos, añadiré que al pasar por la carretera de Celaya á Guanajuato, nos encontramos con numerosas tropas al mando del general Ortega.

Al reconocermé éste en la diligencia vino á saludarme, y

al despedirme le recordé el pago de la consabida cantidad, lo que me ofreció verificarlo como deuda sagrada preferente.

Mandaba 9.000 hombres, y hacia cuarenta y un días que sucedió lo de Salinas.

Siete días después de este encuentro, hubo una acción reñidísima en Silao, entre las tropas de Miramón y Ortega (10 de Agosto), quedando éste triunfante y dueño de numerosa artillería y pertrechos de guerra.

Nombrado general en jefe, dió otra notable batalla al ejército de Miramón en Capulalpán, inmediaciones de Méjico, el 22 de Diciembre del mismo año de 1860, siendo sus consecuencias la huida de Miramón, derrotado, al extranjero; la entrada triunfal de Ortega en Méjico, el 23 del mismo mes, y 1.º de Enero de 1861 del presidente Juárez; el término de la misión de nuestro embajador Sr. Pacheco, que por perentorio mandato del Presidente tuvo que salir para España el 21 de Enero, después de siete y medio meses de estéril ejercicio.

El general Ortega, por sus hechos, llegó á adquirir gran influencia y prestigio, y como en tales casos sucede, era el niño mimado de la situación liberal.

Yo no quitaba el dedo del renglón, como vulgarmente se dice, y mandé un dependiente á la capital, bien recomendado, para ver si podía cobrarse lo que tan injustamente me sacó el general; pero todo fué inútil, pues nada se ha satisfecho todavía hasta hoy día, 8 de Marzo de 1893.

CURIOSIDADES
RELATIVAS Á SAN SEBASTIÁN
Y AL PAÍS VASCO

CRISTOPHER
COLUMBUS
AND HIS
DISCOVERIES

CURIOSIDADES RELATIVAS Á SAN SEBASTIÁN

Y AL PAÍS VASCO

EL PRÍNCIPE BISMARCK

EN SAN SEBASTIÁN

Carta escrita desde San Sebastián por el gran Canciller de hierro, Príncipe de Bismarck, á su esposa, en 1862, siendo embajador de Rusia, en un viaje que hizo de Biarritz á San Sebastián, comunicándola sus impresiones.

Estas impresiones fueron publicadas por el *Euskal-Erria* y traducidas al vascuence á ruego del actual (1895) embajador de Alemania en Madrid para que figurasen en la colección de escritos referentes á dicho Príncipe, y siendo la opinión de tan ilustre personaje, extraño al país, muy favorable á nuestro suelo y costumbres, como notable curiosidad pongo á continuación la carta, que dice así:

«San Sebastián, 1.^o de Agosto de 1862.

»El camino de Bayona á ésta es magnífico; á la izquierda los Pirineos, algo como Dent-du-Midi y Moleson, lo que llaman aquí «Pic» y «Port», con un panorama distinto de los Alpes; á la derecha, la mar, con orillas como cerca de Génova. El paso de Francia á España es sorprendente. En Behobia, último pueblo francés, puede uno creer que está á orillas del Loire, y en Fuenterrabia, en una calle pendiente,

de doce pies de ancho, cada ventana tiene su balcón y cortina, y en cada balcón hay muchachas de ojos negros y mantilla, belleza y gracia: en la plaza tamboriles y pitos y un centenar de mujeres bailando entre sí, viejas y jóvenes, mientras los hombres las miran fumando. Los alrededores son extraordinariamente hermosos: valles verdes y montes poblados, encima líneas fantásticas de obras de fortificación, una detrás de otra; bahías de la mar, con entradas estrechas, que como lagos de Salzburgo, rodeados de altas montañas, penetran muy adentro en el país. Desde mi ventana miro una de ellas (1), cerrada hacia la mar por una isla peñascosa con un marco de alturas con árboles y casas; á la derecha la ciudad y el puerto.

»A las diez me he bañado, y después del almuerzo subimos, ó mejor dicho, nos arrastramos por el calor á la Citadela (castillo) y quedamos sentados largo tiempo en un banco, mirando algunos centenares de pies debajo de nosotros, la mar á nuestro lado, una batería de pesada artillería con un centinela que canta. Este monte ó peñasco sería isla si no tuviera unión con la tierra por medio de un istmo bajo. Esta lengua de tierra separa dos bahías de la mar, y así se ve desde el castillo hacia el Norte el mar inmenso, hacia el Este y Oeste los dos golfos, parecidos á dos lagos de Suiza, y al Sur el istmo con la ciudad, y más allá, país adentro, montes que se pierden en el cielo. Desearía saber pintar para hacer para ti un cuadro de todo esto, y si tuviéramos quince años menos, vendríamos los dos á ésta.

»Mañana ó pasado volveré á Bayona y quedaré todavía algunos días en Biarritz, donde la playa no es tan hermosa como aquí, pero siempre más bonita de lo que yo pensaba, y se vive bien.

(1) Bismarck vivía en la fonda de Berdejo, que se hallaba en aquel tiempo en San Martín.

«De Berlín y París no sé una palabra, con gran contento mío. El sol me ha tostado, y con mucho gusto me hubiera quedado una hora en la mar; el agua me hace flotar como á un pedazo de madera, y su temperatura es lo bastante fresca para ser agradable.

»Uno se halla ya casi seco cuando llega á la caseta: me pongo mi sombrero y me paseo envuelto en una sábana; cincuenta pasos más allá se bañan las señoras. Cada país tiene sus costumbres...»

De Biarritz escribe Bismarck el 4 de Agosto, entre otras cosas:

«Anoche salí de San Sebastián para Bayona, donde he dormido. Ahora estoy sentado en una ventana de esquina del hotel Europa, con vista encantadora sobre el mar azul, que lleva sus espumosas olas por entre caprichosos arrecifes contra la peña del faro. Tengo el disgusto de que veo tantas bellezas sin ti. Si pudiera llevarte por el aire á mi lado, volvería en seguida contigo á San Sebastián. Imaginate las *Siete montañas*, con la peña del dragón puestas cerca de la mar; al lado el Ehrenbreitsin, y entre los dos entra un brazo de mar en el país, algo más ancho que el Rhin, y forma detrás de los montes una bahía redonda (la Concha). En ella se baña la gente en agua cristalina, tan pesada y salada, que uno flota y nada por sí sólo. Por el boquete de la peña se mira al mar, y volviendo la vista hacia tierra, se pierden altas sierras de azules montañas en el puro azul del cielo. Las mujeres de las clases baja y media son verdaderamente bonitas, muchas, hermosas; los hombres de pocas palabras. Faltan también las comodidades de la vida á que estamos acostumbrados. El calor no es aquí más fuerte que allí, y no me importa; al contrario, me encuentro perfectamente bien, á Dios gracias. Anteayer hubo una tempestad, una galerna tal como no he visto nada que se le parezca. Para subir á una escalera de cuatro escalones en el muelle (Cai-Arriba) tuve

que intentarlo tres veces antes de lograrlo; pedazos de tierra y de árboles pasaban por el aire arrancados del castillo. No pudiendo pensar que después de cuatro horas todo estaría tranquilo y alegre, abandoné el pasaje tomado en un buque velero para ir á Bayona, y lo he sentido mucho después. Tontamente me he privado así de un paseo delicioso por mar á lo largo de la costa, quedándome un día más en San Sebastián... Ayer he salido en diligencia bastante incómodamente, empaquetado entre graciosas españolas, con quienes no he podido hablar una palabra.»

SAN SEBASTIÁN Y LOS VASCONGADOS

JUZGADOS POR UN INGLÉS

El periódico *Modern Society*, que se publica en Londres, en su número 218, correspondiente al mes de Septiembre de 1895, dió á luz un artículo que, traducido, lo publicó *La Unión Vascongada*, y por el gran interés que tiene para nuestro país, y sobre todo para San Sebastián, lo coloco aquí con una composición en verso alusiva al efecto, de mi amigo *Omar-celin Oasor*, hallándonos conformes con la opinión del inglés, que para mayor prosperidad de nuestro querido pueblo es necesario hacer gran propaganda por todos los medios útiles para el caso, pues ya no estamos en aquellos tiempos pasados, en los que se decía que *el buen paño en el arca se vende*.

«Es inexplicable que sea tan poco visitado de los ingleses un punto veraniego tan á la moda como San Sebastián, que, en mi opinión, puede ventajosamente compararse con las mejores poblaciones de baños del Norte de Europa, tales como Ostende y Trouville. Agréguese á esto la baratura relativa de la estancia y la facilidad de hacer el viaje, que desde París es de diez y seis horas; y si se prefiere ir por mar desde Londres á Burdeos, nos encontramos á seis horas de ferrocarril de la capital donostiarra.

»En cuanto á baños, tiene San Sebastián una playa incomparable, la de la Concha; el establecimiento balneario es de lo más completo, y las corrientes y oleajes del Cantábrico no ofrecen en este punto ningún peligro inminente. Hay aquí cuantas comodidades pueda apetecer el más exigente y descontentadizo; y sólo esto bastaría, si ello fuera bien sabido en la nación británica, para que muchos veraneantes ingleses vinieran á este soleado país del Mediodía á admirar á la bella Easo en todo el brillante apogeo de su vida veraneante el mes de Agosto.

»El Casino es un segundo Monte-Carlo, después del de Sorriés; báilase aquí el cotillón, que ofrece á la vista un bellissimo espectáculo.

»Los aficionados al *sport* vasco pueden entregarse á sus anchas á su placer favorito.

»Los precios de hospedaje en los hoteles son desde diez á veinte pesetas diarias, y los de las casas de huéspedes desde cinco en adelante. Para pasar una temporada en San Sebastián lo más conveniente es alquilar una habitación cuyo precio varía entre 25 y 50 pesetas al mes, y comer en los *restaurants*.

»Cuenta la capital guipuzcoana con varios centros de distracción y recreo, tales como dos teatros, una plaza de toros y otros. Son muy frecuentes las excursiones por los alrededores, en extremo pintorescos. Cuando se construya por el hermoso paseo y muelle á la isla de Santa Clara el ferrocarril eléctrico, que enlazará con el llamado *Cantábrico* que va á Bilbao—ya casi terminado—, será San Sebastián un preciosísimo sitio de veraneo.

»A mi parecer, llegará la ciudad donostiarra á probar que, entre casi todas las poblaciones balnearias del continente, es la que más atractivos ofrece al forastero. La principal causa de que no afluya á San Sebastián tanta gente como en realidad debiera, es la apatía que generalmente caracteriza

á los españoles en punto á propaganda por medio de anuncios.

»Nunca en mi vida he visto anunciado este balneario en ninguno de nuestros periódicos ingleses. Muy agradablemente podría también pasarse aquí la temporada de invierno, porque el clima es aun más templado que el de Biarritz, y en esa época del año no es cara la estancia en los hoteles; el precio varía desde siete pesetas, y en las casas de huéspedes, como antes he dicho, es de cinco. Para familias es preferible alquilar un piso con muebles ó sin ellos; esto último costaría unas 40 pesetas al mes (1.12.0) en moneda inglesa), que al curso actual de los cambios vendría á ser algo menos, si se tiene en cuenta que en España se gana cinco chelines en cada libra esterlina, lo cual hace que sea éste un país que merece ser visitado con frecuencia, particularmente por aquellos que buscan economías. Por ejemplo: un billete de banco de 20 libras vale aquí 610 pesetas, lo cual ya es algo. No hay ninguna razón para que San Sebastián no llegue á ser algún día una estancia para invernar, como Biarritz y San Juan de Luz; sólo falta que las gentes se propongan realizarlo.

»Considero á los vascos como la raza más hermosa del globo; su honradez es proverbial é insuperable. ¿Quién que á fondo los conozca no siente hacia los vascongados gran simpatía y placer en vivir entre ellos?

»Para terminar, recomiendo á cuantos se propongan ir al extranjero que dediquen algún tiempo á visitar la capital guipuzcoana, siquiera sea como ensayo para que por sí mismos comprueben la verdad de mis afirmaciones. Y tengan en cuenta que el clima de este país en primavera es delicioso; no muy cálido en verano y análogo al de Biarritz en invierno.»

«Very Well.»

Very well, exclamo, sí,
que un inglés de buena cepa
porque el orbe entero sepa,
en el *Modern Society*,
con entusiasmo defiende
á esta encantadora Easo,
mostrando que para el caso
es más que Trouville y Ostende.

Y habla de la playa y casco
en pro de la población,
del Casino y cotillón,
de los toros y *sport* vasco.
Leyéndole yo me embobo,
pues en el cuadro que traza,
dice que es la euskara raza
la más hermosa del globo.

Completando su opinión
con la honradez proverbial,
que le causa, por ser tal,
calurosa admiración.

Les invita á sus paisanos
que dejando chilindrinas,
á gastar las esterlinas
vengan todos los veranos.

Esterlinas ó chelines
que ha tiempo hacían su agosto
para sidra ó negro mosto
en la calle de Esterlines.
Y aun para invernar les brinda
como clima apetecible
por frío poco sensible
tras de ser morada linda.

De un inglés tal interés
no se paga con dinero,
se cobra al inglés coshquero
y el coshquero es el inglés.

Al son del *Iriyarena*,
si viera un buey *calei-cale*,
sabría bien lo que vale
la ciudad que le enajena.

Y en caso que no le baste,
si más datos quiere dar,
que se compre un ejemplar
del... del... *Azak eta naste*.

ONAR CELIN

EL PAÍS VASCO

JUZGADO POR JOVELLANOS

A fines del siglo pasado escribió Jovellanos una interesante memoria sobre la policía de los espectáculos y diversiones públicas y su origen en España, época aquella de una degradación tal, que el honrado pueblo se hallaba indignado de la inmoralidad de la alta sociedad, motivo que sirvió al insigne Goya para satirizar con su incomparable lápiz á más de una dama.

Extractamos gustosos del folleto citado el juicio que le mereció nuestro país al ilustre Jovellanos:

«Cuando escribimos esta Memoria, no conocíamos el país vascongado, ni sus bailes dominicales; pero un viaje hecho por él en 1791, y repetido en 1797, nos proporcionó el gusto de observarlos, y nos confirmó más y más en lo que habíamos escrito acerca de las diversiones populares. Es ciertamente de admirar cuán bien se concilian en estos sencillos pasatiempos el orden y la decencia con la libertad, el contento, la alegría y la gresca que los anima. Allí es de ver un pueblo entero sin distinción de sexos ni edades, correr y saltar alegremente en pos del tamboril, asidos todos de las manos, y tan enteramente abandonados al esparcimiento y al placer, que fuera muy insensible quien los observase sin participar de su inocente alegría. Tanto basta para recomendar estas

fiestas públicas á los ojos de todo hombre sensible; pero el filósofo verá además en ellas el origen de aquel candor, franqueza y genial alegría que caracteriza al pueblo que los disfrutó; y aun también de la unión, de la fraternidad y del ardiente patriotismo que reina entre sus individuos. ¡Cuán fácil no fuera, con sólo extender tan sencillas instituciones, lograr los mismos inestimables bienes en otras provincias!

.....

.....

»También en esto se distingue el país vascongado. No hay pueblo considerable en él que no tenga su juego de pelota, grande, cómodo, gratuito y bien establecido y frecuentado; y así como juzgamos que los bailes públicos influyen en el carácter moral, hallamos también en ellos y en estos juegos la razón de la robustez, fuerza y agilidad de que están dotados aquellos naturales.»

CIUDAD FELIZ

Con este título escribe un artículo el Sr. D. Eusebio Blasco en el periódico *El Tiempo*, que dice así:

«En un notable trabajo estadístico presentado al Ayuntamiento de San Sebastián por el Sr. Usandizaga, médico municipal, encontramos datos sumamente curiosos.

»Es de los más interesantes el que se refiere á la salud pública, y que contrasta con la salud de Madrid. Verdad es que Madrid en esto contrasta con todas las grandes capitales del mundo, y no parece sino que á los madrileños les gusta morirse, dado el descuido con que la mortalidad se mira en la capital de España.

»En una población de treinta mil almas, como es la de San Sebastián, no han muerto en todo el año de 1894 más que «ochocientas noventa y siete personas»; y aun hay que observar que de esta cifra debemos descartar doscientos quince individuos, cuya edad estaba comprendida entre los sesenta y ochenta años; de «más de ochenta años» murieron cincuenta y cinco vecinos de esta ciudad.

»Pero no es esto lo que vamos á tratar hoy, por más que, aunque sea de paso, bueno es hacer constar que hay en la frontera franco-española una población que da tan poco que hacer á los enterradores, lo cual prueba que el clima es muy sano y las costumbres envidiables.

»Lo verdaderamente excepcional, y que no habrá ocurri-

do en ciudad alguna de España, es que en todo el año anterior no se ha registrado en San Sebastián *ni un solo homicidio.*

» ¡Ni un solo homicidio!

.....
» La carencia absoluta de crímenes en el año pasado pudiera ser objeto de un estudio especial muy favorable para la capital de Guipúzcoa.

» Si no vinieran á ella forasteros en verano, podría ser esta población verdaderamente modelo. Se nos dirá que esto sería, tal vez, funesto para una ciudad que vive de lo que en ella dejan en verano los que vienen de todas las demás provincias; se nos dirá también que estos son sueños de regionalistas, y que no se debe desear el aislamiento de una comarca. Es verdad. Pero no es menos cierto que lo que se va perdiendo de buenas costumbres en todo el país vascongado, se debe á la irrupción de gentes que en tres meses de residencia van socavando el fondo de dulzura y de tranquilidad de espíritu que aquí reinaba en absoluto, antes de que la moda y la facilidad de medios de locomoción hicieran de estas provincias, desde Julio á Octubre, un verdadero compuesto de madrileños, andaluces, riojanos, castellanos, franceses, alemanes, ingleses, que van variando poco á poco los gustos, usos y costumbres de esta tranquila tierra.

» Y aquí sucede casi lo mismo, en estas montañas vascas, y aun en sus ciudades. El respeto á la autoridad es mucho más verdad que en el resto de España, y la navaja, que antes no existía, apenas se usa. Lo malo es que haya sido importada; pero afortunadamente su uso pugna con las costumbres.

» Los alcaldes que, como el actual, tienen el culto de su país, suelen parecer tiránicos á los forasteros, cuando éstos comparan, en verano, las ordenanzas de policía de aquí con las de otras ciudades. Aquí no se trasnocha como no sea en

las casas de juego, las cuales no dependen, desgraciadamente, de la autoridad municipal; y la orden de cerrar los cafés á las doce en punto y las tabernas á las diez, contribuye poderosamente al buen orden de la ciudad y evita muchos delitos. Un pueblo que trasnocha es un pueblo vicioso. En París, con ser la ciudad de dos millones de habitantes, sólo quedan abiertos toda la noche cinco ó seis *restaurants* del Gran Boulevard, centro de reunión de tres ó cuatro docenas de viciosos de alto bordo.

»Lo más tarde que los cafés de importancia cierran es á la una y media. La frecuencia de los *ataques nocturnos* de París consiste en que, á partir de la una, se disminuye mucho el servicio de policía y de vigilancia, y apenas hay nadie por las calles. La población que es ordenada y trabajadora, se retira á sus hogares temprano. Los teatros que terminan la representación después de las doce, tienen que pagar 500 francos de multa.

»El alcalde de San Sebastián, como sus antecesores, ha hecho *costumbres* en la ciudad, que es casi mejor que hacer leyes, á pesar de que los madrileños protestan y quisieran pasar la noche en vela; aun en verano, á las doce, la población queda como muerta. No hay ocasión de perder horas en cosas inútiles, y quien quita la ocasión quita el peligro.

»La población obrera, el comercio, la industria donostiarra, son de natural sencillo y metódico, y hay en la vida privada de estos habitantes algo de aquella vida íntima de las ciudades alemanas. Comer á la una y media, cenar á las ocho ó las nueve, y á menos de pasar la velada en íntima reunión de amigos con una familiar partida de tresillo, acostarse á media noche. Quedan en casinos y garitos unas cien personas que se ganan unas á otras el dinero; pero la población, la verdadera población donostiarra, hace vida ordenada y tranquila. El clima es templado, las costumbres morigeradas, la vida tranquila en extremo, si se la compara

con el resto de España. Y en prueba de ello, ahí está la estadística con la inflexible lógica de los números. En todo un año no ha habido ningún homicidio. ¡Feliz la ciudad que puede presentar tal ejemplo, no solamente á España, sino á Europa!»

EUSEBIO BLASCO.

LA FIESTA DE SAN SEBASTIÁN

ANTAÑO

15 de Agosto de 1850.

Tanto era el entusiasmo de los donostiarras por la fiesta de la Virgen, que la diversión y bullicio de este día empezaban antes de amanecer. Grupos de aficionados esperaban en *Puerta de Tierra* la llegada de los toros, que más tarde eran lidiados por Montes en la plaza de la Constitución.

Hecho el encierro, disponíanse todos para asistir á los oficios divinos, porque entonces la parte más interesante de toda fiesta era la función religiosa, y á ella atendía con entusiasmo el vecindario enviando colgaduras, sillas y arañas á Santa María, tanto para la *Salve*, que con música del inolvidable Santesteban se cantaba la vispera, como para la Misa mayor. Asistía á ésta el Ayuntamiento, procesionalmente, presidido por el alcalde, vestido de golilla, sombrero redondo con plumas, chupa, ricos encajes en cuello y puños, capilla y calzón corto, llevando en la enguantada mano el delgadísimo junquillo, signo de su autoridad; precedida la corporación con el clásico tamboril, *clarineros* y alguaciles.

Ocupaban también importante lugar en las fiestas de entonces las diversiones marítimas, que el Ayuntamiento tenía el buen gusto de organizar, porque en ellas el donostiarra satisfacía sus aficiones, y el forastero que del interior

venía encontraba gran novedad y recreo, por ser cosas para él desconocidas. Con marineros de los mejores de la costa se disponían estos alardes náuticos, siendo el más agradable y útil, aparte de regatas, cucañas, etc., el que consistía en tender en la Concha una red de más de mil brazas, que se recogía al día siguiente con arrobas de pescados, que eran repartidos entre los pobres.

El Ayuntamiento celebraba lujosos bailes en sus salones y en los del consulado; la juventud de San Sebastián contribuía con entusiasmo á las fiestas, reuniéndose en sociedades como «La Filarmónica», que dejaba oír notabilísimos conciertos, organizaba corridas de toros sin idea de especulación, y arreglaba comparsas de jardineros y *espatadantzaris*, que bailaban la *escudanza* ó *carricadanza*.

Todo concluía por la noche con el tamboril en la plaza, *cecenzusco* ó toro de fuego é iluminación general de la ciudad.

ÁNGEL PIRALA.

OGAÑO

15 de Agosto de 1884.

Es el gran día de San Sebastián. La ciudad está de fiesta continua. Todo es en ella animación y alegría. Los trenes llegan repletos de viajeros. Las vecinas playas francesas y españolas quedan despobladas. Los balnearios de las cercanías ofrecen el tristísimo aspecto del invierno. La vida afluye á raudales por el puente de Santa Catalina. Surcan las azuladas é inquietas aguas del Cantábrico buques de diversas clases con el mismo rumbo. Las estelas tienen su

convergencia en la Concha. Las montañas repiten el estridente sonido de las sirenas que anuncian el feliz arribo. Los pasajeros saltan á tierra alborozados y contentos. En las boyas amarran esos galgos de mar que se llaman vapores y *yachts* de recreo. Las músicas recorren la población. Las campanas de Santa María llaman á los fieles á la solemnidad religiosa. Óyense notas producidas por la gaita y el tamboril, cuya eterna unión simboliza á las cuatro provincias hermanas.

Millares de personas discurren por las calles, siendo la Alameda la principal arteria de la población. Cuando el sol tiene en casi todas las provincias de España alientos de fuego que causan la asfixia, guarda para San Sebastián mimos y dulzuras, y envía luz á torrentes para que brillen más los esplendores de la fiesta de Nuestra Señora de la Asunción.

Al mediodía.

El paseo del Boulevard es la nota de color más hermosa que puede concebir la fantasía de mayores vuelos. La constituyen ojos azules como el cielo y negros como las penas más hondas; bocas llenas de gracia, en que se dibuja siempre la sonrisa; rostros que reflejan la placidez y felicidad de la juventud; diálogos vivos y apasionados que brotan del corazón con la ingenuidad y la vehemencia de los pocos años; elegancia sin igual y distinción soberana llevadas al derroche; alegría sin límites, luz cenital y raudales de armonías debidas al genio creador de los grandes maestros.

El cuadro es de primer orden. Venid á verlo, lectores míos, siempre que podáis.

Á las tres de la tarde.

El café de la Marina es el punto de reunión para ir á los toros.

La animación se desborda y llena el Bulevar y las calles que á él afluyen. He visto en Madrid millares de veces la confusión que reina en la calle de Alcalá en las tardes de corrida. He ido á los toros á la plaza de Sevilla, tierra clásica de la sal y de la gracia. En todas partes la fiesta nacional es la fiesta de la alegría. Pero en San Sebastián llega la animación al más alto grado, porque sólo hay en el año cuatro corridas, y el espectáculo se desea, y los franceses, que tanto nos critican, se vuelven locos por ver á Guerrita y á Mazzantini, los colosos del arte en estos tiempos.

Por delante de la Marina desfilan los carruajes. Es de rigor. Nadie va al circo taurino sin doblar la esquina de la calle de Garibay, donde centenares de parroquianos se apiñan en torno de los veladores.

Las muchachas asoman sus preciosas caras entre los finos encajes y los vistosos madroños de las clásicas mantillas.

Parece increíble que estando tan bonitas, renuncien luego con sobrada facilidad á esta nota de españolismo.

En todo el trayecto que conduce á la plaza ruedan los coches y predomina el ruido de cascabeles.

Ni el pelotarismo, ni juntas las fuerzas humanas acaban con la afición. Por las venas de los españoles circula sangre torera, lo mismo en Cádiz que en Madrid, lo mismo en Barcelona y Valencia, que en Santander y San Sebastián.

El circo taurino.

Ofrece conjunto abigarrado y muy vistoso. Las damas francesas presencian el espectáculo hasta en las barreras. Por eso tiene la plaza de San Sebastián especial fisonomía que la distingue de las demás.

El paseo de las cuadrillas produce siempre el delirio, y la suerte de varas, desmayos y accidentes que requieren el uso de sales. En los *calderones* de la gritería resuenan la gaita y el tamboril entonando la *Jota Navarra* ó algún zorricico.

Mazzantini se ejercita en la lengua de Molière dando gracias á nuestros vecinos, que le aplauden, y Guerrita oye piropos hasta en latín.

En las delanteras de gradas y en los palcos se ven caras lindísimas y atavios elegantes de mil matices. En conjunto parecen un festón de flores. El público, en general, revela mayor cultura que en otras plazas, aunque á veces las *brancas* son monumentales.

Por la noche.

Sigue la alegría enseñoreándose de San Sebastián. Por todas partes se oyen los acordes de bandas y orquestas. El Gran Casino está de gala y rebosa gente. Allí está el mundo elegante.

La fiesta no cabe en el suntuoso edificio y sale á la terraza.

En el Parque se aglomeran millares de personas para presenciar los fuegos artificiales y oír la música. El pueblo se divierte.

El Gran Casino es poderoso elemento de animación.

Cuando se entorna ó se cierra, parece que la ciudad está de duelo.

De sus torrecillas surgen y brotan focos eléctricos que parecen los ojos de un monstruo. A sus vivísimos destellos se ve una población entregada al placer y á la risa.

Así es á grandes rasgos San Sebastián el 15 de Agosto.

La Concha tiene su hermosa é irisada perla.

La perla es la ciudad.

B. AGUILAR.

PINCELADAS DEL VERANO

Encabezando con este título escribe el mes de Agosto de 1895 dos artículos el Sr. D. Enrique Sepúlveda y publica *La Voz de Guipúzcoa*, que dicen así:

«¡A los toros!

»Es curiosísimo ver el animado conjunto que ofrecen tantos miles de personas, y tantos centenares de coches, marchando al paso (que otra cosa es imposible) por el hermoso puente de piedra que atraviesa la ría, y sobre el que rompen alguna vez las olas, y no menos interesante contemplar al inmenso turbión cuando cruza bajo los arcos de otro puente de hierro de la vía férrea, mientras sobre los carriles llegan á toda velocidad los trenes que conducen á los franceses.

»Es, en San Sebastián, muy corta la distancia de la ciudad á la plaza, y el hormiguero humano llega pronto al fin de la jornada.

»Poco á poco van desapareciendo por los portones pintados de rojo las boinas encarnadas y azules, los rizos negros y rubios, la «capota» y la mantilla. Se pasa entonces por galerías oscuras donde se sitúan ambulantes puestos de bebidas, y poco después, de improviso, sin que haya tiempo para prepararse, se entra de lleno en el imperio de la claridad. La luz surge de todas partes; el aire agita con fuerza los gallardetes de vivos colores; en los *tendidos* aparecen mezclados la boina y el hongo, el sombrero de paja y la desnuda

cabeza; en los palcos, hace Venus oficio de acomodadora; en gradas y barreras se ven las caras de todos los hombres conocidos.

»Los ojos se recrean en la contemplación de colores tan distintos, de rostros bellísimos; y si un cutis lánguido, como las brumas del Cantábrico, parece fijar vuestra atención, la llama en seguida á otro lado el brillo de unos ojos, una nariz perfilada, un talle de avispa, cualquiera de los dones privilegiados de la mujer vascongada, que representa dignamente á su raza, con su tipo honesto, semi-glacial; de la mujer vascongada, hacendosa hasta la pulcritud y recatada hasta el desdén.

»ENRIQUE SEPÚLVEDA

»Agosto del 95.»

«¡La ciudad local Tal parece San Sebastián en su día magno y álgido: en su famoso 15 de Agosto.

»Desde el amanecer hasta muy vecida la madrugada, el *kaleidoscopio* de la linda población, como nunca «habitada», no cesa de girar ruidosa y frenéticamente; no cesan las músicas, ni los cohetes y *chupinazos*, ni el rodar de carruajes, ni los gritos de los vendedores, ni los «portazos» del mar, ni el tumulto de las multitudes compactas, ni las apreturas, ni la algarabía, en fin, estrepitosa, infernal y—¿por qué no decirlo?—insoportable.

»La *diana*, anunciadora de los toros, despierta al vecindario á poco de salir el sol; las campanas de los templos sueñan llamando á los fieles; la interesante y solemnisima fiesta religiosa en Santa María tienen que presenciirla muchos desde la calle; el Bulevar, de doce á una, es un verdadero «colmo» de hacinamiento humano; los caminos de la esta-

ción, cordones interminables de gente que llega y llega sin cesar; el frontón Arana se abarrota; en los cafés y *restaurants* come y bebe el público de pie; la plaza de toros se llena; al anochecer se repite el *hacinamiento* en la Zurriola; en seguida en la plaza de la Constitución para torear al *zezenusko*; más tarde en el parque del Casino, y, por último, en el Bulevar otra vez, haga bueno ó mal tiempo, para estrujarse sin compasión, para cantar con la banda municipal los *Aíres Españoles* y llegar al *delirium tremens* de la alegría, del estrépito, de la locura furiosa que ha invadido desde el alba, sin tregua ni alivio, ni decaimiento á la población, á la colonia veraniega y á la avalancha de forasteros... *eléctricos*, porque se van (como yo) el mismo día.

» Es un espectáculo original, abrumador, casi inverosímil. Todo el mundo está contento; todo el mundo «vive en la calle», y habla alto, ó canta, ó baila; todo el mundo mete ruido, y anda, anda sin descansar y sin cansarse, de aquí para allá, de una diversión ó otra; todo el mundo (entiéndase «todo San Sebastián») parece poseído del mismo vértigo. Es una especie de «marca viva», ó mejor dicho, de galernazo, que á su paso todo lo invade y arrolla y en todas partes «mete» el zumbido de su fragor de tormenta. Es un caprichoso revol-tijo de sexos y edades, de colores, de modas, de acentos y de idiomas, de ricos y de pobres. Es algo del *Grand Prix*, algo de los «centenarios» brillantes, algo de lo que debe ser Jauja, algo que fatiga y estimula, que atrae y repele, que marca y produce bienestar.

» Y así todo el día. Y allá, á las tres de la madrugada, aun tienen ruido las calles, aun hay «bullanga» en las fondas, aun se escuchan los pasos tardos, «de plomo» de los que ya no tienen otro remedio que sacar fuerzas de flaqueza para llegar junto al lecho y *derrumbarse* sobre él, acaso sin quitarse los vestidos.

» Y á la mañana siguiente, la reacción inevitable: las ca-

lles desiertas, los balcones cerrados, los carruajes en las cocheras, la ciudad dormida y «muda», la «casa de locos» con... *camisa de fuerza*, la galerna extinguida, la «marea» completamente baja, lejos, pero muy lejos de la playa, y, cosa rara, para... *no volver á subir*.

»ENRIQUE SEPÚLVEDA.

«San Sebastián, 1895.»

LA FIESTA DE SAN IGNACIO

EL AURRESKU.—UNA RAZA VARONIL.—LOS ANARQUISTAS.

El día último de Julio, en que la Iglesia celebra la fiesta de San Ignacio de Loyola, es consagrada en San Sebastián al culto de las antiguas costumbres.

La colonia veraniega no saldrá de sus sitios favoritos, el Bulevar y la Concha; pero el pueblo se va en masa á las orillas frondosas del Urumea, y allí parece que reviven los tiempos antiguos, surgiendo hermosa y venerable la patriarcal Vasconia.

Este año, el día era hermoso; el sol lucía espléndido, y se armonizaba con suavísimos tonos el verde primaveral de las montañas y el azul purísimo del cielo. La brisa fresca oreaba las sienes con dulzura de caricia; el aire sano penetraba en los pulmones, llevándolos beneficios de bálsamo, y el pecho se dilataba como gozoso de la vida, mientras se recreaba la vista en deleitoso paisaje formado por árboles frondosos, aguas como espejos, laderas floridas, casitas blancas, lo que tiene de más hermoso la naturaleza y lo más sencillo que construye el hombre para demostrar que con muy poco se puede asegurar la dicha cuando la ambición no domina y no se conocen los desmedidos anhelos de grandeza.

Se contemplarán pocos espectáculos más bellos que el que ofrecían los gaiteros de Estella al descender por las

faldas de Ametzagaña, seguidos de numeroso gentío que marchaba acompasado al son de los primitivos instrumentos, que dejaban oír esa música característica de este país, que tiene algo de plegaria religiosa y de himno guerrero; de canto sacerdotal y de expresión varonil y ferviente por una libertad que se ama con delirio, y por una tradición que se venera al igual de la religión que consuela, de la fe que anima y de la esperanza que alienta.

Recordaba aquel espectáculo hermoso cuadro del *Guillermo*, en que se desbordó, entusiasmada por la libertad arraigada en los patriarcales pueblos de Suiza, la inspiración de Rossini, y no cedía la realidad en belleza á lo que crea el arte, con ser éste tan sublime.

Descendieron tocadores y acompañantes por el camino de Uba hasta la orilla derecha del Urumea, y allí hicieron alto, enjugándose el sudor de las frentes, mostrando en placenteras sonrisas y cariñosos saludos su contento, y los cohetes subían al cielo como para darle cuenta de las alegrías de la tierra, mientras se apuraban entre risas y alborozo jarrros llenos de espumosa sidra, que esparcía el sano aroma de la manzana, que conforta y no aturde como el alcohol, que lleva llamaradas de faego al corazón y olas de sangre á la cabeza.

En una plataforma flotante, vistosamente adornada con ramaje, se colocaron los *espetadanzaris*, y al son que arrancaban de sus rústicos instrumentos los tamborileros de Villafranca, comenzó una de esas danzas graves, reposadas, que corresponden al canto de esta tierra, y que tienen compostura y señorío en los movimientos, alejando la idea de voluptuosidad que inspiran las danzas de los países meridionales.

Juegos de palos, platillos, cintas y arcos amenizaron este baile con ejercicios de agilidad y destreza, y después se organizó un *aurresku*, especie de minué, en el que el respe-

to á la mujer se lleva al extremo de no tocar su mano, sino coger la punta del pañuelo que ella tiende.

Al contemplar las danzas de estos varoniles hijos del Norte, con estatura de colosos y musculatura de Hércules, recordaba yo, por una extraña ley de contrastes, los tipos de anarquistas que había visto en Barcelona, y que eran la representación exacta de la decadencia física, albergando el extravío moral.

Por las venas de estos hijos del mar y de la montaña circula con regularidad la sangre roja, rica en elementos vigorosos; por las venas de aquellos extraviados, desertores del trabajo honrado, solo la linfa, que deja que predomine el sistema nervioso, excitado por las pasiones que engendra el odio. Los unos demuestran vigor, rebosan salud, y en su cabeza no anida una mala idea, correspondiendo lo que piensa y lo que siente al equilibrio de su temperamento. Los otros, pálidos, demacrados, con los ojos de brillo calenturiento, albergan en su pecho las serpientes de la envidia y los furoros de la venganza.

La mens sana in corpore sano; nunca se ha dicho mayor verdad, y si se ha de combatir con éxito el anarquismo, se ha de procurar que no continúe la decadencia de la especie humana, que es tan evidente en las capitales populosas y en los grandes centros fabriles.

Los que se preocupan en los graves y trascendentales problemas de la educación, desechan los antiguos y rutinarios procedimientos que cargaban la memoria con insoportable y á veces inútil peso de programas académicos, y quieren formar ante todo hombres útiles para la práctica de la vida.

No obtendrán los que tan cuerdamente piensan buen resultado, si al mismo tiempo que el hombre moral no forman el hombre físico, introduciendo reformas indispensables en las viviendas, en la alimentación, en las condiciones del tra-

bajo, en la vida toda de los que tienen que ganarse el pan en las fábricas y en los talleres.

La fiesta de San Ignacio, que había comenzado con un clásico partido de pelota al rebote, en que los españoles ganaron á los jugadores franceses que con ellos luchaban, terminó con bulliciosa caza de patos.

En el Circo cantó por la noche *couplets* la Guerrero, y en el Casino se bailó un cotillón.

¡Qué lejos parecía, al escuchar los picarescos *calembours* y al ver dar vueltas de vals, la tradicional fiesta vasca que había animado el día!

KASABAL.

San Sebastián, 2 de Agosto de 1891.

(De *La Voz de Guipúzcoa*.)

SAN SEBASTIÁN

De un libro que publica con este título el notable escritor Sr. Serrano Alcázar, extracta *La Voz de Guipúzcoa* lo siguiente:

«La especialidad de las tardes de toros en San Sebastián consiste en la venida de los franceses; esos franceses que en las plazas levantadas en París no podían ver sin desmayarse que se hiciera sangre á un toro. Estos galos limítrofes, por lo que se ve, son más valientes. Vienen trenes atestados de habitantes del país de las Landas, y por la carretera vecinos de San Juan de Luz y de Biarritz, en sus grandes landós, cada uno con tres caballos percherones inmensos y su cochero típico, alto, gordo, coloradote, moletudo, ejemplar auténtico del gabacho tal como nos lo describían en nuestra niñez, y con su extraño uniforme azul galoneado de plata y rematado por sombrero de copa apuntada de brillante cuero, que les hace parecer bomberos en día de fiesta. Ven la función y se vuelven á su país.

»San Sebastián bajo tal punto de vista es más grande en su carácter que en su recinto. Por sus calles pasa un ministro de la Corona, un embajador, un general, un obispo, y nadie lo nota ni pregunta cuándo han llegado; y como todos (salvo el obispo) van de americana y sombrero blanco, sean quienes fueren, y como diariamente llegan y se marchan altos funcionarios de todos los órdenes que cuando están en la población circulan sin distintivo entre los demás transeuntes, resulta que aquel que en otro punto es personaje, aquí es un ciudadano desconocido que no produce sensación de ninguna especie.

»¿Cabe existencia más grata?

»Así tenía que suceder en una población donde, en esta temporada, jóvenes apuestos y elegantes, pertenecientes á familias distinguidas, van por las calles de día y alguna vez por el Bulevar por la noche con boina y alpargatas de cara ancha. Nada de zapatos blancos, alpargatas. Me parece que es ir verdaderamente de incógnito y considerar que San Sebastián es todo playa. Pero, en fin, así mezclando lo uno y lo otro, hay horas para el salón, y en lo demás se vive como de campo en un oasis.

»En cambio, los domingos la salida de misa de once y media en Santa María ó del Corazón de Jesús, nada tiene que envidiar á la de las Calatravas, ó San José ó San Pascual, en Madrid, y es otro espectáculo que podemos disfrutar todos. Desde allí van á sentarse ó pasear por el Bulevar, donde los días festivos toca la banda municipal desde las doce hasta la una, y se ven así de día los que en el mismo sitio han de volver á verse á la noche.

»En los días de trabajo las tiendas son un recurso muy socorrido para las señoras de todas las clases, siempre aficionadas á ver novedades y á comprar lo que creen que necesitan. Hay tiendas ambulantes ó interinas que sólo subsisten durante la temporada de baños, generalmente francesas; pero donde se encuentra el signo del bienestar y de la riqueza de los habitantes de San Sebastián es en los comercios fijos, numerosos por todas las calles de la parte nueva, algunos de la importancia de los buenos de Madrid, y especialmente notables los de muebles y objetos de lujo. Los forasteros compran poco, fuera de algún capricho y cosa que no abulta, porque no hablan de venir á un punto de baños á aumentar baúles á su equipaje, y, por consiguiente, las existencias de géneros ó artículos que se ven son para el consumo ordinario de la ciudad.

»Los tipos populares que se presentan, singularmente en las jóvenes hijas del país, son simpáticos y finos, y por todos lados se ve formalidad, sencillez y compostura.

»Además, las autoridades vigilan, y con unos y otros elementos ocurre que al perderse una joya en un paseo y ser pregonadas, es frecuente que parezca (cosa inconcebible allá en nuestra villa y corte), porque aquí no solamente abona el éxito del pregón la bondad de los habitantes, sino que si viniese un malvado forastero con propósito de ejecutar fechorías, perdería el viaje, y como en las lindes de la población comienzan los caseríos que pueblan de gente honrada todo el territorio vascongado, resulta San Sebastián enclavado en un país donde no cabe en ninguna forma el bandolerismo.

»Mendigos pidiendo limosna, no se ven por ninguna parte.

»Y ¡cosa extraña! aquí no molesta el uso del vascuence á los que no lo entendemos, porque no sólo las personas cultas y educadas, sino el pueblo mismo de San Sebastián (no hablo de los vecinos del interior) habla más generalmente el castellano. Y digo que es cosa extraña, porque en Cataluña y Valencia, aun las personas acomodadas é instruidas hablan comúnmente valenciano ó catalán, aun delante de castellanos, llevando al extremo el espíritu regional, y eso que sus especialidades son meros dialectos de la lengua madre, y no tienen, como los vascongados, un idioma que ha quedado en este vasto rincón como monumento conmemorativo de la venida de una de nuestras razas aborígenes. Bien puede estimarse aquella costumbre de escasear el vascuence como buena muestra de cortesía de estos vascongados con sus huéspedes castellanos.»

EL GRAN CASINO

Desde que el Gran Casino existe se ha hablado de sus fiestas, se han descrito sus salones, se ha reproducido su cliché en periódicos, revistas y cosmoramas; pero no se ha dicho todavía toda la importancia que ese edificio representa para el veraneo donostiarra, ni se ha dedicado un estudio detenido y serio á exponer toda la utilidad que reporta á la población.

Es preciso salir de San Sebastián y oír á la gente extraña lo que de él dice y las ponderaciones que la inspira, para darse cuenta del renombre que da á la ciudad preferida por el mundo veraneante.

En los primeros años, no sólo sus bailes y sus conciertos corrían de boca en boca y de gacetilla en gacetilla: las tertulias de personajes políticos dieron nombre á algunos de sus salones: ver el Gran Casino, pisar sus salas y asistir á sus fiestas constituía una de las preocupaciones de todo veraneante.

Y desde entonces el Gran Casino constituye uno de los factores más importantes del veraneo en San Sebastián. No es sólo el centro de reunión y de diversión de las clases acomodadas. De sus fiestas disfruta todo el mundo: el rico y el pobre, el que puede y el que no puede tomar un abono para la temporada ó un billete para una sola noche.

Sus conciertos los saborea el pueblo todas las tardes y todas las noches que el tiempo lo permite; sus festivales de fuegos, iluminaciones y orfeones han sido al aire libre, donde todo el mundo ha podido disfrutarlos. No ha habido festejo popular en cuya organización hayan entrado más entidades que el Ayuntamiento, ni suscripciones públicas sin que se haya contado con el concurso del Gran Casino.

Y últimamente, favoreciendo aun más á la población y para ser accesible á todas las clases sociales, despojándose de todo carácter que pudiese aparentar irritantes privilegios, realizó su fusión con el Círculo Easonense, que fué abrir sus puertas á todo el mundo sin excepciones, sin más condición que la que exige toda correcta sociedad.

Así desde entonces en el Gran Casino caben en armónica confusión el modesto y el poderoso, el rico y el pobre, sin quebranto de su distinción y con un carácter de popularidad que hace al establecimiento más simpático y más indispensable.

En sus fiestas, siempre espléndidas, encuentra todo el mundo satisfacción á sus gustos. Por sus salas de fiestas han desfilado las mayores notabilidades. Artistas como Sarasate, Leo de Silka, Arbós, Albeniz, Larregla; actores como Coquelin, cantantes como Verger, Tabuyo, Aristi, y pronto la Nevada, orfeones como el de Bilbao, Biarritz, Bayona y Pamplona, orquestas notables que en sus conciertos han ejecutado las obras musicales más notables. Sus bailes tienen renombre universal; los ha dado en invierno tan favorecidos por todas las clases sociales de San Sebastián como el del último Carnaval; para los niños tiene también sus diversiones dos días á la semana y ha tenido dos fiestas de indeleble recuerdo, como el baile de Navidad, con su espléndido árbol de inagotables regalos y aquel precioso concurso de trajes del último martes de Carnaval.

Siempre para propios y extraños ha venido el Gran Ca-

sino á ser un elemento indispensable; pero sobre todo para el veraneo donostiarra es un poderoso atractivo, cuya influencia sería ingratitud desconocer.

Para comprender toda su importancia y toda su utilidad, hay que salir, repetimos, de San Sebastián y oír á los que en verano nos visitan, ó hay que pensar por un momento lo que sin el Gran Casino, sin sus fiestas públicas y la animación que producen, sería nuestra ciudad.

MONTE-URGULL.

(La Voz de Guipúzcoa. 1895.)

«LA VOZ DE GUIPÚZCOA»

Y EL SEÑOR CALEI-CALE

La gran circulación que ha llegado á tener este periódico proviene, á parte de sus ideas políticas, de su amenidad y confección con buenos materiales, y por el interés que se toma por cuanto se refiere á las mejoras y progresos de San Sebastián. En sus columnas se han publicado varios artículos de su colaborador el señor *Calei-Cale*, en los que expresa con gracia especial las antiguas costumbres de San Sebastián, y aunque no tengo el gusto de conocer á dicho señor, merece mi distinción y simpatía por su entusiasmo como buen *errico-sheme* á cuanto se refiere á nuestro querido pueblo, y, por tanto, pongo á continuación los siguientes artículos:

EL CAMPESINO GUIPUZCOANO

Uno de los tipos que caracterizan nuestro singular país es el campesino ó aldeano, el *pashano* guipuzcoano, hermoso ejemplar de la raza humana; honrado á carta cabal, aseado, laborioso como ninguno, vigoroso como un toro, poeta por intuición y casi *letrado* con ribetes de abogado.

Vedle labrar esta ingrata tierra á la que arranca sus po-

bres y escasos frutos á fuerza de trabajo, manteniéndose con frugalidad de castañas, maíz, leche y *pitarra*, base de su escasa alimentación, que sirve, no obstante, para vigorizar esta singular raza nuestra.

El campesino euskalduna rinde fervoroso culto al hogar, y allí la familia se ve constituida como en los primitivos tiempos, patriarcalmente, reservando para el anciano abuelo los mayores y más exquisitos cuidados y rodeándole todos, desde el jefe de la familia al *morroy*, del respeto más venerado y los más solícitos cariños.

Es hospitalario con todo el mundo y á nadie sabe cerrar la puerta de su casa cuando alguien llama á ella en demanda de auxilio; pero Dios os guarde, querido lector, de presentaros ante él, en cumplimiento de alguna misión, con un papel en la mano; porque entonces nuestro *pashano* sufre una transformación tal, que desaparece aquella placidez del hombre de bien para dar lugar á la desconfianza y el recelo más atroces y absurdos, demostrando con frecuentes frotos de la mano en la nuca, señal infalible de que el *baserritar* se ha puesto en guardia.

Llegado este caso, ya puede uno armarse de paciencia, porque si su misión es, por ejemplo, adquirir datos de la riqueza pecuaria para formar una estadística, el campesino tratará de poner la mayor suma de obstáculos para que el investigador no consiga su objeto, comenzando por olvidarse de su propio apellido ó dándolo desfigurado, disminuyendo el número de cabezas de ganado que posee y facilitando datos erróneos respecto al nombre del caserío y término municipal á que corresponde.

Y lo hacen con la mayor naturalidad del mundo, creyendo de buena fe que si facilitan lo que se les pide redundará en perjuicio de ellos y en bien de *lapur arrayua-oyek*...

No digo nada de la que se arma cuando el emisario ó agente investigador es *belarri-mocha*, porque entonces se

llaman andana, responden á todo con el sacramental *no entender, ser de caserío*; y de allí no les apea nadie, hasta que el agente, desesperado, toma las de Villadiego, y entonces se sonríe el casero, viendo que la treta le ha dado buen resultado, y murmura *sotto voce: ua Jaincuatekin, ua astuak arraputzera*.

Ha sido muy supersticioso y aun le queda algo de rancias preocupaciones, como observará el curioso lector si repara en los mechones de pelo que existen cerrando las agrietadas paredes del vetusto caserío y pregunta el objeto de este singular adorno ó embutido; con seguridad que le han de responder que los mechones se han colocado allí la noche de luna, para hacer desaparecer los dolores que sufrían sus dueños. Histórico.

Donde también es digno de estudio nuestro casero es en las ferias de ganados.

Comenzará por entrar en todas las tabernas del pueblo y escuchar, haciéndose el distraído, las conversaciones que tienen lugar á su intermediación, enterándose de esta manera de todo aquello que convenga á sus ulteriores propósitos, del precio que por la vaca tal ofrecieron en la feria de tal pueblo, de si ha aumentado ó disminuido el *rabe* de la misma, y de otros mil detalles que no escapan á la penetración del despierto *baserritar*.

Después de bien impuesto de las demandas y ofertas que hay en el mercado, se presentará en el lugar de la feria con su chaquetilla de torero al hombro y la *makilla* en la mano derecha, un cigarro puro en la boca y los ojos entornados á causa de la humareda que sus poderosos pulmones hacen despedir á la tagarnina, y se pondrá á sobar la ubre del pobre animal, después le tomará las medidas con la misma escrupulosidad que emplearía para hacerle un traje de cachemir, dará unas cuantas vueltas alrededor de la pacífica vaca, y agarrándose á uno de los cuernos fijará la vista en el sue-

lo entregándose á profundas cavilaciones; y por fin, levantando lentamente la cabeza y sin fijar la vista en el dueño del animal, comienza el ajuste con sus regateos, sutilezas, reproches, burlas y demás recursos á que acuden los ladinos campesinos, hasta que después de tres ó cuatro horas invertidas en este pugilato, logran entenderse.

Es digno de observación nuestro casero cuando trata de concertar el enlace de sus hijos con los del vecino. Reunidos ambos padres á la puerta del caserío, comienzan por sondearse mutuamente, mientras trazan en el suelo con estudiada indiferencia jeroglíficos, que así tienen que ver con el asunto que se debate como yo con el gran Mogol; pero es necesario llegar á conocer, empleando para ello la sutil diplomacia casera, los recursos con que cuenta cada uno de ellos, el *eskuarteko* de que pueden disponer y demás pormenores que estiman concernientes al caso.

Y á todo esto, es seguro que los novios que son objeto de los solícitos cuidados de sus amantes padres, tal vez no se hayan dirigido la palabra en la vida, ni abriguen los propósitos que les suponen los diligentes autores de sus días; pero las aficiones de feria asoman en seguida la punta, y nuestros caseros no pueden sustraerse á su constante manía de contratación.

CALEI-CALE.

* * *

KONTU ZARRAK

LA LLEGADA DEL CORREO ANTAÑO

Si no como acontecimiento, como verdadera novedad solía celebrar el pueblo denostiarra la llegada del correo.

Acostumbraba á llegar éste cada tres días, luego cada

dos y más tarde diariamente, si las nieves, la rotura de una rueda ú otro accidente de esta naturaleza no se lo impedía; y el vecindario de Iruchulo salía al encuentro de él, avanzando por la puerta de tierra, atravesando los dos puentes levadizos, trasponiendo el camino cubierto y haciendo alto en el glasis, sentándose en la mullida alfombra del verde césped que ofrecía el magnífico prado situado frente á la estacada, á esperar la aparición del ansiado correo.

Cuando se divisaba allá en lontananza la pesada diligencia, inmenso armatoste tirado por ocho caballerías, los curiosos poníanse en movimiento y se acercaban pausadamente á la puerta por donde habían salido, para gozar mejor de la soberbia entrada de aquel enorme vehiculo.

Allá en la Plaza Vieja, aguardaba otro grupo aun más numeroso de curiosos y se poblaban los balcones de gente ansiosa de presenciarse la llegada del *sud-exprés* de aquel tiempo, cuyo alegre ruido de cascabeles se escuchaba á través de la puerta. Y en verdad que bien merecía el espectáculo la molestia que se tomaban los vecinos al dejar sus quehaceres para él.

Resonaban con estrépito infernal en la abovedada muralla los cascos de las caballerías pisando con fuerza sobre el empedrado suelo, acompañados del sonoro ruido de los cascabeles y los fustazos del mayoral, y aparecía, en primer término, el postillón, montado sobre el primer caballo de la derecha, manejando con pasmosa habilidad su corto látigo, del que hacía salir continuos y repetidos chasquidos; seguían las caballerías restantes y aparecía el pesado armatoste, la diligencia, llevando allí en la parte más elevada y sentado en su trono, al mayoral, verdadero Júpiter tonante, dueño y señor de los viajeros que habían confiado su vida á la reconocida pericia de este automedonte.

Entre chasquidos, ruido de cascabeles, gritos del postillón y mayoral, animando al ganado con exclamaciones de

¡generalat!, *¡brigadierat!*, *¡coronela!* — porque estos nombres eran de ritual en aquel tiempo—, atravesaba la diligencia la Plaza Vieja, calle de San Jerónimo y Trinidad, entraba en la de Narrica, parando en el número 29 de la misma, donde se hallaba instalado el correo, según puede atestiguar aún el buzón tapiado que conserva dicha casa.

Después de dejar en la administración la valija del correo, soltaban el cansado ganado, enganchábase el nuevo tiro, y el pesado armatoste volvía á ponerse en marcha para Bayona, con el estrépito consiguiente, haciendo que los vecinos de las calles del tránsito se asomasen á tiendas y balcones para presenciar el paso de la monumental diligencia.

El veterano Somosierra, muy conocido en nuestra ciudad, era uno de los postillones que hacía entonces este servicio, y el que con más garbo y lucimiento montaba en el diminuto sillín que le servía de asiento.

Era tan penoso este trabajo, que el Gobierno reconocía á los postillones derechos pasivos como empleados en correos, y, además, sus hijos estaban exentos del servicio militar, siempre que ejercieran esta profesión durante cierto número de años. Y bien acreedores de estas recompensas eran los que tenían que mantenerse día y noche á caballo, haciendo travesías larguísimas, sin descanso alguno y descabezando á caballo alguno que otro sueño peligroso del que pudieran despertar en la eternidad.

El desgraciado manco Gordon prestaba también sus servicios en una de las empresas que se dedicaban á la conducción de viajeros y correspondencia, cuando aún no había sucedido el fatal accidente que le privó de un brazo, ni deseaba á la humanidad un *Vesubio universal*.

El tacto que necesitaban los mayoresales de entonces para guiar el ganado por las tortuosas carreteras de Castilla y salvar las dificultades que ofrecen el empinado alto de Des-

carga y otros muchos pasos tan peligrosos como éste, es imponderable.

Cuando uno recuerda aquellas moles inmensas con cupé, berlina y asiento general y la altísima *vaca* que producía vértigos, es preciso reconocer que se necesitaba estar dotado de un valor á toda prueba, ó tener desprecio á la muerte para aventurarse á realizar un viaje en estas condiciones y arrostrar los innumerables peligros de que se hallaba erizado.

Sólo así se comprende que viajasen únicamente aquellas personas que por imperiosa necesidad de sus negocios ó por recuperar la salud perdida se veían en la absoluta precisión de emprender viajes tan largos, tan malos, tan costosos, que bastaba realizarlos una vez para aborrecerlos siempre.

CALEI-CALE.

* * *

POSICIONES QUE OCUPABAN

LAS FORTIFICACIONES DE SAN SEBASTIÁN

Para dar una ligera idea de la situación que ocupaban las fortificaciones de aquel tiempo, voy á indicar algunos detalles que pongan al lector en condiciones de poder apreciar las radicales transformaciones que desde el año 1863 ha sufrido nuestro pueblo.

El *Cubo Imperial*, terminando á guisa de agudo tajamar, introducía la proa por la actual calle de Garibay, inclinándose en su dirección hacia el lado donde se encuentra el Café de la Marina.

El *baluarte de San Felipe* avanzaba por en medio de la calle de Legazpi, y el *Cubo de Amezqueta* ocupaba en par-

te el mismo lugar donde se hallaba situado el edificio en el que ensaya actualmente la banda municipal.

¿Quién se figuraría hoy que el cuerpo de guardia avanzado que había después del camino cubierto que conducía á la estacada ó prado, pero antes de llegar al pasco de Santa Catalina, ocupaba el trecho que hoy existe entre la casa número 8 de la Plaza de Guipúzcoa y el enverjado que rodea el jardín?

La parte del paseo conocida por *El Triángulo* atravesaba por el centro de la manzana de casas comprendida entre las calles de Idiaquez y Oquendo, y llegaba hasta la mitad de la que sigue á aquélla, entre las calles de Oquendo y Santa Catalina.

La marea alcanzaba por la parte de San Martín hasta la calle de Urbieta y seguía lamiendo los terrenos que hoy ocupa el mercado llamado de San Martín, pasaba por la calle de San Marcial, atravesaba la de Fuenterrabía y entraba de lleno en la Avenida por la calle de Guetaria, para dirigirse al grupo de casitas existentes en Santa Catalina, después de bañar las manzanas comprendidas entre las calles de Vergara, Echaide y el paseo de los Fueros.

La carretera de Francia pasaba en línea recta por el centro de las manzanas comprendidas entre las calles de Miramar, Hernani, Garibay, Churruca é Idiaquez, derivando la dirección en este último punto para dirigirse al puente viejo de madera, atravesando oblicuamente la manzana que existe entre las calles de Oquendo y Santa Catalina.

El primitivo muro de la Zurriola cogía dentro de su recinto las dos terceras partes próximamente de la manzana de casas comprendida entre las calles de Elcano y Legazpi, y algo más de la mitad de la que se halla situada entre la plaza de Guipúzcoa y la calle de Oquendo. Es decir, que la tercera parte de las casas que comprende la manzana donde se halla el establecimiento del Sr. Ayani, toda la manzana

de la que forma parte el Café de la Alameda, y algo más de la mitad de la en se halla situado el Café del Norte, eran bañadas por el agua, y el mar barría estos lugares, rebasando en sus furiosos el muro que servía de límite al concurrido paseo de Santa Catalina.

He aquí una ligera idea de lo que era San Sebastián antes del derribo de las murallas.

CALEI-CALE.

20 de Enero de 1888.

LA VIDA EN SAN SEBASTIÁN

El verano, en poblaciones como San Sebastián, debe de ser para veranear; no sólo para respirar las frescas brisas sin salir de la población, sino para aprovechar los beneficios con que nos brinda la Naturaleza, poniéndonos con ella en contacto todo lo más que podamos.

Fuera de España, la cosa varía. En Suiza organizanse todos los veranos caravanas de excursionistas que recorren á pie aquel país delicioso, aunque no más que el nuestro. En Alemania y en Francia, la costumbre de organizar caravanas escolares se ha propagado extraordinariamente.

Entre los bañistas y no bañistas que visitan San Sebastián, figuran en primer término personas realmente ricas, para quienes el dinero vale menos que para el resto de los mortales; que pagan todo al precio que se les pide, sin regatear nada, que viven con lujo, exhibiendo ricos trajes, gastando el oro y la plata á manos llenas en los casinos y en las tiendas.

Este grupo de forasteros da el tono en la playa y lleva la batuta en todo. Detrás marchan, con más ó menos esfuerzo, las demás clases sociales, procurando todo el mundo gastar lo más alegremente posible el dinero de que disponen y generalmente un poco más. Los espíritus fuertes que gastan lo que tienen y un poco menos, si es posible, son raros, muy raros en todas partes en San Sebastián, donde el bolsi-

llo recibe á cada instante tantas y tan halagüeñas solicitudes, donde las tentaciones son tales y tan incitantes, rarísimos.

Los grandes encantos de San Sebastián en particular, y de Guipúzcoa en general, son sus montañas, caprichosamente recortadas; su vegetación exuberante y espléndida; sus ríos pintorescos; su templado clima y su mar admirable, y esto, que es lo mejor, es también lo que nada cuesta, lo que está á disposición de las medianas y pequeñas fortunas, y lo que sólo el tonto desprecia.

Las principales bellezas y atractivos de nuestro país pasan para ellos desapercibidos. No son el Gran Casino, ni el teatro, ni los edificios lujosos ni elegantes, no; son la Concha, el monte Urgull, la vega del Urumea, las excursiones á los pueblos vecinos, á los sitios pintorescos de los alrededores, á Pasajes, á Rentería, á Usurbil, á Igueldo, á Hernani, lo que no cuesta ó casi no cuesta dinero. Para esto precisamente es el verano. Lo demás es un puro lujo, y aquí y en todas partes el lujo es para los ricos, y el que no pertenece á esa afortunada categoría, debe ingeniarse en sacar de su posición social el mejor fruto posible sin hacer esfuerzos inútiles, y sobre inútiles ridículos, para ascender á cumbres de donde se suele rodar con estrépito cuando no llega á ellas con paso muy seguro.

(*La Vox de Guipúzcoa*.—Julio de 1895.)

PUEBLO MODELO

Amigo Castell: Lo sucedido en la tarde de ayer en la Plaza de Toros habla muy alto en favor de este pueblo vascongado. Hemos visto un público sensato, correcto, sabiendo reconocer la diferencia que hay entre *niñas* de quince años y toreros de *veras*, perdonando sus inexperiencias y sus torpezas á las toreritas, aplaudiéndolas cuando hacían más de lo que podían, perdonándoles sus errores; en una palabra, una población á la vez culta y alegre, sin malicia, sin ferocidad, sin prevenciones ni animosidades, contrastando con el resto de España. Y esto, para un regionalista como yo, es de grandísima importancia. De todo lo ocurrido en la tarde de ayer, lo más notable es la actitud del público, de ese que va á divertirse y á bailar la jota, y toma las cosas como vienen, y *distingue*, cosa que no sucedería ni en Madrid, ni en Sevilla, ni en ninguna otra provincia de España.

Pueblo sano, sencillo, cortés, bien preparado para todo; este es el pueblo de San Sebastián, capital de una región modelo. Permítanme ustedes que lo haga constar, yo, que he recorrido toda Europa y únicamente en Suiza y en Francia he visto naturalezas tan francas y carácter tan bondadoso.

Suyo afectísimo amigo y compañero,

EUSEBIO BLASCO.

EL TAMBORIL

Si, el tamboril; esa caja cilíndrica de madera, cerrada por dos membranas orgánicas que son golpeadas por un palillo. El tamboril, que es una institución en las provincias Vascongadas, que forma la salsa de sus juegos, el encanto de sus romerías, la alegría de sus tardes de días festivos bajo los castaños.

¿Sabéis quién echa verdaderamente de menos el tamboril? Pues no son esos vascos que viven sobre el suelo en que nacieron; son los otros vascos, los que un día dejaron los acantilados de la costa cantábrica y navegaron hacia el sitio por donde el sol se pone.

En los umbrosos cafetales cubanos, en las interminables pampas argentinas, lejos, muy lejos de Euskal-Erria, en Montevideo, en Buenos Aires, en toda la América del Sur—porque á toda ella llevan los éuskaros su genio activo y su sangre generosa—veréis los hijos de Vasconia que se acuerdan del tamboril.

Una tarde—era la última de la romería—estábamos bailando el *aurreku* en la *campa*.

Desde allí se dominaba el Cantábrico, que tantos barcos se ha tragado; los montes, la ría, á la que iban volviendo las traineras unas tras otras como gaviotas cansadas; la bruma azulada que bajaba desde los picos y cubría la hondonada del valle en que está aquel blanco camposanto... ¿Te

acuerdas?... Donde reposa el niño rubio, esperanza nuestra de un año, tristeza de muchos años después de aquel día lluvioso en que lo llevaron á enterrar... Entonces eras tú mi novia. ¡Qué hermosa estabas con tus negrísimas trenzas sacudiendo tu espalda, con aquellos rosados colores de la juventud en el rostro! ¡Qué graciosamente se movía tu cuerpo de veinte años al compás vivo y alegre del *ariñ, ariñ*, mientras yo buscaba á mi madre entre las viejas, como para decirle con los ojos:

—Mira, vieja mía, mira la que será madre de tus nietos.

Y esto, que repite á menudo el vasco en la solitaria choza de las Pampas, acude á su memoria acompañado indefectiblemente del golpe del tamboril y las agudas notas de la gaita. Y este instrumento, tan sencillo en construcción como en armonías, ha sido el compañero de muchos días de ventura, de lejanos momentos de placer... ¿Por qué se recuerdan tan intensamente las perdidas alegrías, más, mucho más que los pasados dolores?

La alegría, como el dolor, dejan huella, y, sin embargo, por una inexplicable condición del hombre, el placer se recuerda, el dolor pocas veces.

Para el vasco que vive lejos de la patria, todo tiene valor. El tamboril le anunciaba todas las mañanas el baile de la tarde.

El sol entraba por la rendija de la ventana, curioseaba por la obscura alcoba, y desde el punto de entrada hasta el suelo, formaba una raya estrecha é impalpable de polvo de oro.

Parecía que un gnomo del baile forzaba la ventana y saltaba alegre y atrevido bajando por el rayo luminoso como para decir al dormido mozo:

—¡Vamos, que es tarde!

Y el mozo despertaba sacudiendo la pereza, y oía al tamborilero que pasaba por debajo de la ventana golpeando ale-

gremiento el parche con el palillo, y soplando en la gaita un pasacalle sencillo y primitivo.

Es de rigor el arreglo exquisito de la persona. En la campa estarán las muchachas, el médico, el cura, el alcalde, el boticario, y, lo que es más interesante, la novia.

Hay que ir con la boina limpia, hasta el punto de que ofenda á la vista el color encarnado vivo de que está teñida; limpios los calzones de pana parda, y limpia y planchada la chaqueta de algodón rayada de azul.

Todos los vascos que lean esto, saben lo que pasa luego.

A las cuatro, cuando el sol va perdiendo su fuerza, van llegando á la campa los jóvenes, impacientes por empezar el baile, y más tarde los viejos con el señor alcalde, que clava la vara en el suelo y allí la deja representando la autoridad.

El tamborilero asoma por debajo de los nogales tocando el pasacalle, llega á la campa y termina la tocata con una nota prolongada, empezando la fiesta con el tradicional *avresku*, que bailan con verdadera igualdad el que gasta chacheta y el que viste levita, sin que la fiesta se interrumpa por altercado ni disputa.

Y la ría va bajando sus aguas hacia el mar, mirando al pasar aquel cuadro, y el sol toca la cima de Amézuri, pesoso de dejar aquéllo, mientras sigue sonando el tamboril bajo la arboleda y van llegando del valle las sombras, y con las sombras el descanso.

CHOMÍN ALGORTA.

LOS TAMBORILEROS

Los tamborileros constituyen en el país vascongado una verdadera institución. No hay un solo pueblo, por pequeño que sea, que no cuente con uno siquiera de estos modestos artistas, regocijo del vecindario y testigo indispensable de todas sus fiestas.

Él lleva con la mayor escurpulosidad el santoral á todos completo del calendario, y obsequia á los vecinos pudientes con su alborada el día de su titular ó de cumpleaños; él es el precursor indispensable de todos los acontecimientos solemnes, el héroe de cada domingo y el protagonista de toda romería; el *factotum* de las bodas y jolgorios de todo género; él asiste á las procesiones religiosas, en las que ejecuta invariablemente la hermosa marcha de San Ignacio, alternando con algún tradicional *contrapás*; él dirige, siempre con el mayor regocijo, el clásico y majestuoso *aurresku*, gozando al ver los apuros de alguno de los bailarines cuando le ocurre tocar el *azeridantza*; interpreta con la mayor fruición en su sencillo instrumento el *Guernicaco arbola* y otros aires antiguos, alcanzando en más de una ocasión los aplausos de sus oyentes, y es, en fin, el conservador y propagador de nuestra música popular.

Raro es el pueblo del país vascongado, por insignificante que sea, en cuyos presupuestos municipales no aparezca

consignada la humilde asignación señalada á este modesto *funcionario público*.

La localidad más pobre cuenta con un tamborilero, sostenido de fondos municipales: la mayor parte de los pueblos mantienen dos á sus expensas, y en algunos, los de mayor importancia, su número asciende á tres: el tamborilero mayor, el segundo y el tambor, este último, encargado á la vez de las funciones de pregonero.

El traje característico de estos modestos artistas consiste, por lo general, en chaqueta negra y boina oscura, esta última sustituida habitualmente en los días de fiesta por el sombrero de copa alta, ó cuando menos de media copa. En algunas localidades, como San Sebastián y Tolosa, por ejemplo, los tamborileros visten todavía á la antigua usanza los días de gala, con calzón corto, media blanca, zapato bajo con hebilla de plata, chaleco encarnado ó azul oscuro con botonadura de plata, frac de este último color, y tricornio.

J. MANTEROLA.

LAS RECADISTAS

Pocos son los países en donde las comunicaciones entre los diversos pueblos sean tan frecuentes como en la tierra éuskara.

Allí donde no llega la arrogante locomotora con su blanco penacho de humo, orgullosa de su fuerza impulsiva, numerosos coches y vehículos de todas clases, desde la relativamente antigua *diligencia* hasta la moderna *cesta* ó la aristocrática *berlina*, atraviesan diariamente en todas direcciones la soberbia red de carreteras vascongadas, motivo de justo orgullo y honrosa patente de la bondad de la administración peculiar de esta región de la península.

A la larga, aunque muy paulatinamente, el tiempo, como consecuencia necesaria del incesante movimiento, lo cambia y modifica todo; pero ni la majestuosa locomotora con su largo séquito de férreos vagones, ni los coches de diversas formas y tamaños, han logrado desterrar todavía de entre nosotros la pausada y pintoresca galera, el pesado carro de bueyes, la ligera carretilla, ni aun el tradicional y manso *borrico de la recadista*, cual si en esto, como en todo, quisiera el país vasco ofrecer perfectamente hermanados la tradición con sus recuerdos y el progreso con sus simultáneas evoluciones y adelantos.

Sí, todavía vive entre nosotros la antigua *recadista* que, sin más caudal que el necesario para la adquisición de su

humilde *borriquito* y unos *cuartos* para comenzar su tráfico, encuentra, á pesar de todas las competencias que diariamente le suscita el progreso, su honrada, aunque pobre subsistencia, viviendo en dos pueblos á la vez y en ninguno, en continuo movimiento, comiendo en un lado y durmiendo en otro, sirviendo de intermediaria al humilde comerciante, al que surte de la capital de los artículos más necesarios, y al modesto tendero que no cuenta con capital para amontonar existencias, de correvedile á todo el que desea utilizar sus servicios, y de *correo ambulante* y *giro mútuo* á todos sus parroquianos.

Aquí, donde la mujer se cree en el deber de trabajar como el hombre y de coadyuvar de una manera activa y directa al sostén de la familia, *ellas* son las que se dedican con preferencia á esta clase de vida, que tiene ciertamente bien poco de divertida, mostrando en el desempeño de su industria, como principales cualidades, la economía, la actividad, una honradez á toda prueba y una buena dosis de memoria.

El primitivo tipo de la antigua recadista va, no obstante, transformándose poco á poco, empujado por el progreso de los tiempos, y al pobre borriquillo de antaño comienza ya á suceder el carricoche tirado por un mal jamelgo ó por el caballito característico de los montes de Oyarzun, Goizueta ú Oñate, que permite dar algún mayor aumento á esta modestísima industria.

J. MANTEROLA.

LA MUJER VASCONGADA

Todos la habéis visto pasar á vuestro lado alegre y sonriente. Habéis escuchado todos su acento dulce, más melodioso y expresivo por la cadencia del idioma éuskaró. El pueblo libre por excelencia, de cuyas patriarcales costumbres el origen se pierde en la penumbra de los tiempos; envidia que fué de generaciones y que gracias á gobiernos audaces é inexpertos han hecho desaparecer lo que fué orgullo legítimo de nuestros pasados; el pueblo cuya historia enaltece y ensalza el carácter de sus hijos, conserva aún, á pesar de las mixtificaciones introducidas en sus costumbres, los rasgos típicos y el carácter peculiar de la mujer vascongada, exclusivamente propios.

La mujer, ser delicado y sensible, es bella por naturaleza, alegre y expansiva por instinto, afable y expresiva por intuición; y la vascongada posee en alto grado tan bellas cualidades, y por ende una bondad y entereza de ánimo dignas del mayor elogio. No gusta de artificios y amaños, siempre irritantes y de mal gusto, para aparecer más bella y esbelta, ni sabe dar á sus ojos la expresión ridícula del apasionamiento fingido, no; sabe sentir, sabe amar con sensibilidad indecible, rayana en abnegación, y su corazón, siempre niño, susceptible del más puro amor, guarda un tesoro inagotable de afectos para repartirlos equitativamente entre los seres queridos.

Sus costumbres, nada licenciosas, las cualidades morales

que la embellecen y su privativo instinto la han hecho acreedora al honroso título de fiel esposa y madre amantísima. La creciente maldad de los hombres, los relajados hábitos adquiridos por éstos, la progresiva corrupción, la sensualidad del sibarita epicúreo no han conseguido plantar sus raíces malvadas, y si lo han hecho, sus frutos han sido tan escasos que apenas se conoce su continuo trabajo destructor.

Es generalmente bella, de facciones correctas y exuberantes formas, gentil y airosa, y lleva impreso en todo su ser el sello del país vasco. Buscadla en todas las esferas de la vida social. La mujer vascongada es siempre la misma, desde las que desheredadas de la fortuna viven en la indigencia, hasta las más encopetadas y elevadas damas de la aristocracia. El principal papel en la familia es encomendado á ella: la educación de sus hijos. Con las recomendables cualidades de sobriedad y continencia los educa en sus tiernos años, haciendo de ellos hombres dignos, si bien el fanatismo religioso de que está impregnada la mujer, particularmente en el país vascongado, las llevan á imbuir á sus hijos á viva fuerza lo que sólo debiera ser fruto de la voluntad y convicción, siendo esto óbice para el desarrollo de su inteligencia muchas de las veces.

Además de la pesada carga que supone la educación y gobierno de la casa, comparte generalmente las tareas cotidianas con su inteligente actividad, no siendo extraño ver á la mujer ocupada en tareas difíciles y pesadas, é impropias de su sexo. Esta costumbre, sin embargo, impera notablemente en las aldeas y pueblos, donde maneja la azada con pasmosa agilidad, y baja á la ciudad apenas apunta el alba á vender las mercancías fruto de su trabajo, airosa siempre, siempre limpia y aseada, desnudos los pies las más de las veces, sin que la crudeza del tiempo sea obstáculo á modificar tan añeja costumbre.

También son dignas de estudio las que se dedican á las faenas de la pesca por lo rudo del trabajo, la constancia y fortaleza de ánimo que las distingue. Con la misma facilidad con que cogen bajo el brazo la cesta que contiene la argentada sardina y vocean anunciando su venta el consabido *sardina freskua!* de igual manera, y con habilidad asombrosa, manejan los remos y luchan con las embravecidas cuanto inhumanas olas del Cantábrico, teatro donde se desarrollan con frecuencia escenas trágicas que asustan y entristecen.

Indudablemente la mujer vascongada es un ser privilegiado con quien la naturaleza ha sido en extremo pródiga.

Acaso el destino la conserva como últimos vestigios de nuestras venerandas tradiciones, y hace que lleve la bandera enhiesta para eterno castigo de sus apasionados enemigos. ¡Dichoso el hijo cuya madre sintió mecerse al compás monótono, arrullador, *«lo, lo»* tradicional!

ALEJANDRO J. DE MONTES.

LA ROMERÍA DE LEZO

Hoy, día de la Exaltación de la Santa Cruz, se verificará en Lezo la romería más popular y antigua de las romerías vascongadas, en la que es de presumir reine la animación y algazara de años anteriores.

Dicha fiesta, aunque sigue celebrándose con más ó menos pompa, no es hoy más que un pálido reflejo de lo que ha sido antes.

Hace ya muchos años, del interior de la provincia y de la costa guipuzcoana venían multitud de gentes, aquéllas á pie y éstas por mar en lanchas á San Sebastián.

Todos se dirigían en la mañana de hoy á Lezo para cumplir promesas efectuadas durante el transcurso del año.

Después de oída la misa de rigor en la basílica y transcurrido el día entre Lezo y Rentería, volvían á San Sebastián á la caída de la tarde.

Se corría un *ceenzusco* en la plaza de la Constitución y bailaban hasta las diez de la noche, hora en que el alguacil, agitando su *santa*, daba la señal de terminación de la fiesta, que tan grata era para nuestros alegres campesinos y habitantes de la costa.

Hoy han variado las cosas por diferentes motivos: antes se reservaban nuestros paisanos para el día de hoy el venir á Lezo y San Sebastián, aprovechando de paso el hacer varias compras en la capital. Se reunían los romeros de la cos-

ta y alquilaban una lancha calera para efectuar el viaje, pues no había el movimiento de coches que hay ahora en la costa, ni tampoco existía el ferrocarril de Elgoibar á San Sebastián.

Los medios de comunicación son ahora más frecuentes entre los pueblos citados y nuestra ciudad, y esto mismo hace que las gentes del interior y de la costa nos visiten con más frecuencia.

Los romeros de antaño eran también más piadosos que los de ogaño, pues después de hacer á pie el viaje desde sus casas á San Sebastián, tras breve descanso, emprendían la ida á Lezo por el mismo sistema de locomoción.

Ahora los romeros, más cómodos generalmente, después de venir en coches, lanchas ó por el ferrocarril, toman aquí el tranvía á Rentería y recorren á pie la *larga* distancia que hay á Lezo desde dicha villa; y otros, más sabios, llegan á Pasajes en tranvía, y se embarcan en dicho puerto en los esquifes de las célebres bateleras para llegar aprovechando la marea hasta el desembarcadero de Lezo.

En este pueblo, el día de la Cruz lo enlazan con los siguientes hasta terminar en el primer día festivo, corriéndose en la plaza de aquella universidad varios *moruchos* ó *lastures*.

(De *La Voz de Guipúzcoa*.)

Septiembre, 14, 1866.

UN NUEVO SAN SEBASTIÁN

El barrio de Gros.—Lo que es y lo que será.—El monte Ulía.
Proyecto que va á realizarse.—San Sebastián fin de siglo.

Hace pocos días publicaba la *Gaceta* un decreto-ley autorizando al Ayuntamiento de San Sebastián para llevar á cabo en todas sus partes el convenio concertado por la citada corporación con D. Juan Iribas y D. Tomás Gros en 22 de Junio de 1891 y aprobado por la Junta municipal en 30 de Abril de 1892, para urbanizar los terrenos á que el convenio se refiere, con estricta sujeción al plano aprobado por ambas partes contratantes y á la Memoria que le acompaña, concediéndosele, á este efecto, todas las facultades que sean necesarias para su realización, sin perjuicio de tercero, y derogación expresa para el objeto de esta ley de las prescripciones de la de 22 de Diciembre de 1876.



Para muchos quizá sea una novedad el saber que se trata de construir un nuevo y elegante San Sebastián al otro lado del puente de Santa Catalina.

El barrio de Gros comprende, como es sabido, desde los arenales que las inquietas olas azotan frente á la Zurriola hasta el barrio llamado del Chofre, al pie de Ulía, el monte más hermoso, más pintoresco y más bienhechor de San Sebastián, pero también el más desdeñado y menos atendido.

La falta de vías de comunicación hace que sus riquísimas canteras estén casi inexploradas, é inexploradas, por consiguiente.

Habrà muchos donostiarras que no hayan pisado la cumbre de ese monte encantador, desde donde se descubren los más poéticos y deslumbradores paisajes.

La falda del Ulía ofrece, además, seguro abrigo contra los vientos del Norte. Es un dique puesto al frío y al amparo del cual los ingleses, mucho más prácticos que nosotros, habrían levantado ya sanatorios y espléndidas fincas de recreo, si no una ciudad hecha y derecha.

* * *

Pues bien; en esos arenales y en ese caserío, hoy destaralado, negruzco, cocherón inmenso de carros y carretillas, tiene señalado su emplazamiento el nuevo San Sebastián con su Concha, su Avenida, sus parques y bulevares.

La nueva Concha la formarán una línea curva elegante de hoteles, como la Concha existente.

La nueva Avenida la formará una vía ancha y hermosa que, comenzando en la hoy calle de Miracruz ó carretera de Pasajes, desembocará en la nueva Concha y frente al mar, lo mismo que la Avenida de la Libertad.

Otro día más despacio y con examen previo de los planos ya trazados, volveremos á tratar asunto tan interesante como trascendental para esta población.

Hoy pretendemos tan sólo anticipar una impresión acerca de la idea que ha de ser llevada á la práctica con toda seguridad.

* * *

En menos tiempo de un año, y desde que aquel ferrocarril de transporte dejó de llevar la arena de uno á otro

lado del río para formar lo que hoy es magnífico barrio de Amara, hemos visto levantarse en ese vasto arenal dos lindos hoteles á manera de jalones que marcan el punto de partida de urbanización de ese barrio.

Dentro de algunos años esas dos casas se confundirán con otras que formarán la línea de la nueva Concha.

La piqueta demoledora se encargará de destruir lo existente para trazar nuevas, amplias y rectas calles que constituirán el otro San Sebastián de la parte acá del puente.

Con su playa, que ya este año va á empezar á utilizarse, y con atractivos que aun hoy mismo son fáciles de adivinar.

La proximidad del Ulía, cuyas canteras han de suministrar material económico y abundante para la mayor suntuosidad de la construcción y la relativa independencia que el barrio disfrutará del bullicio de la población, harán de aquella parte quizá la más apetecida y desde luego la más encantadora de la ciudad.



Y cuando transcurridos algunos años el nuevo barrio se mire frente á frente al de la Zurriola, ya casi del todo edificado, y Amara extienda su rosario de soberbios edificios hasta el límite hoy trazado, San Sebastián será la verdadera ciudad *fin de siècle*, no ya porque el siglo llegue á su término, sino porque será el verdadero ideal de poblaciones suntuosas y adelantadas con las que muy pocas del extranjero puedan resistir la comparación.

(La Voz de Guipúzcoa, Julio, 1905.)

VIAJES Y ESTANCIA DE SS. MM.

EN SAN SEBASTIÁN

Según refiere *La Voz de Guipúzcoa*, el 4 de Agosto de 1889, la recepción hecha á SS. MM. en dicha fecha fué la más entusiasta y espontánea que se le ha hecho á la Real familia, y dice así:

Camino de Ayete.

Desde la estación al palacio de Ayete, puede decirse que el público formaba una no interrumpida cadena.

En la Avenida de la Libertad la concurrencia era extraordinaria.

A uno y otro lado de la amplia vía, la muchedumbre de todas las clases sociales se apiñaba ganosa de demostrar una vez más á S. M. su acendrado amor, saludándola á su paso con verdadero entusiasmo.

Las señoras agitaban sus pañuelos al paso de los Reyes, y S. M. la Reina correspondía con verdaderas muestras de agrado á tan afectuosas demostraciones.

Donde se extremaron las muestras de entusiasmo fué á la salida de la estación, en el puente de Santa Catalina, en las inmediaciones del arco de la Avenida y á la terminación

de esta vía, donde lucieron las luces de bengala é iluminaciones á la veneciana, que producian un efecto sorprendente, llamando la atención principalmente las luces eléctricas que iluminaban la salida del puente, las de variantes colores que adornaban el arco y la agradable visualidad de las que adornaban todas las casas del tránsito.

En el barrio de San Martín tuvimos ocasión de ver un precioso arco, que según nos han dicho se debió á la iniciativa espontánea de aquellos vecinos, como toda la preciosa iluminación que se ostentaba en dicho barrio.

Por toda la carretera, hasta el mismo palacio de Ayete, vimos numerosísimas personas, y en el alto de San Bartolomé, donde se asienta la preciosa casa de campo del señor D. Siro Alcain, llamaba extraordinariamente la atención un escudo de las armas reales iluminado al gas, así como la preciosa iluminación de la antigua posesión del general Jovellar y el Palacio titulado de las Cumbres.

Al paso de la comitiva regia, los hermanos Mariistas salieron á la puerta del colegio á saludar á SS. MM.; dicha puerta estaba adornada con un bonito trofeo formado con banderas españolas y francesas é iluminado.

En los caseríos próximos á Ayete la concurrencia era también extraordinaria, estando iluminada la carretera continuamente por las luces de bengala que en dichos caseríos y posesiones se quemaban.

En Ayete.

Ya en Ayete, SS. MM. y Real Familia, la augusta señora, sintiéndose muy cansada, saludó afectuosamente á las autoridades, corporaciones y personalidades oficiales que la acompañaron, y se retiró á sus habitaciones.

El recibimiento hecho á SS. MM., según opinión de todo

el mundo, ha sido quizás, y aun sin quizás, el más entusiasta y espontáneo que se le ha hecho, demostrando así una vez más, que esta ciudad es siempre amante de sus Reyes, porque son la representación de la grandeza de la patria y el más firme escudo de la libertad.

Estancia de SS. MM.

He aquí una curiosa estadística del tiempo que ha durado la estancia de la familia real en San Sebastián durante todos los años que ha visitado esta capital:

La primera vez que la Reina vino á San Sebastián fué el verano de 1887.

Aquel año estuvo entre nosotros un mes y doce días, pues habiendo venido el 13 de Agosto, se marchó el 25 de Septiembre.

En 1888 llegó el 11 de Julio y se marchó el 1.º de Octubre; permaneció aquí dos meses y diez y nueve días.

En 1889 llegó el 3 de Agosto y se marchó el 8 de Octubre; permaneció aquí dos meses y cinco días.

En 1890 llegó el 16 de Julio y se marchó el 22 de Octubre; permaneció aquí tres meses y seis días.

En 1891 llegó el 18 de Julio y se marchó el 12 de Octubre; permaneció aquí dos meses y veinticuatro días.

En 1892 llegó el 18 de Julio y se marchó el 2 de Octubre; permaneció aquí dos meses y catorce días.

En 1893 llegó el 19 de Julio y se marchó el 27 de Septiembre; permaneció aquí dos meses y ocho días.

En 1894 llegó el 12 de Julio y marchó el 12 de Octubre; permaneció aquí tres meses.

En el actual año llegó el 18 de Julio y se marcha hoy; ha permanecido aquí tres meses menos cuatro días.

SILUETAS DONOSTIARRAS

El camino es vistoso y accidentado en extremo; desde las cumbres de Algasua, sobre todo, desde las cuales el tren se precipita Pirineo abajo por terraplenes y túneles, por puentes y cortaduras que dan miedo; de Beasain á Tolosa y de Tolosa al valle del Urumea y las vecindades de la ciudad paraíso veraniego, y la joya del Cantábrico.

Y al asomar el tren por el túnel de Loyola, ¡qué vista más soberbia! Y al cruzar poco después el ómnibus por el puente magnífico sobre la ría, ¡qué panorama tan encantador!

Allá, al pie de la Mota, duerme la ciudad antigua, la histórica prisionera de las aventadas murallas, con sus calles rectas y limpias como un tablero de damas; con sus dos templos de elegantes fachadas, y su puerto diminuto que recuerda toda una vida pasada de penuria y estrechez.

Parece San Sebastián viejo, anciana madre, postrada en un sillón, contemplando allá afuera á un hijo vigoroso que corre y se dilata por uno y otro lado del río, por entrambas enseñadas y por todas las colinas circundantes.

Y se dilata ya aquel reducido vecindario de otros días, ceñido por los mares y fuertes, desde Antiguo á Pasajes casi; Pasajes, arrancado á la soledad de sus fangales y convertido hoy en puerto seguro y cómodo.

Y luego escala el San Sebastián joven y vigoroso las

pendientes que ciñen la Concha, y por todas aquellas colinas muestra, orgulloso, hermosas viviendas, pequeños palacios, *chalets* hermosísimos y jardines colgados en aquellas cuevas que remedan pensiles de Babilonia.

Faltábale á San Sebastián, una corona, y la Reina Regente se la presta por temporada.

¡Y qué movimiento de tierras y edificación! ¡Qué maravillas de trabajo y transformación! ¡Qué hermoso el Casinol ¡Qué magnífico palacio, palacio verdadero, el de la Diputación!

¡Qué barriadas las de la Concha y el Antiguo, todas casi nuevas! ¡Qué metamorfosis tan completa la del camino de Pasajes y Amara, y cien sitios más!

Parece que un genio poderoso ha jugado allí con colinas y montañas, y ha sembrado á manos llenas de hermosura y magnificencia hasta convertir aquel primitivo caserío, metido en el duro corsé de los muros, en mansión de reyes y magnates, casi en cielo de dioses.

Q.

VIAJES DE ANTAÑO Á SAN SEBASTIÁN

In diebus illis, allá por los años cincuenta y tantos, también era moda ir á San Sebastián á tomar baños de mar; pero San Sebastián era muy pequeño y todos los madrileños no podían ir allí por una infinidad de razones de que va á enterarse el curioso lector.

Funcionaban entonces tres empresas de diligencias con muy buenos coches, de que ahora no se tiene idea, y eran aquéllas las Generales-Peninsulares, las de la Victoria y las del Norte, domiciliadas respectivamente en las calles de Alcalá, de la Victoria y de Correos.

Las diligencias eran enormes, y se componían de tres departamentos principales abajo: berlina, interior y rotonda, y uno, llamado cupé, en las alturas y sitio reservado á los equipajes.

La berlina tenía tres asientos, seis el interior, seis la rotonda y cuatro el cupé, equivalente en orden á primera, segunda, tercera y cuarta clase.

Los precios del viaje durante la temporada de verano eran para San Sebastián iguales al total importe del billete hasta Bayona; y así tuviera un viajero que ir á Burgos nada más, había de pagar la primada del asiento hasta Bayona.

Costaba, pues, el asiento de berlina 45 duros; el de interior 36; dos onzas la rotonda, y 500 reales el cupé.

Los precios de la vuelta eran iguales, entendiéndose el trayecto desde Bayona á Madrid.

Naturalmente, los billetes habian de tomarse con anticipación y con recomendaciones, y desde fines de Mayo las familias pudientes se preparaban á la lucha para emprender el viaje cuando ellas se proponían, teniendo que resignarse muchas veces á salir con retraso de Madrid, ó conformarse otras en adelantar hasta en un mes el verano.

Porque, es verdad, las diligencias eran tres, las personas transportadas en cada una diez y nueve y el tiempo que duraba el trasiego no pasaba de cincuenta días, tomados en Junio, Julio y Agosto.

Total de viajeros nominales de Madrid á San Sebastián: 2.850, de los cuales 1.500 efectivos para la capital de Guipúzcoa, porque los restantes se quedaban en el camino para aguarse en Cestona, Santa Águeda, Arechavaleta y balnearios consortes asequibles á los enfermos de elevada clase.

San Sebastián, en la época á que me refiero, era un escondrijo formado de casas alineadas en dos docenas de calles, y el todo encerrado dentro de carcomidas murallas.

Dos ó tres fondas de mala muerte, con pretensiones, y todo lo demás casas de pupilo.

Un sastre que se llamaba Brochetón; dos quinquilleros, Bolla y Campión, que vendían cosas de Bayona, y en todos los portales de las casas cubetos con sardinas saladas y otros comestibles de aroma asfixiante.

Fuera de recinto, la hermosa playa y... la mar.

El hospedaje en las fondas de San Sebastián costaba 30 reales, y cuatro, cinco ó seis pesetas en las casas de huéspedes.

Allí entonces no se gastaba más que en comer y en el baño, y las distracciones eran todas inocentes, saludables y gratuitas.

Audición diaria de pito y tamboril, paseos en la plaza, en el glacis de las fortificaciones y en Santa Catalina.

—¡Cómo cambian los tiempos!—dirán los lectores.

Pero volvamos á nuestros carneros.

De Madrid á San Sebastián, por la carretera general del estado número 1, hay 83 leguas.

Salían las diligencias de Madrid entre cuatro y cinco de la mañana, y formaban convoy los coches de las tres empresas, haciéndose competencia en la marcha algunas veces, con grave riesgo de los que iban dentro.

El viaje era un suceso, sobre todo para la gente joven, y cada viajero, vestido expresamente y pertrechado de bolsas, frascos, abrigos y otros embelecocos, apenas si cabía en su asiento.

En cuanto al equipaje, dos arrobas de peso y una sombrerera concedidos á cada viajero.

La diligencia iba confiada á un mayoral, que, además de conductor, era un personaje.

Se sentaba en el pescante y á su lado el zagal, que no tenía en el coche más vida que el tiempo que tardaba *su tiro* de 14 mulas ó caballos, enganchados de dos en dos, en correr las tres leguas reglamentarias en hora y media ó dos horas, según el perfil del camino.

El postillón ó delantero montaba el caballo de la izquierda. Era un chicuelo, y montado salía de Madrid y montado llegaba á Bayona, cuando no se dormía y caía al suelo para que le rompiera las piernas el pesado coche, pasándole por encima.

Aun vive, y vendiendo fósforos en la esquina de la calle de la Greda y de Jovellanos, un anciano que perdió las piernas siendo delantero de las diligencias Peninsulares hace cuarenta años.

De Madrid á San Sebastián se mudaba veinticinco veces de tiro, y era de ver cómo corrían los caballos por aquellos caminos, jaleados y azuzados por las pintorescas voces de mando de los zagales, coreadas por los viajeros de buen humor.

El itinerario ó la marcha de los coches, con pocas variaciones y diferencias, era el siguiente:

Salida de Madrid al amanecer.

A las diez, almuerzo en Cabanillas de la Sierra, y á las nueve de la noche cena en Aranda de Duero, en paradores que cada diligencia tenia y en donde se esperaba al coche con la comida hecha.

A las ocho del día siguiente se tomaba chocolate en Burgos, se visitaba la catedral y se entusiasmaban chicos y grandes contemplando al Papamoscas.

A las dos de la tarde llegada á Miranda de Ebro y comida, en que las truchas eran plato obligado.

Se refrescaba en Vitoria, y ya desde Miranda el viaje empezaba á tener encantos, para hacerse agradabilísimo hasta el final.

La bajada de la cuesta de Salinas de Léniz y de Descarga con la vista de aquellos valles, en que se asientan Vergara y Mondragón, ofrecían al viajero un pintoresco panorama que cambiaba á cada revuelta del camino.

Venía la noche y se contaban los minutos esperando el nuevo día, que con sus primeros rayos de luz iluminaban el mar y descubrían la ciudad donostiarra.

A las nueve ó á las diez se llegaba á la capital de Guipúzcoa.

A la bajada de la diligencia, se hallaba el pueblo en masa, y en primera fila los amigos llegados antes.

Se le daba una buena propina al mayoral y ya se había llegado, y á descansar hasta encajonarse otra vez para el regreso.

Se tardaba más, costaba más, pero era más bonito y más viaje el viaje á San Sebastián de aquellos buenos tiempos, que ya no volverán.

EL VERANO EN SAN SEBASTIÁN

HACE CUARENTA AÑOS

San Sebastián, á la sazón, era una ciudad pequeñísima, con casas muy altas y calles estrechas tiradas á cordel.

Una libra de chocolate con sus diez y seis onzas, puede dar idea exacta del plano antiguo de la capital de Guipúzcoa.

Circundado San Sebastián por vetusta muralla, y adosado á la falda del monte Urgull, formaba con él una sola pieza, sin que pudiera el observador, colocado en alturas comarcanas, distinguir en las fragosidades de la montaña el caserío de la población, ni apreciar sus dimensiones.

Fuera de murallas, ya era otra cosa. Después de fosos y contrafosos, el glacis se extendía en suave pendiente hasta el *barrio pobre* de San Martín, formando el *Prado*, vastísima extensión de césped, limitada por la playa, que aun no se llamaba Concha, por el lado de Occidente, y por el paseo de Santa Catalina, ribereño del río Urumea, por Oriente.

En toda esta inmensidad de terreno, ni aun más allá, había rastro de viviendas, á excepción de la barriada de que he hablado antes.

Contorneaba la playa la carretera de Madrid, que seguía á Francia, atravesando el río sobre un puente de madera pintada de color de sangre de toro, como las puertas que le

daban acceso, y que justifican el nombre de Puertas Coloradas, de un suburbio de San Sebastián de hoy, edificado mucho más allá de donde aquéllas estaban.

Al otro lado del puente de Santa Catalina—que así se llamaba, lo mismo que el monumental que lo ha sustituido—alzábase la Casa de Misericordia, y con este último apunte queda ya puesta la decoración y arreglada la escena para que todos nos entendamos.

Contaba San Sebastián tres fondas: una en la Plaza Vieja, otra en la de las Escuelas, y la tercera entre calles, de un francés llamado Laffitte.

Restaurant no se conocía más que uno, arrinconado en los arcos de la Plaza Nueva, y regentado por su propietaria la viuda de Leclerc ó Duclerc—no recuerdo bien—y con más apariencias de pastelería y botillería que de otra cosa.

Un solo café daba abasto á la población, y estaba situado frente al Teatro Principal.

Los domingos y fiestas de guardar, durante el verano, había sorbetes de mantecado y limón *rozado* para un centenar de consumidores.

El peluquero y rapabarbas de la capital mejor instalado se encontraba en una tiendecilla de la Plaza Vieja, cuya muestra decía: «Aquí se rejuvenece».

Tres tiendas, de todo, explotaban en aquellos buenos tiempos á los veraneantes.

Pedro Bolla, Campión y Ayani, vendían paraguas y bastones, cañas de pescar, trajes de baño, juguetes—¡sobre todo, juguetes!—medias de Bayona, botas de Bayona, pañuelos de Bayona, cofres y sacos de noche de Bayona, y hasta salchichón y jamón de Bayona.

No se conocían aun los chalecos llamados de Bayona que se fabricaron en Roubaix por primera vez, y luego en todas partes menos en Bayona.

Este inciso no huelga, porque sin perjuicio de lo que en

él se afirma, Bayona es el punto del Continente en donde la afluencia de chalecos se sale de límite, sobre todo en la época canicular.

San Sebastián, con todas estas pequeñeces indicadas, poseía un sastro de campanillas con pretensiones, llamado Brochetón, y luego, en todas las entradas de las casas, había su cacho de tienda con barriles de sardina en salmuera á la puerta, pan, manzanas, pelotas, alpargatas, boinas y todo cuanto era y es menester para completar un comercio de refino ó abacería.

Cuando llegábamos á San Sebastián los que allí íbamos, teníamos ya casa tomada en un primero, segundo ó tercer piso de las calles Mayor, Santa María, Narrica, del Puerto, Puyuelo, Esterlines y San Jerónimo, que eran las más buscadas.

Albergue, comida y lavado de ropa, con ó sin ayuda de los criados que llevara, el que los llevaba, costaba como máximo seis pesetas á las personas mayores y tres á los niños y sirvientes.

Este precio, salvo rarísimas excepciones, era uniforme, y hacía competencia al de las fondas, en que el hospedaje era de 30 y 15 reales, respectivamente.

La comida también era igual para todos.

Chocolate, vaso de leche y azucarillo, con panecillo y bizcochos, como desayuno.

A la una: sopa del puchero, los *cocidos*, dos ó tres clases de pescado, y ternera ó pollos asados, postres, vino y sagardúa.

A las cinco de la tarde, para merendar, chocolate ó leche, ó dulce; y de cena, pajeles fritos, merluza frita, sardinas fritas, ensalada cocida y unas chuletillas, postre y vino.

En la playa estaban alineadas 20 ó 30 casetas formando tantos grupos como propietarios había: Echenique, Zabaleta, Machimbarrena, etc.

Costaban los baños un real, y dos con bañera ó bañero.

Los trajes de baño de las señoras eran unas blusas largas y amplias, de estameña, con una papalina de hule.

Los hombres, separados de las mujeres, usaban la menor cantidad posible de calzón.

La policia de San Sebastián estaba á cargo de tres alguaciles—nada más—de golilla y varita, vestidos á la antigua española.

La vida que se hacia en San Sebastián era tranquila y monótona.

En cada familia habia individuos que se bañaban, y por la mañana temprano, la gente de fuste se encaminaba á la playa en tropel, tomaba el baño en tropel y regresaba en tropel á desayunarse á su albergue.

Después, también en tropel, la misma gente iba á dar vueltas bajo los arcos de la Plaza Nueva, y alguna vez de tiendas.

A las doce: á casa, á comer y á dormir la siesta, y por la tarde, después de merendar, á dar vueltas, siempre en tropel, por el paseo de Santa Catalina, sin volver la vista á la playa, por ser la hora de baño de la gente de poco dinero.

Los niños, á jugar al Prado, con las niñeras y con los soldados, y á bailar al son del tamboril y pitos municipales.

Al anochecer, á la Plaza Nueva, á completar vueltas, y á casa.

Los domingos, á misa de tropa á Santa María, y á vestirse de fiesta para el paseo de la mañana y de la tarde.

Alguna vez, por extraordinario, se iba al teatro cuando *había comedia*, y una vez en la temporada era de ritual subir al castillo de la Mota.

La gente atrevida y *gastosa* hacia la excursión en coche á Pasajes, para gozar del espectáculo de las antiguas bate-leras, que se arañaban y arrancaban el moño para disputar-

se el viajero que llegaba á visitar la fábrica de loza, instalada en la orilla opuesta de la cala.

Tomados los baños ordenados por el médico, la familia bañista se despedía de San Sebastián, después de cuatro ó seis días de descanso.

Total, cinco semanas ó mes y medio, á lo sumo, de estancia en la bella Easo, de los años de referencia.

¿Cuántas familias veraneaban entonces en San Sebastián?

Ciento todo lo más, que con 300 bañistas en partida suelta componían unas 700 ú 800 personas de población flotante.

De lo que escrito queda, pueden dar fe hoy testigos de calidad, niños entonces, de Collado, Lasala, Echagüe, Dupouy, Lafarga, Alcaín, Lizasoain, Artola y algunos más.

Ellos dirán cómo estoy de memoria.

ANGEL MURO.

(*La Voz de Guipúzcoa*, de 8 de Julio de 1893.)

VIAJES DE OGAÑO

Y VIAJES DE MAÑANA

Tiene razón Angel Muro al decir que los viajes han perdido su poesía y la mitad de sus encantos, desde que el vapor mató á la diligencia; democratizó el veraneo é hizo una mezcolanza tal de todas las cosas modernas y viajes, que unas y otras perdieron sus genuinos caracteres.

Un viaje de Madrid á San Sebastián en otros tiempos era algo grave, algo trascendental en la vida de una persona; hoy es nada, significa lo mismo que cualquier otro menester ordinario de la vida.

La diligencia que pasaba en otros tiempos con infernal balumba por las calles de un pueblo producía con su alegre cascabeleo y restallidos de fusta, interjecciones del mayoral y rechinamientos y crujidos del pesado armatoste, una verdadera revolución en el pueblo. Se abrían todas las ventanas, donde se asomaba la gente para verla pasar, los chicos corrían victoreando á los viajeros, y faltaba poco para que voltearan las campanas. La diligencia lleva algo de misterioso, de poético, que inspiraba curiosidad y simpatía á las gentes.

¡Un tren... que pasa rugiendo, silbando como disparatada sacta, lleno de orgullo, de indiferencia por cuantos lugares cruza, que no se detiene más que para tomar aliento y

emprende de nuevo la carrera, se le ve cruzar con indiferencia también, porque tras de él viene otro, y otro, y cien más, y eso no provoca curiosidad ni simpatía alguna!

Antaño el viaje estaba lleno de episodios interesantes y de imaginarios peligros que tenían algo de románticas aventuras. Había una comunidad de vida entre los viajeros que durante varios días estaban sometidos al mismo régimen, que creaba entre ellos estrechos vínculos de afecto.

Hoy, con lo vertiginoso de la carrera, la brevedad del viaje, que apenas da tiempo para enterarse de las gentes con quien se comparte, ni de los lugares que se cruzan, todo aquello ha perdido sus encantos.

Cuantas mayores facilidades y mayor comodidad tiene el viajero, parece refinarse más su egoísmo y cada uno se encierra en un ensimismamiento ó impasibilidad para lo que le rodea.

Búscanse, á ser posible, los exprés de lujo, con cama, tocadores, *restaurant*, biblioteca ambulante, y dentro de poco tiempo con teatro, casino y concierto.

* La cuestión es ir de prisa y cruzar con rapidez vertiginosa la tierra, que ya se va haciendo pequeña para la gente moderna.

Venir á San Sebastián es un pequeño incidente que apenas tiene importancia; á nadie se le ocurre despedirse de sus amigos ni preocuparse de lo que en otros tiempos constituía asunto de gran meditación y suma trascendencia.

Hoy, que se va á París, Viena, Londres ó Alemania en pocos días, un viaje á San Sebastián es poco más que una excursión en un tranvía. San Sebastián es un barrio de verano de Madrid, y no falta quien hace todas las semanas el viaje de ida y vuelta para despachar en la corte sus asuntos.

El veraneo ha tomado una fase completamente distinta, merced á la facilidad y rapidez de las comunicaciones.

La sociedad, que marcha á un cosmopolitismo absoluto,

que uniforma la vida de todos los pueblos, igualando el Japón y el Canadá con el *boulevard* francés, ha pasado ya por el veraneo su mano arrasadora.

La *diligencia* era la representación de un mundo que murió con Figaro, Mesoneros Romanos y con los poetas del romanticismo. El *expres* simboliza otro mundo naciente que ensaya sus vuelos de águila; el *expres* y el *rápido* y el *centella-tren*, son los polluelos que baten sus alas en plumón. Los que hoy rastrean en sus vuelos la tierra, mañana surcarán los espacios, y la emigración del veraneo no se reducirá á las costas del Cantábrico en España; sino que los pueblos ecuatoriales irán en masa á bañarse en las aguas polares en el estio, y aquéllos irán á tomar el sol de la zona tórrida en el invierno.

Y en esta progresión acaso llegue un día en que los habitantes de este planeta se lancen á los espacios siderales para buscar en otros planetas, más remotos ó próximos al sol, frescura en el estio, calor en el invierno, ó mayores comodidades que en la tierra, que se va haciendo chica é incómoda.

(*La Voz de Guipúzcoa*, de Julio de 1869.)

¡BONITO PORVENIR!

La *Gaceta* publica el estado de las cantidades satisfechas y pendientes de pago por obligaciones de primera enseñanza hasta 31 de Marzo de 1895.

Estos datos, fruto de tantos decretos y reales órdenes como dictaron todos los ministros para asegurar al profesorado de instrucción pública su mezquina recompensa, constituyen un cuadro de deshonra para muchas provincias de España.

Vamos á ponerlo á la vista de nuestros lectores, no en la forma confusa que suelen tener todos los trabajos de las oficinas públicas, sino de suerte que á primera vista puedan apreciar las diferencias entre unas y otras regiones de España.

Deuda por enseñanza.

	PESETAS		PESETAS
Guipúzcoa.....	Nada.	Toledo.....	438.379
Vizcaya.....	Nada.	Soria.....	450.679
Navarra.....	4.483	Guadalajara.....	453.383
Pontevedra.....	4.705	Zamora.....	458.568
Álava.....	2.306	Alicante.....	463.489
Lugo.....	10.434	Valladolid.....	463.547
Palencia.....	14.335	Gerona.....	476.383
León.....	13.374	Oviedo.....	476.934
Segovia.....	16.586	Murcia.....	490.368

	PESETAS		PESETAS
Huelva.....	46.804	Barcelona.....	194.427
Santander.....	20.790	Albacete.....	203.248
Coruña.....	24.058	Cáceres.....	204.828
Burgos.....	27.944	Huesca.....	229.987
Salamanca.....	28.402	Teruel.....	230.049
Ávila.....	28.896	Córdoba.....	257.955
Madrid.....	30.088	Almería.....	343.429
Baleares.....	33.255	Tarragona.....	334.754
Sevilla.....	36.448	Valencia.....	446.540
Ciudad Real.....	47.532	Badajoz.....	446.903
Castellón.....	49.709	Lérida.....	535.089
Logroño.....	73.859	Canarias.....	676.738
Cádiz.....	97.805	Granada.....	785.338
Orense.....	109.486	Cuenca.....	837.817
Jaén.....	105.765	Málaga.....	1.006.810

ANÉCDOTAS DONOSTIARRAS

Podría formarse un libro con las frases que pertenecen al dominio público y que caracterizan á algunos tipos verdaderamente populares.

Esta tierra es la de los tipos originales. *Calei-Cale*, con su gracia peculiar, ha retratado á muchos en estas columnas.

Algunos de ellos han hecho frases ó sentencias que por su filosofía práctica ó su gracia merecen estereotiparse.

¿Quién no conoce al autor de aquel saludo mordaz á lo Quevedo de *adiós, señores*, contestando á un «buenos días» de un amigo suyo que conducía varios caballos á un abrevadero?

Tipo genuinamente guipuzcoano es el de X (los nombres propios son lo de menos), el bravo miquelete que por sus proezas en la guerra se hizo admirar de sus jefes.

Don Alfonso XII le tenía verdadero aprecio, y no venía una vez á San Sebastián que no preguntase por él.

X se presentaba al rey. Don Alfonso le estrechaba la mano y le dirigía algunas frases á las que el bueno de X contestaba tartamudeando, porque además de saber muy poco castellano, es tan sencillo y tímido su carácter, que se azora ante un superior tanto como se agiganta ante el peligro.

Cuando D. Alfonso fué á Arcachón á convenir su matri-

monio con la que después fué su esposa y hoy es Reina Regente, encargó que no dejase de salir á verle X.

Y X salió á la estación de Irún.

Alfonso XII le saludó afablemente y habló con él con la familiaridad de siempre.

X se creyó en el caso de corresponder con algunas frases, con alguna fineza á las atenciones de D. Alfonso.

El Rey le alargó un cigarro. X le encendió. Aquel era el momento de decir algo, y después de chupar con avidez, como si de aquella fumada dependiese el éxito de su empresa, sólo se le ocurrió decirle al Rey:

—Conque á ver la novia, ¿eh?

AÉMKOE.

(De *La Voz de Guipúzcoa*, de Octubre de 1895.)

31 DE AGOSTO

La antigua capital de los *vascones* que Pomponio Mela denominó *Easo*; la población de la España primitiva que se apellidó *Hirurzun*; la hoy nueva, bella y atractiva ciudad de San Sebastián, asienta en una faja ó lengua de terreno que, ceñida por el Urumea al NE. y por el Cantábrico al NO., se extiende desde las estribaciones de Oriamendi hacia el S.; las de Usurbil que, ligado al Igueldo, llega por el O. á introducirse en el mar, formando abrupta costa, como por el E. lo hace el monte Ulia, cuyas faldas lamen las espumosas olas que rompen y mueven en la hermosa playa de la Zurriola; punto donde rinde sus escasas aguas al bravo Cantábrico el Urumea, después de haber cruzado por valles tan pintorescos como el de Loyola, ó lugares tan memorables como Hernani, la cuna del célebre Juan de Urbieta, apresador del rey francés Francisco I.

Frente por frente del monte Ulia álzase el Urgull, elevación cónica y aislada en el extremo NO. de la lengua de tierra sobre el que asienta la población, con un desnivel de 116 metros sobre el nivel de las saladas aguas que incesantemente lamen ó azotan con demasiada furia las imponentes y resquebrajadas rocas que existen á su pie.

El Urgull, cuya cúspide corona el célebre castillo de la Motta, con sus cubiertos caminos en zig-zag, sus casi arruinadas baterías; con sus frondosos arbolados y excelente

punto desde donde la vista se recrea voluptuosamente admirando paisajes y marinas encantadoras que alegran el alma y la envuelven en poéticas meditaciones con las que las horas pasan insensiblemente; el Urgull con sus recuerdos históricos, que afluyen á la memoria en presencia de las impasibles murallas á cuyos pies lograron honrosa muerte héroes españoles é ingleses; con sus tumbas donde descansan los restos de aquellos valientes; este Urgull ocupado desde 1808 á 1813 por pérfidas y odiosas huestes napoleónicas al mando del general Rey, presenció hoy hace ochenta y un años la más horrorosa de las catástrofes, la más terrible hecatombe que los pueblos puedan sufrir.



Como si las terribles calamidades de los numerosos bloqueos resistidos por esta ciudad desde el 16 de Mayo de 1476, en que fué el primero, hasta 1813, en que fué el último de los llevados á cabo por las águilas francesas; como si la continuada pérdida de sus esforzados hijos, que siempre han luchado voluntariamente con valeroso ardor, bien que en dos recientes épocas lo hicieron algunos, por desgracia, guiados por engañadoras promesas hechas por personas defensoras de ilegal é injusta causa, y que para mejor conseguir sus fines de reclutar hombres, se valieron de medios tan sacrílegos como el de invocar y poner por lema en sus banderas la idea religiosa, tan dignamente encarnada en el alma del vascongado; como si las pestes y los incendios, las atrocidades, vejaciones, atropellos y saqueos de los soldados ingleses que desentendiéndose de toda consideración y respeto hacia un pueblo del que decían ser amigo y aliado; como si tanto sufrir no fuera aun suficiente para probar la templanza de alma de este hidalgo pueblo, Dios quiso aún probarla más en la espantosa noche del 31 de Agosto de 1813;

noche cuyo doloroso recuerdo conserva y conservará eternamente San Sebastián grabado en su memoria con caracteres indelebles.

* * *

Ignoro la hora, el lugar y la causa origen de aquel horrible volcán que consumió en poco tiempo toda una población y cuya idea, fija en el pensamiento, aterroriza el alma y contrae el espíritu más fuerte.

Pero el cuadro, de todas maneras, fácil es de representarlo, aunque naturalmente resultará con pálidos colores.

Apiñada multitud de mujeres y niños, de jóvenes y ancianos que corren, vuelan de un lado á otro sin objeto fijo ni determinado fin, que huyen, vuelven, se atropellan, cocean, caen y se levantan; que gritan, vociferan con desesperantes gemidos, inarticulados vocablos, entrecortadas palabras; juramentos, blasfemias, plegarias; llantos de niños confundidos con los del anciano; risas nerviosas preludiando el extravío de la razón, de una madre que llama á su hijo, ó de una hija á su padre ó á su marido, y cuya voz, al confundirse con el infernal bullicio de otras mil voces, gritos guturales de dolor y desesperación y de impotencia, no encuentran respuesta alguna; el chasquido estridente y el rugido sordo y ronco de las inmensas columnas de humo y fuego; el siniestro reflejo, rojo-amarillento y de desigual oscilación que proyectan las incandescentes fluctuaciones de las llamas, dando imponente aspecto á la atribulada y desconsolada multitud, que en vano lucha con el terrible elemento que sin piedad destruye sus intereses...; más tarde la desolación y destrucción, los escombros ardiendo sin cesar durante siete dias, lutos, dolores, miseria...

De tan desastroso acontecimiento, sálvanse pocos edificios: el castillo de la Motta, las iglesias de Santa María y

San Vicente y la casa señalada con el número 40 en la hoy recordativa calle que lleva por nombre la fecha de tal siniestro.

En la calle de San Jerónimo léese hoy la siguiente inscripción: «VIII de Septiembre MDCCCXIII. Reunidos en Zubieta los vecinos de esta ciudad, acuerdan reedificarla, presa aún de las llamas».

* * *

Y, en efecto, después de grandes sacrificios, muchas ansiedades y heroicos esfuerzos, han logrado los hijos de este suelo levantar la nueva ciudad, donde yacían los escombros; ensanchándola más y más diariamente sin desperdicio de terreno alguno, antes al contrario, robándoselo al mar; han alcanzado hermostear de tal modo la población con edificios de moderna arquitectura que forman anchas vías y avenidas; con deliciosos paseos, hermosos jardines, soberbios monumentos y seductores atractivos, que en los meses de la canícula es San Sebastián el centro de placer de nuestra encantadora y querida España.

¡Loor al esfuerzo y noble pueblo que con su ejemplar honradez en el trabajo ha logrado tan justa recompensa!

(De *La Voz de Guipúzcoa*, de 31 de Agosto de 1883.)

LAS CARRETERAS VASCONGADAS

En una serie de curiosos trabajos que en nuestro estimable colega *Las Noticias*, de Bilbao, viene publicando D. Gumersindo Gómez, encontramos un cuadro comparativo interesante de las carreteras en España, seguido de un comentario justo, que hace honor á la administración de estas provincias, por lo que creemos oportuno su reproducción.

PROVINCIAS	CARRETERAS	
	Longitud en kilómetros.	Metros lineales por kilómetro cuadrado de superficie.
1 Vizcaya.....	816	337
2 Guipúzcoa.....	890	313
3 Valladolid.....	4.337	177
4 Navarra.....	4.819	173
5 Álava.....	496	163
6 Santander.....	852	156
7 Pontevedra.....	666	151
8 Barcelona.....	4.419	145
9 Logroño.....	729	143
10 Madrid.....	4.434	142
11 Alicante.....	684	121
12 Tarragona.....	784	121
13 Segovia.....	748	109
14 Oviedo.....	4.173	108
15 Burgos.....	4.399	99
<i>Suma y sigue.....</i>	44.346	»

PROVINCIAS	CARRETERAS	
	Longitud en kilómetros.	Metros lineales por kilómetro cuadrado de superficie.
<i>Suma anterior</i>	44.346	»
46 Orense	620	89
47 Coruña	696	88
48 Palencia	746	88
49 Valencia	895	83
20 Málaga	584	80
21 Guadalajara	958	79
22 Lugo	786	79
23 Gerona	458	78
24 Toledo	4.094	74
25 Jaén	934	69
26 Zaragoza	4.187	68
27 Zamora	710	67
28 Castellón	434	67
29 Cádiz	467	64
30 Baleares	304	60
34 Almería	502	58
32 Soria	593	57
33 Córdoba	764	56
34 Murcia	638	55
35 Ávila	449	53
36 Cuenca	889	52
37 Huesca	758	50
38 León	730	47
39 Granada	579	45
40 Sevilla	629	45
41 Cáceres	856	43
42 Teruel	625	42
43 Badajoz	909	44
34 Lérida	504	44
45 Canarias	288	39
46 Salamanca	493	39
47 Huelva	392	38
48 Albacete	544	34
49 Ciudad Real	665	34
<i>Total y promedio</i>	36.950	73

Los comentarios huelgan después de consignadas estas cifras, pues ellas por sí solas dicen mucho más que cuanto pudieran añadir nuestras consideraciones. Expuestas las dejamos para orgullo y satisfacción de Vizcaya y de Guipúzcoa, cuya cifra relativa duplica á lo más alto de cualquiera de las provincias restantes y es incomparablemente superior á la de todas ellas, tanto más si se comparan con las que resultan menos favorecidas.

Fácilmente se puede seguir, por la escala que dejamos formada, el orden que por este concepto obtienen las provincias y cuáles de entre ellas tiene mejor atendida esta necesidad que tan directamente contribuye al desarrollo de la riqueza pública. No nos hemos propuesto investigar cuáles pudieran ser las causas que justificaran los extremos aquí patentizados, ni pretendemos señalar las circunstancias que en cada caso pudiera explicar el resultado: nos limitamos á un sencillo trabajo de exposición, pues no va más allá nuestra suficiencia.

Otro tanto habremos de hacer al relacionar la longitud de las vías férreas con la extensión superficial, en cuya comparación Vizcaya y Guipúzcoa figuran igualmente á la cabeza, pero en la cual el orden de las restantes provincias difiere algún tanto del que aquí hemos determinado.

GUMERSINDO GÓMEZ.

(De *La Voz de Guipúzcoa*, de Octubre de 1895.)

LOS TEMPLOS DE SAN SEBASTIÁN

SANTA MARÍA

Los primitivos templos de la Divinidad fueron los bosques, y de ellos tomaron los hombres la primera idea de la arquitectura.

El templo que Salomón levantó á su Dios, tan celebrado en la historia sagrada, fué un arsenal de lujo y de magnificencia, y de tal manera se reunieron en él el oro y la suntuosidad, que hoy es imposible concebir semejante obra ni tal acumulación de riquezas.

Los templos profanos levantados en Grecia y Roma y dedicados á Júpiter, Jano, Neptuno, Venus, Diana, etc., fueron de tan acabada pureza artística, que sus ruinas sirven hoy como provechosos estudios, pues cada piedra de estos monumentos puede decirse que es una preciosa hoja desprendida del gran libro de la arquitectura.

El Cristianismo posee soberbios y majestuosos edificios destinados al culto, verdaderas joyas producidas por el ingenio humano, y admiradas por las edades. Las generaciones venideras han de contemplar con asombro esas grandiosas y sorprendentes catedrales de Colonia, de Reims, de Burgos, de Orleans, de San Pablo de Londres, de Oviedo, de Maguncia, de Toledo, de Sevilla, de León, y esas inmensas basílicas de San Pedro de Roma, Santa Sofía de Constantinopla, etc., etc.

Es el día 27 de Abril del año de gracia de 1743; van reuniéndose al pie del monte Urgull numerosas gentes que acuden á presenciar un acto solemne, un acontecimiento tanto más grande cuanto mejor se considere lo que era aquel reducido Donostia del siglo pasado, encerrado, hasta con holgura, dentro de los vetustos muros que lo cercaban y defendían.

Por la calle Mayor llega al lugar de la fiesta una extensa procesión que la componen: el alcalde con sus regidores acompañados de clarines, tamborileros, maceros y alguaciles, á cuya cabeza rompe marcha el pendón de la Ciudad, Consulado, Hermandades, Capitulares, Cofradías, Cabildo, Real Compañía de Caracas, Comunidad de Dominicos de San Telmo, Franciscanos de Atocha, Jefes militares de mar y tierra, etc.

Las campanas de San Vicente, San Telmo, Santa Teresa y de Dominicas del Antiguo lanzan al aire vibrantes tañidos.

Día solemne en San Sebastián. El fausto acontecimiento que se celebra es el acto de colocar la primera piedra de la nueva iglesia de Santa María.

A la Real Compañía de Caracas se debe la construcción de ese templo, el cual costó considerables sumas.

El día 27 de Abril de 1743 empezaron las obras sobre el propio solar de la anterior iglesia, que llevaba la misma advocación.

El primitivo templo debió ser construido durante el siglo XIII al XIV, pues era de estilo ojival.

La fábrica de la anterior iglesia de Santa María «fué una excelente pieza de gusto que llaman gótico, y tenía mucha semejanza de la parroquia de Santiago, de Bilbao, en sus corredores y tribunas excavadas en la pared, que rodeaban la iglesia, y también con la de San Salvador de Guetaria, uno de los más primorosos templos que hay en Guipúz-

coa, aunque algo menor que la de Santa María la Antigua».

Terminó su construcción el año 1764, siendo su primer vicario D. Juan José de Orella.

Aunque la fábrica de esta iglesia no es de ningún orden determinado, su composición es esbelta, por lo que resulta suntuoso su conjunto.

Su fachada principal se resiente del abigarrado gusto de la época por el exceso de detalles, pero á pesar de todo, se halla trabajada con sumo lujo de labores y tallada primorosamente en todas sus partes.

Su cornisamento remata en forma angular, cuyo vértice corona el escudo de armas de la ciudad.

La iglesia de Santa María que hoy conocemos, pertenece al período más decadente de la arquitectura, al estilo que lleva el nombre de Churriguera.

Adorna el frente de su fachada una escultura que representa el martirio de San Sebastián.

Y sobre el nicho que ocupa esta imagen se halla enclavado el reloj de la parroquia.

A los lados se elevan dos torres, de buen aspecto, con sus correspondientes campanas, cuyos tañidos, de excelente timbre, son, sin duda, de los más armoniosos de toda Guipúzcoa.

La iglesia se compone de tres naves.

En el centro de ella se alza una cúpula ó cimborrio, sostenido sobre arcos de medio punto: las bóvedas presentan hermosa combinación de recuadros, fajas y encuentros, enlazados y reunidos con elegancia.

El templo contiene diez altares. En el mayor se ve, en cuanto puede, una pintura representando á San Sebastián, que por hallarse distante del espectador no se puede apreciar en sus detalles, pero á pesar de todo, distínguese un buen colorido, y su ejecución total parece revelar una mano maestra.

Arquitectos tan renombrados como D. Diego de Villanueva y D. Ventura Rodríguez son los autores de esos altares, en cuyas obras se ostentan artísticas esculturas de los maestros Mena, Roberto Michel y Arizmendi.

En los fustes de las cuatro columnas se sostienen las imágenes de los cuatro Evangelistas.

A continuación de la iglesia se halla el cuerpo llamado Santa Marta, que consiste en un tránsito ó galería que se comunica con el templo por dos puertas, la una por el lado del presbiterio y la otra por debajo del coro.

En ese lugar de Santa Marta se guarda hoy el Crucifijo que antes del derribo de las murallas solía venerarse en la entrada de la población, llamada *puerta de tierra*.

Esta iglesia padeció grandes desperfectos en la hecatombe que sufrió San Sebastián el 31 de Agosto de 1813. En aquellos aciagos días se mutilaron, sin respeto á la religión ni al arte, magníficas esculturas y cuantos valiosos ornamentos había para el culto.

A consecuencia de aquellas escenas luctuosas, la provincia de Guipúzcoa, congregada en junta general el 18 de Octubre de 1814, resolvió celebrar «perpetuamente» este triste aniversario: el Ayuntamiento, Cabildo ó Ilustre Consulado adoptaron iguales acuerdos.

Para esto se obtuvo Bula del Papa. Se celebró con gran pompa, en Santa María, el primer aniversario el año 1815.

Hoy, una de las funciones que con más esplendor se verifican en esta iglesia, es la Salve que se canta la víspera de la Virgen de Agosto; durante estos últimos años asiste á esta solemnidad con lucida comitiva la Reina Regente.

En el coro de Santa María han solido tomar parte músicos de primera fuerza, verdaderas eminencias del divino arte.

SAN SEBASTIÁN ANTIGUO

LA IGLESIA DE SAN VICENTE

Bien puede denominarse á la iglesia de San Vicente con el nombre de *Donostiko aitona*, por ser el edificio más antiguo que hoy existe en nuestra ciudad, pues bajo sus bóvedas han ido desfilando, *casi sin notarlo*, más de veinticinco generaciones.

Hoy, de su interior ha desaparecido su primitivo aspecto, figurando un templo de reciente construcción, pues sus vetustas columnas, antes ahumadas por el místico incienso desvanecido allí durante tantos años, han sido cubiertas por nueva y brillante pintura, vistiéndole y haciéndole más limpio y bonito, si se quiere; pero deshaciéndole totalmente de aquel sabor espiritual, misterioso y artístico, que únicamente el transcurso del tiempo puede concebir y crear.

Veneremos al *viejo donostiarra* que todavía se sostiene fuerte y robusto sobre sus plantas, ó inmóvil cual fiel centinela, erguido en el mismo solar donde lo plantaron desde hace siete ú ocho siglos.

La primitiva construcción de la iglesia de San Vicente se remonta hacia el año 1014, pues en dicho año se menciona en un diploma expedido por el rey D. Sancho el Mayor de Navarra.

La segunda construcción se ejecutó por los años de

1057, inclinándose la mayor parte de la fábrica al estilo gótico (1).

Se otorgó contrata para la segunda edificación entre Miguel Olazábal é Iñigo de Salazar, alcaldes de San Sebastián, Juan Martínez de Ayordi, D. Pedro de Soravilla, vicario de la misma iglesia, y Pedro de Albiz, todos ellos nombrados por la ciudad expresamente para formar comisión sobre la reedificación del templo.

Aprobáronse los planos presentados por Miguel Landa Celay y Juan de Urrutia, vecinos de San Sebastián y Alquiza respectivamente, ambos conocidos arquitectos de la época, los cuales comprometióronse á terminar las obras de la iglesia durante el término de ocho años.

La iglesia no se acabó de reconstruir por entonces, como se conoce en las paredes que miran al Poniente.

El pórtico resulta un disforme promontorio sostenido sobre tres arcos; por su construcción parece pertenecer á la primera edificación. A la entrada se ve una fachada trabajada más modernamente, en donde se notan varios estilos, y resulta un churrigueresco bastante aceptable.

La otra puerta que da hacia la calle de San Vicente pertenece al orden dórico, notándose sobre la misma restos de la primitiva obra.

Dicen que los dos pórticos de la iglesia debían haber pertenecido en todo al orden dórico, por ser dicha iglesia dedicada á mártir, cuya fortaleza pide severa arquitectura, que es el motivo de que la grande obra del Escorial, consagrada al mártir San Lorenzo, saliese ajustada á las proporciones del orden dórico: costumbre tomada de los antiguos romanos, que á sus dioses guerreros y belicosos erigían monumentos serios y robustos, y á los pacíficos otros más flo-

(1) Los más hermosos edificios de estilo gótico fueron levantados durante el siglo VIII.

ridos y graciosos en el adorno de columnas, capiteles y frisos.

El templo de San Vicente consta de tres espaciosas naves de grande elevación, sostenidas por esbeltas columnas, formando bóvedas ojivales.

Ciertamente que no presentaremos á esta iglesia como modelo en su género; pero no por eso deja de participar del carácter espiritual y religioso peculiar á la arquitectura gótica.

El altar mayor, ejecutado por los años de 1584 á 1586, es muy ostentoso; es un verdadero alarde de composición trabajado en madera, demasiado rasgado por la abundancia de órdenes que en él figuran, resultando desagradable en conjunto.

El citado altar contiene, entre sus muchos trabajos, esculturas de verdadero mérito ejecutadas con notable corrección por los famosos escultores Antonio de Bengoechea y Juan de Iriarte, las cuales esculturas fueron examinadas y aprobadas por una junta de entendidos peritos, donde figuraban D. Lope de Larrea, Fray Juan de Beores y el célebre artista Miguel de Anchieta.

En el retablo del altar mayor figura el apostolado y los principales misterios de Cristo; fué estofado y dorado el altar por los artífices hermanos Lorenzo y Nicolás Brebilla, vecinos de Motrico.

Otra de las cosas más notables que contiene el templo, quizá la más importante, bajo el punto de vista artístico, es, sin disputa ninguna, el medallón que se venera en el altar de las Animas.

En dicho medallón aparece ejecutado en hermoso alto relieve el Purgatorio, protegido por la Virgen del Carmen. En esta obra se denota el artístico ingenio y sobresaliente cincel del insigne escultor D. Felipe Arizmendi.

Arizmendi es una de las glorias artísticas de Guipúzcoa;

nació en San Sebastián á mediados del siglo XVII, y fué autor de casi todos los antiguos pasos de Semana Santa, en donde figuraban, según varios autores, obras dignas de verdadero encomio. Todas aquellas preciosidades fueron profanadas y mutiladas por la soldadesca inglesa al acaecer el horroroso incendio de la ciudad de San Sebastián el año 1813.

El insigne Arizmendi murió pobre, en la mayor miseria y en su misma patria, en el hoy ruinoso hospital de San Martín, por los años de 1725 á 1727.

Debajo del coro, bajo un dosel rojo, se admira un buen *Ecce Homo* sentado, en el acto de recibir con resignación el martirio; perteneció á los citados pasos de Semana Santa.

El altar de San José es también digno de mención, por notarse en él algún buen gusto.

Los demás altares, colocados en pequeños nichos, desagradan por su pésimo trazado.

Hasta principios del presente siglo existió al pie del altar mayor una lápida de mármol blanco salpicada de sangre, que según tradición derramó allí un sacrilego homicida asesinando á un sacerdote dentro del mismo tetraplo.

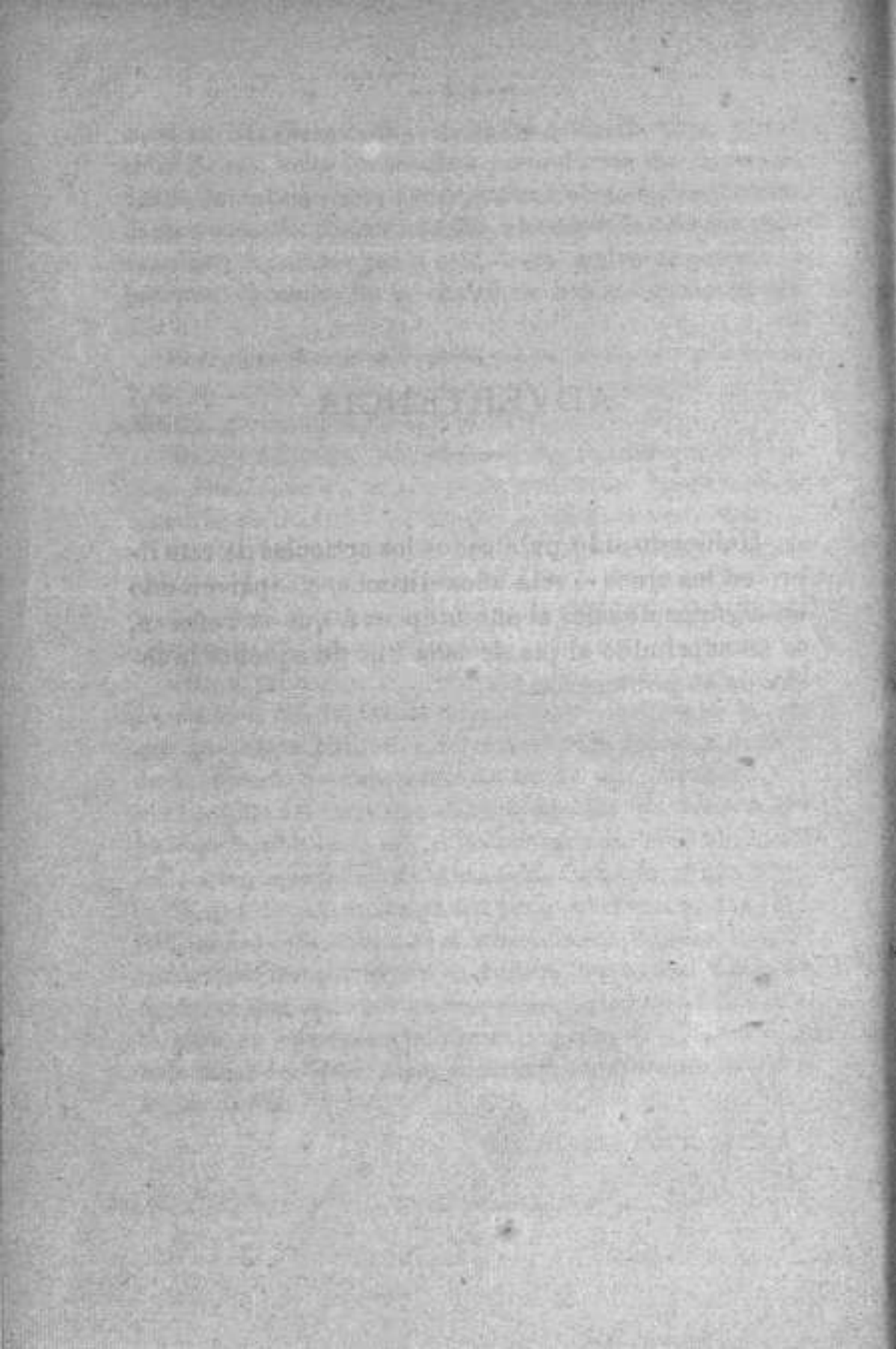
La pila del bautismo merece también sus honores por haberse bautizado en ella el invencible y valeroso almirante de la armada española D. Antonio de Oquendo, el año 1559.

Y, por último, consta en una antigua ordenanza de la ciudad de San Sebastián que el comercio, los Bageles, los pescadores de bacalao y los de ballena, tenían que ceder un tanto por ciento de sus ganancias á la iglesia de San Vicente para su buen mantenimiento, y quien no observase en todo dicha ley, debía pagar en pena doscientos maravedís á la iglesia de San Vicente.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

ADVERTENCIA

Habiendo sido publicados los artículos de este libro en los cinco ó seis años últimos, y apareciendo en algunos de ellos el año ó época á que se refieren, se ha suprimido al pie de cada uno de aquéllos la fecha de su publicación.





INDICE

	Págs.
Prólogo.....	5
Derribo de las muralias.....	7
Puerta de tierra.....	10
«El Cubo», teatro y café.....	11
La fuente.....	13
Las avanzadas.—El Hornubeque.....	13
El juego de pelota.....	14
La feria de Santo Tomás.—Antaño y ogabo.....	16
Romance al Café Viejo.....	25
La playa y las casetas.....	33
Los progresos de San Sebastián.—I.....	40
El maestro Rodríguez.....	46
La comida improvisada.....	51
Chiquirri, Miquirri y Pirriehi.....	54
Tipi tapa, tipi tapa, calabaza.....	59
Los currutacos.....	63
La barranca de Aldapeta.—I.....	66
Purroyeneque.....	70
Lagartos, culebras y churiscus.....	74
Doña Juanina Bosa y Mr. de Chevane.....	78
La Asunción de Nuestra Señora, patrona de San Sebastián.....	81
Las beatas de antaño.....	86
La tecla y el tamboril.....	88
Rehinación donostiarra.....	91
El viajar de antaño.....	96
La Beneficencia en San Sebastián.....	100
Un viaje de San Sebastián a Bilbao en 1844.....	105
Historia de un retrato.....	110
Relación de los alcaldes habidos en San Sebastián desde 1813.....	115
La barranca de Aldapeña.—II.....	118
Las aidabas.....	122
Un viaje en el otro mundo.....	125
Una histórica noche toledana.....	131
Acto de justicia á nuestra marina mercante.....	136
El cacen-zusco.....	141

	Págs.
Los progresos de San Sebastián.—II.....	149
Los sentenciados á muerte.....	149

CURIOSIDADES RELATIVAS Á SAN SEBASTIÁN Y AL PAÍS VASCO

El Príncipe Bismarck en San Sebastián.....	159
San Sebastián y los vascongados, juzgados por un inglés.....	163
Very Well, por Omar Celin Oasor.....	166
El país vasco, juzgado por Jovellanos.....	168
Ciudad feliz, por Eusebio Blasco.....	170
15 de Agosto de 1859, por Angel Pirula.....	174
15 de Agosto de 1894, por B. Aguilar.....	175
15 de Agosto de 1895, por Enrique Sepúlveda.....	180
La fiesta de San Ignacio, 31 de Julio de 1884, por Kasabal.....	184
San Sebastián, por Serrano Alcázar.....	188
El Gran Cuasino, por Monte-Urgull.....	191
<i>La Voz de Guipúzcoa</i> y el Sr. Calci-Cale.....	194
El campesino guipuzcoano.....	194
La llegada del correo antaño, por Calci-Cale.....	197
Posiciones que ocupaban las antiguas fortificaciones, por id.....	200
La vida en San Sebastián, de <i>La Voz de Guipúzcoa</i>	203
Pueblo modelo, por Eusebio Blasco.....	205
El tamboril, por Chomín Algorta.....	206
Los tamborileros, por Manterota.....	209
Las recadistas, por id.....	211
La mujer vascongada, por Alejandro J. de Montes.....	213
La romería de Lazo, de <i>La Voz de Guipúzcoa</i>	216
Un nuevo San Sebastián, por id.....	218
Viajes y estancia de SS. MM. en San Sebastián.....	221
Siluetas donostiarra, por Q., de <i>La Voz de Guipúzcoa</i>	224
Viajes de antaño á San Sebastián, por Angel Muro.....	226
El verano en San Sebastián hace cuarenta años, por Angel Muro.....	230
Viajes de ogaño y de mañana, de <i>La Voz de Guipúzcoa</i>	235
¡Bonito porvenir!, de <i>la Gaceta de Madrid</i>	238
Anécdotas donostiarra, por Añeque.....	240
El 31 de Agosto, de <i>La Voz de Guipúzcoa</i>	242
Las carreteras vascongadas, por Gumarsindo Gómez.....	246
Los templos.—Santa María, por Francisco López Alén.....	249
Idem.—San Vicente, por id.....	253

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
 LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
 LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
 LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
 LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
 LIBRARY

